EPISTOLARIO DE CAMILO PITOLLET Y MENÉNDEZ PELAYO

MI CORRESPONDENCIA CON MENÉNDEZ PELAYO

Al comenzar este preámbulo, escrito en circunstancias tan poco favorables para semejante género de evocaciones, casi me siento inclinado a exclamar con el poeta del *Canto a Teresa*:

¿Por qué volvéis a la memoria mía...?

Difícil me es hoy, pasado bien cerca de medio siglo, ponerme al tono de aquellos lejanos años en que, en la cacharrería del *Ateneo*, me era dado oír, de labios de supervivientes de la época de la Restauración, pintorescas descripciones del Madrid de su mocedad, cuando Cánovas, hecho dueño de aquel gran mercado de humanas pasiones, cotizaba a los hombres que regían los destinos de España, según criterios que escandalizaban a aquellas almas en estado de política inocencia, las que, incapaces de adaptarse a la nueva era, arrancaban de su conciencia vehementes anatemas ante los escándalos de un mundo decadente, de modo que, en vez de prestar su concurso a la obra de renovación, se contentaban con fulminar apóstrofes de fuego contra los Filisteos, reduciéndose toda su acción social a unas estériles lamentaciones renovadas de las del Profeta, cuando el cautiverio del pueblo electo en Babilonia.

A ese Madrid había ido yo con, en los ojos, unas visiones románticas de la eterna España ideal de los jóvenes, siempre soñadores:

la que creara el cerebro,
del amor a la distancia,
sin políticos rastreros,
sin caudillos de alma chata,
sin envidias, sin rencores,
con toreros y con majas:
una España original,
sin trasuntos de otras patrias;
la del Cid, la de Guzmán,
la de las altas montañas,
la de seductoras costas
y poéticas quebradas,
la de castillos roqueros
y de encantadoras damas;
una España que no viva
de otros pueblos a reata;
con sus vicios y virtudes
heredados de otras razas
que, encontrando diminutos
los cortijos de su patria,
hicieron brotar naciones
al golpe de sus espadas...

Hambre, pues, y sed tenía, al llegar a la villa y corte, de ponerme al habla con los más genuinos representantes de la inteligencia ibérica; y así, renunciando casi por completo a diversiones y paseos, dime en buscar el personal trato con hombres ilustres, en la seguridad de que su conversación me resultaría más provechosa que recorrer parques y orear calles [1] cual hicieran otros, menos ardientes que yo en las llamas del más puro intelectualismo. Entre aquellos

[1] De mis impresiones de aquel Madrid publiqué varios fragmentos en el *Boletín de la Sociedad de Estudios* de profesores de lenguas del Mediodía, números 77, 79, 82, 84, 87 y 88, que corresponden a los años 1933-1936.

faros del hispano numen descollaba don Marcelino. Con ocasión del *Homenaje* que le acababan de ofrecer, para festejar los veinte años de su profesorado, unos cuantos sabios y eruditos humanistas, había escrito, a manera de *Prólogo* a los dos gruesos volúmenes, don Juan Valera un cuadro conmovedor del estado de la cultura de su país al finalizar el pasado siglo.

«Fuerza es confesar—escribía—por desgracia, que España está en el día profundamente decaída y postrada. Su regeneración requiere, sin duda, un gran poder político, sabio y enérgico, ejercido con voluntad de hierro y con inteligencia poderosa y serena; pero tal vez antes de esto, y para orientarse, y para descubrir amplio horizonte, y para abrir ancho y recto camino, se requiere que formemos de nosotros mismos menos bajo concepto, y que no nos vilipendiemos, sino que nos estimemos en algo, siendo la estimación, no infundada y vaga, sino conforme con la verdadera exactitud, y sin recurrir a gastados y pomposos ditirambos y a los recuerdos, que hoy desesperan más que consuelan, de Lepanto, San Quintín, Otumba y Pavía. Aunque me repugna emplear frases pomposas, que hacen el estilo declamatorio y solemne, no atino a explicar mi pensamiento sino diciendo que don Marcelino Menéndez Pelayo ha venido a tiempo a la vida y ricamente apercibido y dotado de las prendas conducentes para cumplir, hasta donde pueda cumplirla un solo hombre, la misión anteriormente indicada: para invocar sin vaguedad y sin exageraciones nuestra importancia en la historia del pensamiento humano y para señalar el puesto que nos toca ocupar en el concierto de los pueblos civilizadores, concierto del que formamos parte desde muy antiguo, y del que no merecemos que se nos excluya. La misión, pues, de don Marcelino, ya que nos atrevemos a llamarla misión, no es puramente literaria, sino que tiene mayor amplitud y trascendencia...»

Vivía yo por aquel entonces en la calle de la Cruz, de donde me era fácil ir al *Ateneo*, y recuerdo que más de una vez, antes de presentarme a él en su oscura covacha, atiborrada de libracos y papelotes, de la calle del León, había

atisbado al hombre leyendario, aquel chico de los infolios y pergaminos venido a ser con los años el gran sabio, el transcendental filólogo, el erudito portentoso, cuando, saliendo, a la hora en que todos los gatos son pardos y él mismo se envolvía en su gran capa parda, del rojizo caserón de la Academia de la Historia, cruzaba esas pinas, laberínticas, callejuelas del Madrid viejo, encaminado a Dios sabía qué obligaciones, que por cierto ya no eran las de su mocedad. Y me parecía ver en él la efigie rediviva de un Erasmo, de un Lipsio, apenas profanada por la moderna indumentaria. Cierto es que, al oírle hablar en público, no despertaba la impresión de poseer en un grado eminente las facultades que hacen al orador. Mas, en la lección, su voz, resonante y enérgica, vencía las dificultades físicas de la elocución, heredada, sin duda, del padre, profesor de matemáticas, y si bien la concurrencia era siempre reducida, y nunca tan numerosa como esperarse debiera de tan famoso maestro, se le escuchaba siempre con interés y provecho.

Traía, para introducción, una carta del judío converso vienés y autor de *Handschriftenschaetze Spaniens*, doctor Rudolph Beer, cuya *Spanische Literaturgeschichte*, en dos tomitos de la *Sammlung Goeschen* en Leipsique, me había empeñado en traducir al francés, aumentada con notas y apéndices, para la Casa Garnier en París, que, finalmente, se negó a publicarla, alegando razones financieras que no hacían al caso. «Ich werde Sie—me había escrito Beer el 30 de mayo de 1901—selbstverstaendlich sehr gerne an Madrider Herren empfehlen. Die Jungen—Menéndez Pidal y Cotarelo—kenne ich zwar nicht, wohl aber Menéndez y Pelayo y Paz y Melia, und diese Veteranen halten ja doch noch das Heft in der Hand...» Me recibió don Marcelino con los sencillos modales de quien, dueño de positivo valer, desdeña los tiquismiquis de la hinchada pedantería hueca y, en su amistosa conversación, en que alternaba Cotarelo, admiré algo a manera de prodigiosa metempsícosis, cual si, por esos labios balbucientes, se expresara la mente de uno de aquellos ascetas del estudio para los que el *omnia nihil praeter intelligere* ha venido a ser norma imprescindible de

vida. Se interesó mucho el maestro por los programas que regían la preparación a la recién instituída *Agrégation d'espagnol*, [1] encontrándolos, con razón, en total desacuerdo con la futura misión pedagógica, muy humilde y desprovista de todo carácter científico—véanse, como prueba, los libros puestos a su base, *Primeros Pinitos* y *Andando*—del futuro agregado. Se ofreció, siempre pronto para dar un aliento y ofrecer un estímulo, a facilitar mis pesquisas en la *Biblioteca Nacional*, facilitándome la entrada a aquel *Salón de Raros*, puesto de salvación del trabajador naufragado en la sala de lectura común, pues de otra manera no había que pensar en llevar a cabo las tareas de la erudición en el depósito de libros del *Paseo de Recoletos*. En la necrología del maestro que en el *Bulletin Hispanique* de julio-septiembre de 1912 publicó Ernest Mérimée, se lee, a la página 309: «A la mort de Tamayo y Baus, on—*on* se ha de interpretar por el Ministro de Fomento, don Germán Gamazo y la Duquesa de Alba, que fué la que «hizo» la nominación—le nomma Directeur de la *Bibliothèque Nationale;* il en fut très heureux, car il se sentait là dans son vrai milieu. Mais si l'on s'était imaginé trouver en lui l'administrateur idéal, le réformateur après lequel on soupire, on se trompa: il lut la Bibliothèque, il ne l'administra pas, et il ne la réforma pas, hélas! Les abus, il les voyait, il les constatait (il n'avait pas grand mérite à cela!); il en parlait, dans l'intimité, avec une verve amusante, qui, dans cette bouche, ne manquait point de saveur. Mais il se sentait sans doute inhabile à les corriger...» Eran tan inveterados dichos «abusos» que hubieron de permanecer hasta que, en agosto de 1930, pasó la dirección de la *Biblioteca* a manos de mi excelente amigo, don Miguel Artigas, el que, dicho sea de paso, fué de los pocos en conmemorar, en un artículo del *A B C* de Sevilla, el miércoles, 19 de mayo de 1937 (véase también el núm. de 25 de mayo de 1937 del mismo diario *Los hombres y los días*, por Siul, p. 11), el vigésimo

[1] Sobre la fundación de aquella *Agrégation*, véanse nuestra biografía de Saroïhandy (Le Puy-en-Velay, 1933), p. 9 y sig., y nuestros artículos en *Nuestro Tiempo* (Madrid), diciembre de 1913; marzo, julio, octubre de 1914.

quinto aniversario de la muerte de su ilustre antecesor. [1] Y le ruego encarecidamente no se ofenda si reproduzco aquí unos párrafos de la larga epístola que en 15 de junio de 1931 me dirigió acerca del estado de aquel establecimiento: «... Durante unas semanas anduve como un espectro, mudo y observador, por todas las salas y salones, y después redacté una extensa memoria-programa que presenté al Patronato cuando terminaron las vacaciones estivales, a principios de octubre, y que fué aprobado. Conforme a ella empezaron las reformas de todas clases. Primero, se limpió materialmente aquello: suelos, cristales, muros, puertas, se taparon las goteras, [2] y la misma estatua, de don Marcelino, roja de las goteras que sufría (con óxido de hierro), fué sometida a baños fuertes hasta quedar blanca, como era su natural estado. De esta parte de las obras materiales, no puede darse idea el que no viera antes cómo estaba... Cambio de horas de lectura: antes eran de nueve y media a cinco y media, sin interrupción. Usted sabe que en Madrid se come a las dos y en casa. Hemos puesto ahora de nueve y media a una y media y luego de tres a siete de la tarde. En la distribución interna se ha restablecido con todo rigor la disciplina, y la labor metódica de catalogación es cosa seria. Usted sabe que, como en todas las grandes Bibliotecas del mundo, el servicio en el salón grande era lento y más que lento y, en la nuestra, mucho más que en otras, porque, en el fondo, y salvo las secciones de Mss. y Raros, era una Biblioteca popular con pretensiones de otra cosa. Para remediar esto en lo posible, primero pusimos un buzón para que los estudiosos de veras pidiesen los libros con anticipación, incluso por correo, y no tuviesen que guardar turno detrás de los chiquillos que piden *Rocambole*

---

[1] *La auténtica Intelectualidad hispana. Hoy hace veinticinco años que se extinguió la vida gloriosa de Menéndez Pelayo*, p. 13. En el conmovido y conmovedor artículo se publicó el soneto de don Manuel Machado: *A Marcelino Menéndez y Pelayo. In memoriam:*

Padre y maestro, si el saber no fuera...

[2] Sobre el estado de la *Biblioteca Nacional* había publicado yo varios artículos en la *Revue des Bibliothèques.*

o «la última novela». Segundo, hemos formado una sala especial, que se inaugurará la próxima semana, de 10.000 volúmenes, para este público de chiquillos, estudiantes, vagos, o matatiempos, obreros aplicados, etc., etc. El Catálogo *ad hoc* está impreso, y mañana se le remitirá un ejemplar. Ahora el Salón será la *Biblioteca Nacional verdadera*, con tarjeta de identidad, Biblioteca manual a la que se acerque el lector sin necesidad de pedir los libros, etc., etcétera; en fin, una Biblioteca normal de Europa. Hemos hecho el recuento general, para saber lo que ha desaparecido y estamos procurando una nueva ley de propiedad intelectual y de derecho a todo lo impreso, que hasta ahora se cumplía muy mal. En estos meses han venido a la Biblioteca unos 10.000 volúmenes. El Salón grande comenzaremos ahora a transformarlo. Creo que para el otoño ya podrá ser lo que queremos. La sección de Revistas está del todo transformada: tenemos ya 2.000 revistas con catálogos al público, de materias y alfabético. Se hace la bibliografía de artículos de Revistas—los importantes—y para el otoño estará terminado el *Consultorio de Revistas*, o sea, el inventario de todas las que se reciben en Madrid. En Bellas Artes hemos recuperado las láminas robadas y se está haciendo un inventario a fondo de todo lo que allí hay ignorado, o desconocido, que es mucho y bueno. Está ya impreso, y le mandaré ejemplar, el *Catálogo de manuscritos catalanes* y van adelantando el de *Manuscritos de América* y el de *Códices latinos*. Hemos impreso cuatro *Memorias premiadas* en los concursos anteriores y se han anunciado dos nuevos concursos con cuatro premios de 5.000 pesetas cada uno. Esto es lo más importante de lo hecho. Ahora nos ocupamos en lo del Salón que le he dicho, en la revisión del Índice o de los Índices, su unificación e impresión en papeletas sueltas con un pequeño aparato que hemos adquirido. Se venderán a precio inverosímil, de barato, estas papeletas. Estamos organizando el servicio de compras y reposiciones, y más tarde vendrán el intercambio y la formación del Índice general bibliográfico español impreso. *C' est tout.* El ideal, como usted ve, es ambicioso; pero, ¿por qué no

llegar a él? ¿No han hecho los Prusianos el *Gesamtkatalog?* ¿Cuándo tendré el gusto de verle por acá? Tarde un poco, para que ya le podamos recibir dignamente. Yo he colgado la pluma y cerrado los libros hace un año. Creo que todavía tardaré en trabajar en serio; es mi obligación procurar que ustedes puedan trabajar más y mejor: *sic vos non vobis* es el lema de los bibliotecarios...»

Cuando volví a ver a don Marcelino fué en la primavera de 1908 y en su gabinete directoral de la *Biblioteca Nacional.* El romanista—otro judío converso—de Mónaco de Baviera, A. L. Stiefel, era, con el italiano A. Restori, uno de los pocos sabios extranjeros que sometían la edición académica de las *Obras* dramáticas de Lope de Vega a un examen crítico detenido y me había encargado preguntara al maestro la razón de la interrupción, con el tomo XIII, en 1902, de tan malhadada publicación. «Sie waren—me escribía Stiefel el 4 de marzo de 1908 [1]— wenn ich mich recht erinnere, in Spanien zuletzt, und natürlich auch in Madrid. Haben Sie dort Menéndez Pelayo besucht? Ich weiss, dass Sie in Verbindung mit ihm seit geraumer Zeit stehen. Nun gut: Sie werden vielleicht von ihm gehört haben, warum seine grosse akademische Ausgabe der *Obras de Lope* seit 1903 ins Stocken geraten ist? Der XIII. Band ist nämlich der letzte, welchen wir in München besitzen und bin ich sehr neugierig, von Ihnen die *causas verdaderas* von jenem Stocken zu vernehmen...» Las «causas verdaderas» no necesitaba yo, en aquella entrevista, pocas semanas después de recibido el encargo de Stiefel, de preguntárselas a don Marcelino, ya que eran del dominio público y me las había contado, con todos sus pelos y señales, el mismo Padre Miguel Mir en la Biblioteca de la R. Academia de la Lengua, encargada a sus desvelos desde diciembre de 1899. Pero Stiefel, que no había puesto los pies en España en toda su vida, ignoraba todo lo de los incidentes con don Alejandro Pidal, cuando su nominación a la dirección de esa Academia, inci-

[1] Su correspondencia conmigo se encontrará en mi *Calvaire d'un Hispaniste* (París, 1936), p. 177-210. Consta de 28 piezas, que alcanzan los años desde 1904 hasta 1911.

dentes que, si fueron motivo del segundo *Homenaje* al maestro, en forma más humilde que el primero—pues se limitó a dos números de la Revista *Ateneo*—tuvieron su compensación tardía e imperfecta en un tercer *Homenaje*, en 1910, el de la medalla de bronce acuñada con ocasión de la elección de Menéndez Pelayo al puesto directoral de la *Academia de la Historia*. Mas si, en la referida entrevista de 1908, dejé naturalmente de aludir a tan penosos incidentes, aproveché la ocasión que se me ofrecía de *vider mon coeur*, sincerándome de cuantos reproches pudieran quedar en el fondo del alma de don Marcelino acerca de las críticas contra él dirigidas en mis dos tesis doctorales. [1] Y para demostrarle que en todas partes cuecen habas, le cité, en el curso de nuestra charla, varias pruebas, que por cierto recibió sin enfadarse, de la atención con que me había aplicado a escudriñar sus primeras obras, en particular sus *Heterodoxos*, su *Ciencia Española* y hasta sus traducciones y composiciones poéticas reunidas en libro en 1883, con carta-prólogo de don Juan Valera, fechada en Lisboa en 24 de diciembre del año anterior.

Es éste un particular que merece, de paso, unas palabras mías, que espero no me vengan tomadas a mala parte por ninguno, pues son la expresión de arraigadas convicciones mías, fruto de más de medio siglo de continuos trabajos en el campo de las más arduas disquisiciones críticas. Cuando el primer *Homenaje*, publicó Morel-Fatio en el

[1] Que haya experimentado movimientos de mal humor contra mí en aquella época don Marcelino, resulta esto bien claro por una de las cartas que enderezó a Farinelli y publicó éste en 1924, dedicándolas «all' amico Walzel»—Oskar Franz Walzel, profesor en Bonn, autor de *Deutsche Romantik* (1908) y *Deutsche Dichtung seit Goethes Tod*, cuya segunda edición (1920) figura entre mis libros. Mucho agradecí a la amistad de don Miguel Artigas el que, al publicar en su *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, año VII, enero-marzo de 1929, las cartas de Farinelli, omitiera el paso que a mí se refería. «En la publicación de Farinelli—me escribió por entonces aquel excelente amigo—había, es cierto, una carta de Menéndez Pelayo en que se aludía a usted; pero no la reproduje, entre otras razones, porque, tratándose de cuestiones *inter vivos* y de asuntos personalísimos que no tienen interés literario, no soy partidario de publicar nada...» Y seis años más adelante, me repetía: «Ya está lejano el caso y no recuerdo detalles; pero, en el fondo, y esto lo recuerdo bien, no había más que mi deseo de no dar a usted un mal rato al reproducir unas frases algo duras de don Marcelino. Y eso fué todo. Y ni siquiera recuerdo ahora cuáles eran y no sé tampoco a qué se referían...»

Bulletin Hispanique, tomo I (1899), págs. 210-215, un artículo en que, aludiendo a la inaudita carrera del maestro, escribía: «Il s'est, au sortir des écoles, posé en champion de la science et de la philosophie espagnoles méconnues, relevant le gant qu'avient lancé, un peu inconsidérément, des écrivains mal préparés à combattre dans le champ de l'érudition et de la bibliographie. Il n'eut pas beaucoup de peine à triompher, sur un terrain où il se sentait très à l'aise, d'adversaires assez médiocres et qui ne surent pas se servir de leurs armes; il les éblouit par le flux de ses connaissances bibliographiques...» De la *Ciencia Española*, dice que es un «utile répertoire où peuvent puiser ceux qui ne manient pas aisément les instruments spéciaux de l'érudition espagnole». De los *Heterodoxos*, que es un libro «empreint d' une belle ardeur juvénile et qui se ressent de la période de fièvre que traversait alors le nouvel apôtre.»

No sé si Morel-Fatio se había tomado nunca el trabajo de someter las innumerables referencias bibliográficas de ambas obras, sobre todo de la segunda, a la criba de la comprobación de las fuentes. Hablo, claro es, de la primera edición (Madrid, Librería Católica de San José, 1880-1881) y no de la «segunda edición refundida» (Madrid, Librería general de Victoriano Suárez, 1911), aun cuando no comprende más que el tomo I, que encierra, en 450 páginas, tan sólo los *Prolegómenos*, habiendo quedado el II incompleto de resultas de la muerte de su autor; en cuanto a la *Ciencia Española*, si es su primera edición de 1876, ya está aumentada la segunda, de 1880, en un solo tomo en 4.º, y sólo la tercera de 1887-1889, en la *Colección de Escritores Castellanos*, tomos 52, 57 y 64, es la que fué del todo refundida y aumentada. Pues bien, al que se imponga el riguroso cotejo de los trozos aducidos por Menéndez Pelayo con las fuentes que apunta en las *notas* del pie de las páginas, se reservan varias sorpresas de bulto. Mas, ¿quién es capaz de recorrer a la minuciosa consultación, línea por línea, no ya de la *Historia Eclesiástica de España*, de don Vicente de la Fuente, sino del *Compendio* de Aguilar, de la Colección de Cánones de Tejada, de la *Historia crítica de España y de la*

Cultura Española, de Masdeu, de la *España Sagrada*, del Padre Flórez y de sus continuadores, de Cavanilles y hasta del Padre Mariana (responsable de que llamara don Marcelino a San Martín Dumiense «primer senequista español», *Heter.* I, 175, y Mariana, *Hist. de Esp.*, t. I, lib. 5.º, p. 232 de la ed. de Madrid, 1849, a más de atribuir a dicho santo unos versos latinos que de ningún modo pueden ser suyos?) Y ¿qué decir del modo con que, en el tomo II de los *Heterodoxos*, está expuesta la cuestión del arzobispo Carranza, el sapientísimo prelado toledano, cuya condena es uno de los actos más vergonzosos de la política eclesiástica de Felipe II? Aquí don Marcelino pecó de ligero, influído, sin duda, por don Adolfo de Castro, el cual livianamente sostuvo que Carranza había sido real y efectivamente protestante (véase: *Vindicación del señor don Bartolomé Carranza de Miranda, arzobispo de Toledo y de la Orden de Predicadores*, por Geben Roten, es decir: Bernardino Martín Mínguez, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1902, folleto de 45 páginas, en 16.º, dedicado a don José Canalejas Méndez). Sabido es que el discurso preliminar del primer tomo de los *Heterodoxos* está fechado en Bruselas, en noviembre de 1877, que la primera carta es de Florencia, 13 de abril del mismo año; la segunda de Venecia, 6 de mayo; la tercera de Venecia, 8 de mayo, y la siguiente de Milán, 9 de mayo de 1877. Y se queda uno pasmado al pensar que tanta erudición es fruto de tan corto espacio de tiempo. Entonces ¿no es justo preguntarse si habrá el joven autor leído todos los libros que cita en dicho discurso preliminar y trae a colación en sus tres tomos? Y si materialmente no pudo haberlos leído todos, resulta evidente que se valió de intermediarios, a los que están debidos los errores materiales que la crítica experimentada no puede menos de señalar al examinar de muy cerca tales obras. Mas, ¿quién se atrevería a tirarle la piedra? Todos somos, quien más quien menos, reos del mismo crimen de lesa ciencia. Díjolo Hipócrates en sus *Aforismos*:

ὁ βίος βραχύς, ἡ δὲ τέχνη μακρή

y lo repitió Goethe en su *Faust*:

Ach Gott! die Kunst ist lang,
Und kurz ist unser Leben!

Si, *vita brevis*, *ars longa* y ... *occasio praeceps*. Es tan fácil ahorrarse las penas de las interminables pesquisas en unos mamotretos de hartas veces difícil rebusca, cuando urge el tiempo—*sed fugit interea, fugit irreparabile tempus*—y se nos sonríe la calva ocasión, en la forma y apariencia de una obra de consulta con referencias a la mano. Y nos dejamos engañar y salimos burlados. Es ésta una verdad como un templo. Ya la formulaba—*experto crede Roberto*—el buen amigo Farinelli [1] en 1899, cuando, censurando la obra de A. Schneider: *Spaniens Anteil an der deutschen Literatur des* 16. *und* 17. *Jahrhunderts*. (Strasburg im E. 1898), escribía que «*das blinde Aufzeichnen nach den üblichen nicht immer zuverlässigen Compendien... hat sich oft gerächt*». [2]

Como dije, no se ofendía el maestro de mi discurso. A lo menos, tenía ante sí un admirador, mas no un adulador. Y sonrió con verdadera efusión cuando, dejando las arideces eruditas, pasé a los floridos campos de la divina poesía. Entre los vates cristianos es Prudencio mi predilecto. Tengo las ediciones de sus poemas por Obbarius, (1845) y por Dressel (1860). Tengo el *Prudentius*, de Brockhaus (1879), el *Prudence*, de Puech, *Der katholische Dichter Prudentius*, de Rosler (1886) y las *Tranlations from Prudentius*, de John Thackeray (1890), con notable *introducción*. En el libro de 1883 hay, traducido, un himno de él, sacado del *Peristephanon*. En su carta-prólogo ensalza don Juan Valera los versos de esta traducción, «tan briosos, tan enérgicos, tan concisos, tan conmovedores»... y no sé qué cosas más. Es cierto que valen más que los de la versión castellana del *Carmen Saeculare* horaciano, pongo por caso. Me permití, empero, preguntar a don Marcelino si era que opinase que don Juan hubiera dado el cotejo. Me contestó con la mayor

[1] El último artículo que, lleno de admiración por su siempre joven sabiduría, le dediqué está en *La Phalange*, de don Armando Godoy, año II, *Nueva Serie*, núm. 33-35, 15 de agosto, 15 de octubre de 1938, págs. 132-138: *Arturo Farinelli, hispanophile*.

[2] *Zeitschrift für vergleichende Literaturgeschichte*, XIII (1899), pág. 415.

franqueza que su amigo había escrito la carta a instancias de don Mariano Catalina y no había leído sus versos ni por el forro. Pasé yo a emprender el omitido cotejo. Para la muestra de mi operación, valga este botón (p. 51):

Madre de Santos, Tarragona pía,
Triple diadema ofrecerás a Christo,
Triple diadema que en sutiles lazos
Liga Fructuoso.

Y dice el latín:

Tu tribus gemmis diadema pulchrum
Offeres Christo, genitrix piorum
Tarraco, intexit cui Fructuosus
Sutile vinclum.

Aun «safiqueando» parece semejante traducción más bien una traición. De otras estrofas, no se ha de pensar otra cosa. Véanse, si no, éstas:

Martyrum credas patriam coronis
Debitam sacris chorus inde surgens
Tendit in coelum niveus togatus
Nobilitatis.

Inde, Vincenti, tua palma nata est;
Clerus hunc tantum peperit triumphum,
Hinc sacerdotum domus infulata
Valeriorum.

Traducción:

De aquí, ceñido con la nívea estola,
Emblema noble de togada gente,
Tendió su vuelo a la región empírea
Coro triunfante.

Aquí, Vicente, tu laurel florece,
Aquí, rigiendo el animoso clero
De los Valerios la mitrada estirpe,
Sube a la gloria.

No haré a mis lectores la injuria de señalarles todas las infidelidades del traductor. Las admitía don Marcelino, de buena gana. Eran cosas de su mocedad triunfante. Y ahora, al momento del atardecer, evocando, con mi voz, aquellos lejanos días, se conmovía.

Où sont tournois, joutes sans nombre,
Habits par les joyaux cachés,
Cimiers flottants?
Tout a disparu comme une ombre...
C'étaient des feuillages séchés,
Tombés du Temps!

Sí, ¿dónde estaba el mozalbete de baja estatura, de pálido, flaco semblante de enfermizo niño, cuya incesante movilidad le impedía estarse quieto hasta cuando leyera, con toda la intensidad de una atención concentrada, los más excelsos textos del humano pensamiento, ese mozalbete que componía su *Historia de los Heterodoxos* yendo a bailes y sa aos, festejado por la aristocrática sociedad de aquel Madrid, entonces más que nunca «ciudad alegre y confiada», en que había de pasar treinta y cinco años para luego morir, incompleta la ardua tarea, cuando aún tanto le quedaba por hacer? Su libro de versos de 1883, parcial reproducción de los *Estudios Poéticos* de 1878, con carta-prólogo del Marqués de Valmar, de fecha de 16 de mayo de aquel año, que había de reimprimirse en 1906 como 5.º tomo de la *Colección de Escritores Castellanos*, le recordaba, por mí evocada, a la dulce prima con la que soñara unirse, aquella C... a quien va dedicado: *En el abanico*, de fecha de abril de 1878 y donde, en románticos tonos, se cantan amores que pronto habían de disolverse:

En ósculo de amor indefinible
Se unieron nuestras almas
Antes de descender del bajo mundo
A la negra morada.
¿Cuándo será que tornen a enlazarse

Las divididas ramas,
Y que una misma savia poderosa
Haga crecer a entrambas?

Mas, en vez de unir su vida a la de su amada, había preferido la sonrisa falaz de la Gloria. Se había quedado solterón, sin las ternuras de un hogar donde los asiduos cuidados de la esposa fiel le hubieran dulcificado las amarguras anejas a toda existencia de luchador, aun del luchador de gabinete, y, por la sonrisa de la Esfinge, había cambiado las suaves embriagueces de un amor compartido, comprometiendo una salud más débil de lo que él se imaginara, con los fatales desarreglos de la vida solteril y la intoxicación alimenticia de las comidas en cafés y fondas. Al contemplarle minado el cuerpo, perdida la dentadura, amenazado el hígado por la mortífera cirrosis, atormentados los miembros por tenaz reuma, sentí una gran tristeza invadirme el ánimo. ¡Pobre don Marcelino! Pero, ¿a qué enternecerse? Seguiría sacrificando en aras de su diosa hasta que extinguiérase la frágil envoltura de su mecanismo psíquico. Era su destino, o, más bien, su sino, su ἀνάνκη, la que, en el drama de Rivas, persigue al héroe hasta que se resuelva a buscar en la muerte la redención final. Había aprendido—nos confesó en mayo de 1908, cuando su discurso del *Ateneo* y de la Universidad barcelonesa en honor de Milá y Fontanals—en la Universidad catalana «la prudente cautela del *ars nesciendi*», fruto tardío en unos, precoz en él, del árbol filosófico que, fatal para los más, fué, para él, incentivo de emulación intelectual. «Usted sólo vale por un ejército... y si, como ardientemente le pido, el cielo se digna otorgarle vida larga, salud y sosiego...» De aquel si formulado por el catedrático de la Universidad de Santiago en el *prólogo* a la *Ciencia Española*, pendía, cual de quebradizo hilo, la inmortalidad soñada—y por ella se llenaron cuartillas y más cuartillas, que, brotando, silenciosas, cual raudal de cristalina linfa, de los oscuros senos de aquella encantada gruta de la calle del León anhelaban llevar una semilla de regeneración a los descuidados vergeles de la

bella Iberia—. «La juventud española—escribía a raíz de su muerte, el fecundo (y facundo) Andrés González Blanco—le debe el cuidado de la documentación, el amor al estudio, el abandono de lo que llaman los franceses *l'école buissonnière* y de la inspiración a chorro libre.»[1] Sin duda. Mas ¿cuál fué la opinión del propio interesado? Escuchemos su confesión. En 1891, p. XIII del tomo V de las *Ideas Estéticas*: «El silencio y la indiferencia de la crítica son tales, que si no nos alienta ni nos estimula, tampoco nos molesta, ni perturba. Como apenas somos leídos, libres somos para dar a nuestras ideas el desarrollo y el rumbo que tengamos por conveniente y quien tenga la fortaleza de ánimo necesaria para resignarse a este perpetuo monólogo, podrá hacer insensiblemente su educación intelectual por el procedimiento más seguro de todos: el de escribir un libro cuya elaboración dure años.»

Ya cuatro años antes, en el tomo II de la *Ciencia Española*, p. 205: «Pero hay otros modestos ciudadanos de la república de las letras que ni pueden aspirar a triunfos ruidosos, ni obtener siquiera para sus libros un despacho que indemnice de los gastos de impresión, ya que no de las incalculables fatigas y dispendios que ocasionan las investigaciones previas, tal vez por largos años y con generoso aliento perseguidas. El que en España emprendiera hoy, por su cuenta y riesgo, la publicación de ciertas obras, a no ser un potentado o un capitalista, se arruinaría en la empresa, y ni aun tendría el consuelo de terminarla.» Y en la misma obra, tomo I, págs. 195-196: «Bien puede asegurarse que cuantos autores han sido laureados por nuestras Academias, y en mérito de obras eruditas de cierto bulto, las tenían ya compuestas o cuando menos habían acopiado para ellas gran cantidad de materiales al anunciarse los concursos, siendo, por tanto, una casualidad el que éstos no resultasen estériles.» No de otra manera se expresaba el buen amigo de don Marcelino, don Juan Valera, reciente la publicación de su

[1] *Marcelino Menéndez y Pelayo. Su vida y su obra.* (Madrid, Sucesores de Hernando, 1912), pág. 153.

Pepita Jiménez, en un artículo de la *Revista de España*, julio de 1876, sobre *La perversión moral de la España de nuestros días*: «Yo, por mi parte, confieso con humildad que no he ganado aún con la literatura, durante toda mi vida, lo que necesito para vivir durante seis meses; y aun así, si algo he ganado, ha sido escribiendo de política en la redacción de un periódico.» Y recuenta luego don Juan la ganancia que le ha dejado su famosa novela, para concluir que no podría pagar de ella un vestido de baile para su mujer (ha solido repetirse por todas partes esta cuenta, esta queja de Valera, sin advertir que es ya anacrónica, pues si no mentía el novelista al formar ese balance en 1876, la sucesiva difusión del libro cambió del todo la verdad de lo dicho por aquel entonces). Mas *non ex solo pane vivit homo.*

¿Murió don Marcelino con el animador consuelo de haber visto la semilla por él echada levantarse y madurar las esperadas cosechas? Oigámosle por última vez: En 1910, con ocasión de la sesión de clausura del *Congreso Internacional de Apologética* en Vich, el 11 de septiembre, hablando del centenario de Balmes, exclama: «Hoy presenciamos el lento suicidio de un pueblo que engañado mil veces por gárrulos sofistas, empobrecido, mermado y desolado, emplea en destrozarse las pocas fuerzas que le restan, y corriendo tras vanos trampantojos de una falsa y postiza cultura, en vez de cultivar su propio espíritu, que es el único que ennoblece y redime a las razas y a las gentes, hace espantosa liquidación de su pasado, escarnece a cada momento las sombras de sus progenitores, huye de todo contacto con su pensamiento, reniega de cuanto en la historia los hizo grandes, arroja a los cuatro vientos su riqueza artística, y contempla con ojos estúpidos la destrucción de la única España que el mundo conoce, de la única cuyo recuerdo tiene virtud bastante para retardar nuestra agonía... Donde no se conserva piadosamente la herencia de lo pasado, pobre o rica, grande o pequeña, no esperemos que brote un pensamiento original, ni una idea dominadora. Un pueblo nuevo puede improvisarlo todo, menos la cultura intelectual. Un pueblo viejo no puede renunciar a la suya sin extinguir la parte

más noble de su vida y caer en una segunda infancia muy próxima a la imbecilidad senil». [1] Palabras que hay que comparar con las pronunciadas el 25 de octubre de 1910 cuando la Comisión Ejecutiva le hizo entrega de la medalla, no ya de bronce, sino de oro, a que se aludió antes y cuando, citando sus trabajos, dijo que no podían «ser populares nunca», y añadió: «Los tiempos presentes son de prueba amarga y triste para los que profesamos esta fe—la en el «genio nacional» y los «inmortales destinos de España»—y procuramos inculcarla a nuestros conciudadanos, pero quizá por lo mismo sean días propicios para refugiarnos en el apartamiento y soledad de la ciencia histórica, nunca más objetiva y serena que cuando vive desinteresada del tumulto mundano. A esta soledad llegan a veces voces amigas que nos exhortan a perseverar sin desfallecimiento... En todas ellas palpita un mismo anhelo: la regeneración científica de España.» Y ¿qué mejor conclusión a estas pobres líneas, pergeñadas en las ansias más atormentadoras que hayan martirizado jamás nuestra alma, en medio del atroz naufragio de nuestra patria, que la que formulaba en 1937 el que diez años antes escribiera la mejor biografía del maestro, nuestro buen amigo Artigas, en el citado número de *A B C*, cuando su propia patria conocía, como la nuestra hoy, los espantosos espectros de la ruina total, y, sin embargo, ni él ni yo queríamos desesperar del porvenir? «Liquidada o a punto de liquidarse una larga época en la que España se esforzaba, impotente y desorientada, para encontrar su camino, hay que volver a reanudar su historia auténtica, a revivir su glorioso pasado. Y, para conseguirlo de una manera plena, los libros del maestro serán indispensables: guía segura y compendiosa.»

CAMILLE PITOLLET.

Pau, villa «Paz mía», 10 de noviembre de 1942.

---

[1] De este discurso me envió D. Marcelino el texto impreso en *El Diario Montañés*, de Santander. Se publicó en Vich, imp. G. Portavella, 1910, 20 págs. También me envió el texto de su *Semblanza* de Milá, que salió en 1908 en Barcelona, por Juan Gili, antes de publicarse en la *quinta serie* de sus *Estudios de crítica literaria*, tomo CXXXVIII, de la *Colección de escritores castellanos* (Madrid, 1908).

EPISTOLARIO

[1] *Hamburgo, I.—16-III-1906.*

Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo.

Mi venerado maestro: Permítame que abuse de su conocida benevolencia para con todos los que—españoles o extranjeros—cultivan el campo de la literatura castellana, y le dirija desde la lejana villa hanseática, en la que desde ya hace tres años peno en lentísimas tareas de redacción literaria y de enseñanza, una pregunta cuya solución hasta ahora ha quedado para mí imposible, a pesar de múltiples esfuerzos. Pero antes de formularla tengo que advertirle que estoy escribiendo una tesis doctoral acerca de las relaciones de Lessing con la literatura y el idioma castellanos.

El tal Lessing, pues, da por traducción del castellano (*Lessings Werke*, colección Kürschner. I. *Deutsche Nationalliteratur*, volumen 58, página 51), un Lied que reza así:

Gestern liebt'ich,
Heute leid'ich
Morgen sterb'ich.
Dennoch denk'ich
Heut'und Morgen
Gern an Gestern;

o, poniéndolo en mal castellano: «Ayer amaba, hoy sufro, mañana muero, y sin embargo, hoy y mañana, gustoso en ayer pienso.»

Nadie ha podido descubrir las fuentes castellanas de dónde ha sacado Lessing este Lied y piensa Paul Albrecht *(Lessings Plagiate)* que no deriva del castellano, sino del inglés; pero la prueba que da de su aserción no es, ni mucho menos, convincente.

Persisto en creer que se refieren esos versos a un original castellano. ¿Puede usted acaso indicarme algo, usted que conoce la literatura castellana como nadie? Todo lo que me indicare usted se lo atribuiré en mi obra, como es justo.

Otra cuestión. Lessing se burla de Jöcher (el autor del *Gelehrten-Lexikon*, 1750-51), porque dijo en alguna parte de su obra de un escritor que había compuesto, entre otras, una obra titulada: *Natural de Alteran en Alemania la baxa* (es decir, en los Países Bajos), y, claro es, confundió el pobre de Jöcher el lugar del nacimiento del tal escritor (al que desgraciadamente no nombra Lessing) con una obra de él. ¿Sabe usted cuál escritor nació en Alteran (que no puedo identificar)? El pasaje de Lessing se halla: *Kürschner*, tomo 61, 1, pág. 92.

Dándole mil gracias anticipadas por su bondad, quedo, venerado y querido maestro, suyo muy respetuoso, q. s. m. b.

PITOLLET.

[2] *Hamburgo, 9 de abril de 1906.*

Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo.

Muy respetado y venerado maestro: Si bien no ha tenido la carta que le dirigí días ha hasta ahora ninguna contestación, no creo, sin embargo, que usted se niegue a darme, si no todos, a lo menos parte de los informes pedidos, pues

ninguno como usted está capacitado para ayudarme a aclarar el difícil punto de historia literaria que le expliqué.

Se me había olvidado señalarle en mi carta que Lessing cita también una vez a Francisco de Rojas, del que trae estos versos:

Tonto sin saber latín
no es nunca gran tonto,

a los que califica de «Einfall» (ocurrencia), sin designar de dónde los saca, de qué comedia. Los cita al principio del cuarto *Antigöze*, es decir, de la cuarta refutación del pastor hamburgués Göze, su adversario teológico.

A mí me parece, después de largos estudios acerca de las fuentes castellanas a que acudió Lessing, que no ha encontrado los versos aludidos (¿si serán versos?) en Rojas, sino en alguna compilación de chistes, en algún *ana* (los he buscado inútilmente en compilaciones conocidas, por ejemplo: Menagiana, Le Metel d'Ouville, etc.); pero podría ser que se encuentren en la última edición de la *Floresta Española*, la del siglo XVIII, que difiere mucho de la original de fines del siglo XVI, por el buen recopilador de Toledo, Melchor Santa Cruz de Dueñas.

Difícil será averiguar este último enigma, pero se lo expongo confidencialmente. A lo menos, si pudiera averiguar de qué comedia de Rojas están sacados los dos versos, ya sería algo.

Reciba la expresión muy sincera de mi agradecimiento y de mi profundo respeto, con la que me repito, mi venerado maestro, de usted seguro y devotísimo servidor.

PITOLLET.

P. S.—He de confesarle que mucho temo que el artículo que escribí en la *Deutsche Literaturzeitung* acerca de la publicación del señor Rodríguez Villa, del Diario de Salinas, haya producido mala impresión sobre usted. Evidente es que nada me obligaba a decir que el señor Rodríguez Villa, que es un historiador de gran mérito, hubiera debido

publicar dicho diario de modo más científico o no publicarlo del todo. Pero si se escribiera sólo lo que no está llamado a producir mala impresión, ¿qué sería de la verdad, de la disciplina crítica? Bien sé aún que soy joven y que los campeones que nos han precedido en el camino de las investigaciones metódicas, sean cuales fueren, poseen una especie de derecho de nacimiento respecto de nosotros, según el cual tenemos el deber de gastar cierta moderación cuando venimos a tratar de ellos en público o a escribir acerca de ellos. Todo eso lo sabía al escribir mi articulito, y me lo dijo Morel-Fatio en carta encaminada a explicarme por qué mi nota no podía salir en el *Bulletin Hispanique.*

Sin embargo, no creí deber cambiar el tenor de mi redacción sólo por las razones que acabo de referir. Creí que, ante y sobre todo, había que mantener puros los fueros de la disciplina científica, y que esos fueros no los había observado el señor Rodríguez Villa al dar a luz su edición de *La Corte de Carlos V.* ¿Me condenó usted como me condenaron unos señores que me dicen: «Usted se va a hacerse enemigos si sigue en la senda que ha emprendido, y cuando será más adelantado en edad, tendrá que trabajar tanto para perder esos enemigos como trabajó en su juventud para adquirir nombre en la ciencia?» No puedo admitir que semejantes razones estén fundadas, pues tengo la convicción íntima de no haber escrito hasta hoy una única línea que no arranque de una convicción madura y metódicamente elaborada. De modo que seguiré diciendo lo que pienso ser la verdad sin consideración de personas.

Usted dispense tan larga digresión: creíla necesaria, pues tengo, como le he dicho, la idea que fácil sería que no le haya agradado el articulito que le mandé en su tiempo. Hace dos años que sirvo en Hamburgo la causa de las letras españolas con una conferencia semanal de literatura ibérica que ha sido fundada para mí por la *Oberschulbehörde* de Hamburgo, y que va a cesar, pues me marcho en junio a Francia para escribir mis tesis doctorales, cuyos materiales he reunido en Alemania durante los tres años de mi permanencia en dicho país.

[3] *(Alemania) Hamburgo; Alter Jungfernstieg, 20-III-2*

Madrid, 22 de abril de 1906.

Mr. Camille Pitollet.

Muy señor mío, de toda mi consideración: No por el motivo que usted supone, sino por otro bien molesto para mí, el de haber estado enfermo casi todo el pasado mes de marzo, he ido retrasando la contestación a su carta, esperando además poder averiguar algo acerca del particular que usted se servía consultarme. Desgraciadamente mi memoria nada me ofrece que pueda servir para poner en claro el origen de los versos que Lessing da por castellanos. Como los afectos que en ellos se expresan son tan elementales, y nada hay de muy característico en la expresión, creo difícil encontrar la fuente de estos versos, despojados ya de su forma métrica original. Acaso sean de algún romance artístico del siglo XVII. Mientras no sepamos con certeza qué libros castellanos manejó Lessing, juzgo muy difícil esta indagación.

Tampoco se me ocurre nada sobre el escritor *natural de Alteran en Alemania la Baja.* Se trata, sin duda, de un título de broma. ¿Será Marcos Fernández, autor de la *Olla podrida con salsa flamenca y sarracena?*

Los dos «versos» de Rojas citados por Lessing no son, en efecto, tales «versos», según él los transcribe, pero deben de proceder de alguna Comedia. Los citaría de memoria. En las *Florestas* y *Colecciones de Chistes* no recuerdo nada análogo.

De la última parte de su segunda carta, nada quisiera decir a usted por tratarse de asuntos exclusivamente personales, en que no tengo la impertinencia de dar consejos a nadie. Pero como al fin la experiencia enseña algo, y tengo la triste ventaja de los años, no llevará usted a mal que le diga que ciertas intemperancias de estilo en la crítica sue-

len agriar los ánimos sin provecho de la ciencia ni de nadie. Todo puede decirse con términos mesurados y corteses, y de tal modo que los autores censurados queden agradecidos al crítico. Todos hemos pecado más o menos en esta severidad juvenil, pero llega cierta edad en que se vuelve uno duro e inflexible juez de las obras propias y muy indulgente con las ajenas. Hartos disgustos y molestias tiene la vida para que debamos acrecentarlos gratuitamente, atrayéndonos la enemistad de personas honradas, inofensivas, y que trabajan en el mismo género de estudios que nosotros. Las letras humanas deben ser lo que su nombre dice. Han de servir para hacer más humanas y apacibles, no más duras y ásperas, las relaciones entre las gentes.

Y perdone usted estas simplezas sentimentales, que ya sé que no están de moda desde que se inventó la teoría del *Superhombre*. Quizá usted mismo, cuando pase la efervescencia juvenil, me dará la razón, aunque ahora le parezca vulgar y tonto lo que escribo. Con ocasión del caso particular que usted me consultaba, y en descanso de mi conciencia debo añadir que no entregué al señor Rodríguez Villa su artículo de la *Deutsche Literaturzeitung*. Nunca faltan *amigos* que se encarguen de estas comisiones, pero yo no soy de esos *amigos*.

Si no estimase a usted profundamente, desde que hace unos cinco años trabé conocimiento con usted, no le hablaría con esta sinceridad. Créame siempre su afectísimo s. s. q. b. s. m.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

[4] *St.-Brieuc, 31 de octubre de 1906.*

Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo.

Eminentísimo señor y de mi mayor aprecio: Antes de cerrar mi estudio sobre las polémicas calderonianas entre Böhl y Mora, me permito acudir al acervo de su sabiduría

acerca del referido *Teatro de Calderón* por Mora, del cual le escribí en mi última carta de septiembre, de la que tendrá usted algún recuerdo, [1] y, además, de preguntarle si le han mandado desde Cádiz unos informes acerca de Cristóbal Zulueta, el autor de los dos referidos folletos. Dándole anticipadas las gracias, se repite de usted atentísimo, seguro servidor, q. l. b. l. m.

C. PITOLLET.

[5] *(Francia) St.-Brieuc (Côtes-du-Nord) 39, rue Brizeux.*

Madrid, 5 de noviembre de 1906.

Mr. Camille Pitollet.

Muy señor mío y de todo mi aprecio: Acabo por opinar como usted que la edición del *Teatro*, de Calderón, por Mora, no debió de pasar del prospecto o de los primeros cuadernos, porque no encuentro más noticia de ella que el anuncio en el *Boletín Bibliográfico* de Hidalgo.

Acaso moriría la empresa por falta de suscriptores. Nada he podido averiguar del Cristóbal Zulueta.

Desea ver pronto impresas sus dos tesis, y se repite suyo afmo. s. s. q. b. s. m.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

[6] *París, 20 de agosto de 1907.*

Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo.

Estimado señor y de mi mayor aprecio: Como ve usted por la presente esquela de Alcan, no dejé de insistir acerca del no haber recibido usted el paquete dirigido al Director de la *Revista de Archivos*, en el Palacio de la Biblioteca Nacional.

[1] Parece que se perdió esta carta.

Como la tirada de mis libros es de 370 ejemplares, me ha sido forzoso enviar relativamente pocos *Recensionsexemplare*, y por eso desearía que se averiguase de un modo exacto si se han perdido de veras los que a usted le correspondían, antes de que le dirija otros dos. Usted, por cierto, comprenderá y perdonará tal conducta.

Por fin ha salido la parte primera de mi artículo sobre *Keil*. Desgraciadamente, han indicado en la bibliografía mi trabajo sobre *Lessing*, como de venta al precio de siete francos, lo que no es exacto, pues cuesta, como el sobre Böhl, 15 francos. He escrito al señor Navarro Santín para que se haga la necesaria corrección en el próximo número. Todavía le quedo deudor de la prometida relación de mi «soutenance»; acabado que haya mi libro sobre el *Complot de Pontcallec (Cellamare)*, se lo mandaré.

Sin más por hoy, se repite de usted afmo. seguro servidor, q. l. b. s. m.

PITOLLET.

Nota.—Acompaña a esta carta la esquela del editor Alcan, a que se refiere Mr. Pitollet y en la que se confirma que el 5 de julio y por paquete postal salieron los libros para el señor Menéndez Pelayo.

[7] *París, 17 de septiembre de 1907.*

Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo.

Muy señor mío y de mi consideración más distinguida: Con ésta le acuso recibo de su nueva carta [1] con la que me favorece otra vez, dándome otra prueba de su gran erudición. La edición del *Theatro Expurgado*, que me describe usted, es muy probable que saliera *antes* de la, ahora ya *casi* cierta (pues Hidalgo *en general* no describe más libros que los que ha visto, lo que no siempre hacen los mejores bibliógrafos, como tantas veces lo habrá notado usted) edición de Mora, pero este punto no puede fijarse, según creo,

[1] También se perdió esta carta, así como otra, de Mr. Pitollet, a que se alude en la página 255.

antes de haberse hallado esta última, en cuyo prólogo habrá seguramente—caso de que haya salido después de la de Cavaleri—unas alusiones a la antecedente. Breymann, como ya le dije, no hizo más que copiar la noticia hallada en Hidalgo, si bien no dejó de poner un asterisco antes de su nota, indicando con esta señal que no había visto la edición.

En cuanto al folleto de Gallardo *Zapatazo....*, cierto es que lo había leído [1], como lo encontrará usted en mi obra, así como una identificación, que me parece interesante, con un trozo de su primer folleto gaditano: *Apología de los palos*, de que trató usted en el tomo III de los *Heterodoxos*.

Me permito otra vez suplicarle que, caso de que le ocurra algo acerca del misterioso Cristóbal Zulueta, me haga el gran favor de comunicármelo, y, sin más por hoy que darle muy sentidas gracias por su gran amabilidad, me repito de usted s. s. q. l. b. l. m.

C. PITOLLET.

P. D.—Acabada ya esta breve carta se me antojó rebuscar en el tomo de 1845 del *Boletín Bibliográfico Español y Extranjero* (tomo VI), y he aquí la noticia que encontré, página 292 (núm. 698): «*Theatro de don Pedro Calderón de la Barca, precedido de un prólogo, por don José Joaquín de Mora* (Cádiz 1885). Imprenta de la Sociedad Artística y Literaria (Madrid). Librerías de Sánchez y Europea de Hidalgo. Entrega 1.ª Precio por suscrición, 3 rls. vellón.»

«Esta obra constará de 4 tomos en folio a dos columnas, »dividida en 120 a 125 entregas de 20 páginas. Acompañará »el retrato del autor, el facsímil de su letra y la biografía. »Toda la obra contendrá de 115 a 120 comedias, y concluída »que sea la impresión, se aumentará el precio en una mitad »más de lo que cueste por suscrición.»

---

[1] A este propósito, ¿se ha fijado usted en que A. de Castro en 1845 (por los mismos años lleva un librito, *El Cisne*, s. l. s. a. [Cádiz, 1843?], en 5.º, juntas en buen compañerismo poesías de Gallardo y de A. de Castro, así como de J. J. de Mora) en su *Historia de la muy noble e ilustre ciudad de Cádiz*—muy distinta de la obra posterior: *Cádiz y su provincia*, 1858—alaba, página 115-116, a Gallardo? *Quantum mutatus ab illo!...* Y ¡qué lástima que ningún erudito español haya pensado hasta hoy en escribir una monografía sobre Gallardo!

Se publicó el tomo VI del *Boletín* en 1846 (en él no hay mención del *Theatro Expurgado)* y en los siguientes tomos ya no se vuelve a hablar del *Theatro*, que yo en vano he buscado en Madrid. ¿Si se habrá equivocado Hidalgo, tomando por cierta la publicación, *solamente* por haber leído la noticia que acabo de copiarle?

[8] *París, 17 de mayo de 1908.*

Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo.

Ilustrísimo señor y de todo mi aprecio: Me tomo la libertad de anunciarle que tengo la intención de marcharme para Madrid dentro de dos días—deteniéndome unos días en Tolosa, pues tengo que hablar con el señor E. Mérimée—para trabajar en la Biblioteca Nacional con el propósito de acabar un estudio comenzado años ha sobre Böhl von Faber.

Habiendo acabado mis tesis doctorales (de las que le hablé antes, a lo menos a propósito de una de ellas: *Contributions à l'étude de l'hispanisme de G. E. Lessing*, que está impresa), aprovecho los pocos meses que me quedan libres todavía para dar cima a dicho estudio sobre Böhl y sus polémicas a favor de Calderón.

He visto el domingo pasado al señor Morel-Fatio en su domicilio, y volveré a verle mañana; caso de que no baste esta carta le pediré unas palabras de introducción para usted, pues muy posible es que no me conozca, es decir, que haya olvidado mis cartas anteriores. En todo caso, espero que tendrá usted la bondad de permitir que pueda trabajar en el establecimiento que dirige usted y le doy anticipadas las gracias por su amabilidad.

De usted muy atto. servidor, q. s. m. b.

C. PITOLLET.

[9] *Madrid, 25 de mayo de 1908.*

Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo.

Ilustrísimo señor y de todo mi aprecio: Habiendo llegado a Madrid, como en una carta anterior me tomé la libertad de comunicarle que era mi intento hacerlo, he tratado, desde luego, de encontrar en la Biblioteca Nacional las obras de que necesitaba (y que no había podido hallar en bibliotecas alemanas, en el British Museum y en la Nationale) para elucidar la hasta ahora muy confusa cuestión de las polémicas sostenidas por Böhl von Faber en los años de 1814 y de 1818-19, a favor de Calderón contra don J. J. de Mora y don A. Alcalá Galiano, entre otros. Por desgracia no ha sido catalogada aparte, como imaginaba yo, la Biblioteca de Böhl cuando se incorporó a la Nacional madrileña, de manera que las piezas raras que contenía aquélla, por falta de indicación precisa, parece que no son ya accesibles al investigador literario hoy día.

Entre estas piezas, dos a lo menos me son indispensables; una se titula: *Donde las dan las toman. En contestación a lo que escribieron Mirtilo y El Imparcial en el Mercurio Gaditano* (por desgracia no está el *Mercurio Gaditano* en la Nacional madrileña), *contra Schlegel y su traductor*, s. l. s. a. Cádiz, 1814, 24 páginas pequeño en 8.º

El folleto aquel salió compuesto por Böhl «en ayuda de una valiente pluma, dice él, que se ha retirado de la contienda por cargos públicos», la cual pude identificar, y era don José Vargas y Ponce, entonces en Cádiz. Está en una biblioteca de América, pero me piden un precio ridículo para copiármelo.

El segundo lleva por título *Los mismos contra los propios o respuesta al Pasatiempo Crítico* y salió en Barcelona sin nombre de autor (los autores eran Alcalá Galiano y Mora), después de publicado el *primer* Pasatiempo, es decir, a fines de octubre de 1818, porque se había prohibido su

impresión en Madrid, como lo cuenta (de un modo muy poco claro) el mismo Alcalá Galiano en sus *Memorias*, escritas por los años 1827-49, y publicadas por su hijo en 1886, si bien recuerdo.

No pienso que se encuentre en ninguna biblioteca europea incluso la Biblioteca Nacional de ésta, si ha de creerse el informe que me han dado hoy. Pero poseo yo la correspondencia inédita de Böhl con el Dr. N. H. Julius, el traductor de Ticknor, sobre el que saldrá en el próximo número de la *Revue Germanique* un extenso artículo mío, en el que tuve que mencionarle a usted y que me haré un placer en comunicarle dentro de unos días, y en una carta de Cádiz, poco antes de su nombramiento como académico honorario, dice aquél que ha mandado a la Academia en Madrid *todos* los papeles relacionados con su contienda con Mora, y, además, unos estudios manuscritos sobre literatura y lengua españolas, y que dicho envío tuvo muy grata acogida, no contribuyendo poco a que le nombrasen individuo de tan ilustre Corporación. (De otros medios, de que se valió Böhl, hablaré yo en mi libro.)

Pues bien, dichos papeles encerraban los dos folletos que me faltan para que resulte del todo completo y corresponda mi estudio a las exigencias de la sana crítica.

No sé si existe en el edificio de la Academia una sala pública de trabajo, y muy probable me parece que no, y por esto acudo a usted, ilustrísimo señor, para suplicarle que me facilite el permiso necesario para averiguar de un modo preciso en dónde paran en el archivo académico aquellos tan raros documentos, que fueron enviados en el año de 1820 ó de 1821.

Espero que usted, que sabe apreciar lo que cuesta un trabajo de la naturaleza del mío, me otorgará el auxilio que le pido. Se trata de reconstituir una polémica hasta ahora *del todo* desconocida y cuya importancia no han valuado los pocos que hablaron de ella—y bien pocos son—por ignorar su aspecto verdadero y sus condiciones intrínsecas. Una recomendación de su mano me abrirá las puertas del archivo académico y por esto le escribo a usted otra vez.

Antes de acabar mi carta, me permitiré transmitirle una pregunta que me rogó que le dirigiera en su nombre mi amigo de Munich, A. L. Stiefel, catedrático de la Industrieschule: ¿Cómo es que la edición académica de las *Obras de Lope* no se continúa y si hay que esperar que se continúe en breve?

Esperando su grata respuesta queda de usted, ilustrísimo señor, seguro y atento servidor, q. l. b. l. m.

C. PITOLLET.
Agrégé de l'Université,
Calle de la Cruz 12, pral. izqda.

[10] *París, 13 de julio de 1908.*

Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo.

Eminentísimo señor: No sé si recordará S. S. la promesa que me dió el pasado mes en Madrid de averiguar en su personal biblioteca cuáles eran los opúsculos de Böhl von Faber referentes a la contienda acerca del mérito de Calderón que S. S. tenía, ya que imposible me es encontrar en ninguna parte unas actas de este singular pleito, las cuales muy necesarias me serían para que resulte completo el estudio, que estoy ahora mismo redactando y constituirá mi segunda tesis de doctorado, titulada *Les Polémiques de Böhl von Faber au sujet de Calderón et de l'ancien théâtre espagnol en 1814 et 1818-20 reconstituées intégralement.*

Vengo, pues, a suplicar a S. S. que, con su acostumbrada bondad, me facilite la exacta lista de todo lo que posee en su librería acerca del particular, incluso los más insignificantes artículos, pues en tal materia nada hay para mí *del todo* insignificante.

Excusado es decir que todas las noticias que reciba de Santander tendrán acogida en mi obra bajo mención exacta de su fuente. Me interesa, además, saber si el ejemplar de los *Pasa-*

tiempos de propiedad de S. S. es *completo*, pues el de la Biblioteca Nacional en Madrid se encuentra falto de unas hojas finales, y era propiedad de D. Pascual Gayangos, si bien recuerdo.

Caso de que haya en la biblioteca particular de Su Señoría documentos que no se hallen en otra parte, no rehuiría yo, como ya antes dije, el viaje a Santander para copiarlos, toda vez que S. S. me autorice para hacerlo.

Esperando grata contestación de esta mi carta, quedo de S. S. atentísimo y seguro servidor, q. l. b. l. m.

C. PITOLLET.
Agrégé de l'Université.

[11] *(Francia) París-Rue Madame, 38-I.*

Santander, 17 de julio de 1908.

Mr. Camille Pitollet.
Agrégé de l'Université.

Muy señor mío y de todo mi aprecio: El ejemplar que poseo de los opúsculos de Böhl de Faber tiene esta portada: *Vindicaciones de Calderón y del Teatro Antiguo Español contra los afrancesados en Literatura. Recogidas y coordinadas por don Juan Nicolás Böhl de Faber, de la Real Academia Española.* Cádiz, 1820. En la Imprenta de Carreño, calle Ancha.

Contenido: Prólogo.—El primer folleto, de 72 páginas, no lleva portada especial, sino únicamente esta *advertencia:* «Habiendo deseado algunas personas reunir los papeles publicados por el autor en esta materia antes que salieran los *Pasatiempos*, se ha dispuesto la presente reimpresión, cercenada y corregida.»

Contiene: Extracto de W. Schlegel sobre el teatro español, defensa de estas opiniones contra la crítica de Mirtilo Gaditano, resumen de las noticias publicadas en el *Diario*

de Cádiz en abril, mayo, junio y julio de 1818 y varios artículos de polémica contra la *Crónica Literaria.*

—*Pasatiempo Crítico en que se ventilan los méritos de Calderón y el talento de su detractor.* 112 páginas y una de erratas.

—*Segunda parte del Pasatiempo Crítico, que trata de lo mismo,* por *el propio.* 94 páginas.

—*Apéndice. Respuesta a los mismos.* 79 páginas.

—*Tercera parte del Pasatiempo Crítico en defensa de Calderón y del Teatro Antiguo Español.* 74 páginas.

—*Apéndice de algunas lecciones al editor de la «Crónica», sobre unos cuantos disparates que afean su periódico en el año de 1819.* Aunque con nueva portada, continúa la paginación hasta el 100.

Me falta, como usted ve, el folleto: *Donde las dan, las toman,* que acaso esté refundido en las hojas preliminares sin título.

De la réplica de Mora y Galiano, que dice que se publicó en Barcelona, no sé más que lo que Galiano refiere en sus *Memorias,* I, 419, ni he hablado con nadie que me diga haberla visto.

Tengo también la *Crónica Científica y Literaria* de 1818 y 1819.

Esto es todo lo que he podido reunir de la famosa polémica que está usted reconstruyendo. Y repito a usted lo que en Madrid le dije ya. Si necesita usted ver o copiar cualquiera de estos papeles, puede venir a Santander, con la seguridad de que podrá examinarlos todos, y de paso recorrer unos periódicos y folletos del siglo XVIII y primeros años del XIX, que le pueden servir para el conocimiento de las ideas literarias en los años anteriores o posteriores a las polémicas de Böhl.

De usted afmo. s. s. q. s. m. b.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

Muchísimas gracias por su interesante y bien documentado estudio del Dr. Nicolás Enrique Julius, el gran amigo de Böhl.

[12] *París, 1 de septiembre de 1908.*

Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo.

Eminentísimo señor y de mi mayor aprecio: Adjunto me permito mandarle certificados unos documentos *originales* referentes al casamiento de don José Joaquín de Mora en Autun en enero de 1814, que me parecen muy propios para publicarse en la *Revista de Archivos*, de la que será usted Director, o, a lo menos, «spiritus regens». Espero, pues, que se servirá usted (caso de que le parezcan dignos de ver la luz pública en dicha Revista) comunicarlos al Secretario de la Revista en Madrid, el cual, sin duda, tendrá la bondad de avisarme de la fecha de su publicación, mandándome antes las pruebas.

Excusado es decir que dada la penuria de noticias referentes al cautiverio de Mora en Francia, hubo que hojear muchos papeles antes de dar con las actas de las que va la copia en mi artículo, el cual, por lo tanto, representa *mucho tiempo* perdido. Esto para que se aprecie en su justo valor.

Ya que tuvo usted la bondad de escribirme en el asunto de las contiendas calderonianas de Böhl von Faber, me aprovecho de la ocasión presente para suplicarle que dé cima a su benevolencia para conmigo comunicándome algo acerca de Cavaleri, el amigo de Böhl, del que no conozco más que la edición gaditana de los *Entremeses* de Cervantes, pero que publicó más, según sabrá usted y me lo indicará con su acostumbrada erudición.

Además, necesitaría mucho acudir a sus luces tocante a un tal Cristóbal Zulueta, de Cádiz, que intervino también en la contienda con dos folletos. ¿Sabrá usted algo del tal Zulueta? Me ha sido imposible de todo punto lograr noticias de él hasta ahora. Acabado casi por completo mi libro sobre Böhl, pienso que su lectura le ocasionará, como la de mis *Contributions à l'étude de l'hispanisme de Lessing*—en las

que encontrará mención repetida de las obras de usted—, algún solaz en el desierto de la erudición bibliográfica.

De usted se repite afmo. servidor, q. s. m. b.

C. PITOLLET.

[13] *(Francia) París-Rue Madame, 38-I.*

Santander, 9 de septiembre de 1908.

Mr. Camille Pitollet.

Muy señor mío y de todo mi aprecio: Recibí su carta del día 1.º juntamente con los curiosos apuntes y documentos oficiales relativos al casamiento de don José Joaquín de Mora en Autun. Los he enviado inmediatamente a la *Revista de Archivos*, que esta vez no habrá, como antes, de rechazar su colaboración, y le pagará a usted su trabajo como es justo y como se ha hecho en ocasiones análogas. Precisamente, lo más oscuro de la biografía de Mora es la época de su cautiverio en Francia, y los documentos por usted descubiertos no contribuirán poco a ilustrarla.

Poco puedo decir a usted de Cavaleri y Pazos. Don Adolfo de Castro, que en sus mocedades había sido amigo y casi discípulo suyo, me aseguró repetidas veces que el tal Cavaleri era gallego, aunque pasó la mayor parte de su vida en Cádiz, ejerciendo su oficio de escribano. Era persona de mucha lectura, pero extravagante hasta no más en sus ideas y estilo: hombre de carácter agrio y displicente, en suma. Todos sus escritos son anónimos, o seudónimos. Además de su edición de los *Entremeses* de Cervantes, que ya posee usted, tengo por suyos el *Discurso en razón de la tragedia: A secreto agravio*, publicado en Cádiz en 1818, que está en la *Biblioteca Nacional;* las ediciones de *El Acero de Madrid* y *El dómine Lucas*, con sendos prólogos, que se publicaron en Madrid en 1836 y 1841, respectivamente; el

tomo I (y único) del *Teatro expurgado de Calderón*, publicado en Cádiz en 1845, que contiene las tragedias: *Menon y Tiro sublevada*, es decir, *La Hija del Aire*, Primera parte, y *Duelos de Amor y Lealtad*, arregladas por Cavaleri de tal modo que no las conociera el padre que las engendró, y, finalmente, el *Ensayo Filosófico* sobre el romanticismo que está al principio de una edición de las *Obras de Juan de Mena*, publicada en 1840 en Madrid, en la imprenta de Aguado.

Además de estas obras que me indicó don Adolfo, es muy probable que haya otras de la pluma de Cavaleri en folletos o en periódicos de Cádiz.

Del Cristóbal Zulueta, de que me habla usted, nada le puedo decir, pues de él nada sé. Hubo en Cádiz una antigua y acreditada casa de comercio con la razón social de Zulueta y tenía, según creo, sucursal en Londres, la cual ha llegado a nuestros días. Procuraré informarme por algún amigo gaditano.

Deseo mucho leer pronto las tesis de usted y me repito suyo afmo. s. s. q. s. m. b.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

[14] *París, 11 de septiembre de 1908.*

Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo.

Muy señor mío y de mi consideración más distinguida: Recibo su apreciadísima carta, cuyos preciosos informes acerca de Cavaleri le agradezco muchísimo y reproduciré al pie de la letra en mi trabajo sobre la contienda calderoniana de Böhl, que está acabado en manuscrito. El sobre *Lessing* está impreso *desde hace más de seis meses* y por incidencias extrañas no ha podido todavía ver la luz pública, y no la verá sino en el próximo invierno, todo lo que se explicará *más tarde* en un folleto.

Que sea Cavaleri el autor del folleto: *Discurso en razón*, etcétera, ya no cabe duda, pues poseo dicho folleto con una anotación manuscrita del mismo Böhl que no permite dudar del hecho, si identifica Böhl «Carpóforo de Barreda y Henao» con dicho literato.

Ya había barruntado Ticknor, gracias a las indicaciones del Dr. N. H. Julius, dicha identidad, pues en el catálogo de Whitney se lee en la página 69, como por cierto ya lo habrá notado usted, a continuación del «por Carpóforo, etcétera», la mención manuscrita del erudito de Boston: «pseud. of Cavaleri?»; pero hasta ahora nadie (que yo sepa) se ha tomado el trabajo de indagar quién era el tal Cavaleri, y el señor Ríus, en su *Bibliografía de Cervantes*, al apuntar la edición de los ocho Entremeses, lo hace en términos que claramente indican que nada sabe acerca del editor. Que haya sido gallego Cavaleri, lo sabía yo y lo pruebo en mi obra de un modo corto, pero suficiente.

A propósito de esta edición, quizás le interese saber qué poco éxito alcanzó, según le manifestó Böhl a Julius en carta (inédita) fecha Cádiz, a 7 de octubre de 1818: «Die neue Auflage der Entremeses von Cervantes ist leider keine Folge von Beliebtheit, sondern die Frucht der Vorliebe eines Einzelnen; *der grösste Theil der Abdrücke ist vie Blei liegen geblieben...*»

No sé, además, si se habrá fijado usted, al mentar la supuesta edición de 1845 del *Theatro Expurgado de Calderón*, publicado sin nombre de colector en Cádiz, en folio, que Hidalgo (*Dic. Gen. de Bibliografía Española*. IV, 1870, página 518), la atribuye a Mora, atribución que Herr Breymann copió sin más, y sin indicar sus fuentes, en su *Calderon-Literatur*, I, pág. 50, núm. 1.845. Celebraría mucho que me dijera usted ocasionalmente lo que hay que pensar de la atribución de Hidalgo, pues a mí mucho me interesa saber si publicó verdaderamente Mora el tal Theatro, lo que siempre me pareció inverosímil.

En cuanto a Cristóbal Zulueta, es autor de dos folletos tocantes a la contienda calderoniana, que tengo también en mi poder; el uno, titulado *Artículo remitido al editor del*

Diario Mercantil de Cádiz, quien no ha juzgado conveniente insertarlo, por mantener la palabra que tiene dada, aunque no en letra de molde, de guardar el más profundo silencio sobre la cuestión suscitada acerca del mérito o demérito de los autores dramáticos, clásicos y romancescos. (Cádiz, con licencia. En la imprenta gaditana de don Esteban Picardo, calle de la Carne, núm. 186. Año de 1818); el otro, *Yo solo a uno de los mismos*, (Cádiz, año de 1818. Con licencia. En la imprenta de don Esteban Picardo, calle de la Carne), dirigido este último contra Alcalá Galiano, después de publicado en Barcelona el folleto contra el 1.º Pasatiempo: *Los mismos contra los propios o respuesta* al *Pasatiempo Crítico.* En dicho 2.º folleto dice de sí, página 1.ª, Zulueta—quien firmó cada vez C. Z.—: «Y para que no me quede la ventaja, que muchas veces suele serlo, de permanecer desconocido, respondiendo ya a la censura de usted, presentaré sin rubor mis títulos literarios, que parece echa de menos... Aficionado a las letras desde pequeño, pero con circunstancias desfavorables a su útil estudio, lo poco de ellas que cultivo es, ciertamente, menos que a lo gaditano; esto es, sin que pueda servirme para seguir carrera brillante y lucrativa. Leo por distracción y por medicina en los ratos que sobran para otras cosas a los hombres más ocupados. En el trato social, desconfiado de atinar con las palabras, callo cuando tantos otros charlan y escriben, sin que nunca me haya venido a las mientes que soy capaz de ilustrar o de divertir a nadie. Con esto, si vivo oscuro, no mis producciones estragan el gusto de mis compatriotas, ni el Estado me proporciona con qué regodearme en la ignorancia. No tengo amigos que aprendan mis versos, para que en retorno divulgue y celebre yo los suyos, ni de ingenioso soy reputado por las señoras. Ya ve usted que me faltan muchas condiciones para *pisaverde literario.* Desmiéntanme los que me conocen...»

Que no haya escrito más en el asunto de la contienda, consta por el paso que se lee en la página 8: «Creo suficiente lo dicho en demostración de que usted equivocó mis cualidades literarias, interpretó mal la intención con que escribí el artículo y no entendió de él una palabra. No se jacte,

pues, de que me descubrió la hilaza. Pero si esto no basta, no por eso escribiré más. En nada interesa desde ahora a mi amor propio esta contienda. Soy naturalmente enemigo de personalidades. Ni a usted ni a ninguno de los que han escrito en la materia, profeso odio ni afición, y aunque escriban de nuevo, no contestaré. Los hombres sensatos saben hace mucho tiempo que la razón no está precisamente de parte del último que habla. Yo ganaré en atender sin distracción a lo que me importa, y el público nada perderá en que no se trate más de una cuestión ventilada hasta ahora sin juicio y sin decoro.»

En cuanto a la persona misma de Zulueta, no he podido hallar otro dato fidedigno más que el que encontré en un artículo del *The Times* de 4 de septiembre de 1826, en el que figura un don Pedro Zulueta, Diputado por Cádiz, entre los 60 Diputados a Cortes (1822-23) sentenciados a muerte, con confiscación de bienes, por el Tribunal criminal de Sevilla en agosto de 1826, sentencia que confirmó Fernando VII. Por otra parte figura el mismo Pedro Zulueta en el número de febrero de 1825 de los *Ocios de Españoles Emigrados*, página 122, como «rico comerciante de una de las casas primeras de comercio de Cádiz y hacendado», habiendo sido, se añade, Diputado por Cádiz en las Cortes de Madrid de 1822-23. ¿Será el don Pedro el mismo que el don Cristóbal de 1818? Usted, señor, que en el tomo III de sus *Heterodoxos Españoles* trató de las Cortes de Cádiz y de dicha publicación por los años en que vivía «Cristóbal» Zulueta, quizá pueda resolver el enigma, ya que don Dionisio Pérez en su malísimo (quiero decir demasiado *incompleto) Ensayo* no me suministra ningún dato en cuanto al asunto de que trata mi obra.

Agradeciéndole sobre manera el envío de mi manuscrito a la *Revista de Archivos*, me repito con el mayor respeto de usted afmo. s. s. q. l. b. l. m.

C. PITOLLET.

[15] *(Francia) París-Rue Madame, 38.*

Santander, 14 de septiembre de 1908.

Mr. Camille Pitollet.

Muy señor mío y de todo mi aprecio: Ha hecho usted bien en llamarme la atención sobre la pág. 17 del tomo I (1840) del *Boletín bibliográfico español y extranjero* con la noticia, copiada de Hidalgo, acerca de ediciones de Mena y de Calderón, y reproducida a su vez por Breymann, porque de ella se infiere, cosa que yo ignoraba hasta la fecha, el hecho muy curioso de haberse emprendido en Cádiz, el año 1845, dos ediciones distintas de Calderón, una por Cavaleri-Pazos y otra por Mora.

La única que he visto y poseo tiene esta portada: *Theatro expurgado de Calderón.* Tomo I. Cádiz. Imprenta, librería y litografía de la *Revista Médica*, a cargo de don Vicente Carnana, Plaza de la Constitución, número 11, 1845.

Es un tomito de XXXIV pp. de preliminares y 143 de texto, en octavo español, equivalente al 16.º francés.

Mi ejemplar (y supongo que todos) lleva al frente esta *Advertencia* en una hoja impresa después de la portada y antes del *Prólogo:*

«El que expurgó los dramas de esta Colección, o sus legítimos representantes o cesionarios, *que firman todos los ejemplares*, han adquirido en la impresión i en la representación pública de todos i de cada uno de ellos el derecho de una propiedad particular, de cuya acción usarán.» Sigue una tabla de los derechos de propiedad que habían de pagarse por la representación de cada expurgado drama de don Pedro Calderón.

Esta *Advertencia* tiene la firma autógrafa C. P., acompañada de una rúbrica o contraseña.

El estilo del *Prólogo* y las ideas literarias que en él se vierten son enteramente iguales a las del *Prólogo* de los

Entremeses, al de las dos comedias de Lope de Vega y a todos los demás opúsculos críticos que conozco de Cavaleri, y por ningún concepto pueden atribuirse a Mora. Al contrario, me parece que hay alusiones contra él y contra otros profesores del Colegio de San Felipe Neri, de Cádiz, donde Mora enseñaba entonces y en cuya dirección sucedió a Lista.

Como curiosidad indicaré a usted que los otros dos tomos del *Theatro expurgado* debían comprender, según el plan de Cavaleri, otros cuatro dramas: *Herodes el Tetrarca (El Tetrarca de Jerusalén)*, *D. Lope de Almeyda (A secreto agravio)*, *Ana Bolena (La Cisma de Ingalaterra)* y *El Tuzaní (Amar después de la muerte)*.

La otra edición está descrita por Hidalgo en estos términos: «*Teatro de don Pedro Calderón de la Barca*, precedido de un *Prólogo*, por don José Joaquín de Mora. Cádiz, 1845. Imprenta de la *Sociedad Artística y Literaria*. En folio.»

Como usted ve, se trata de una cosa enteramente distinta. No se titula *Theatro expurgado*, sino sencillamente *Teatro*. Está publicado en diversa imprenta. El tamaño es en folio y no en octavo pequeño. Y, por último, dice con todas sus letras que tiene un *Prólogo* de Mora, al par que la otra edición lleva la firma y rúbrica de Cavaleri Pazos.

Como éste en su *Prólogo* no menciona la edición de Mora, a pesar de la mala voluntad que le tenía, infiero que la suya salió antes. Procuraré buscar esa edición de Mora, y si algo resulta ya se lo comunicaré a usted.

Supongo que habrá usted fijado la atención en una alusión que Gallardo hace a Cavaleri en su folleto: *Zapatazo a Zapatilla* (Madrid, 1851), escrito contra el *Buscapié*, de don Adolfo: «Si ha tenido allí (en Cádiz) algún ayudante, debe de haber sido un cierto Abogado Gallego, a quien yo en tiempos di una gentil zurribanda con título de *Capuz a Ca-pazos, por el Liz. Palomeque*, la cual, como hecha para entre amigos, no llegó a publicarse... Adolfo es su discípulo, i su ojito derecho» (pág. 54).

Por consiguiente, Cavaleri vivía aún en 1851. Gallardo acabó por convencerse de que no había tenido arte ni parte

en el *Buscapié* y dice en la pág. 59: «Zelebro que Cavaleri tire contra él; pues me temí todo lo contrario, porque Adolfo es hechura suya, i él, aunque hombre de bien, es inozentón i paradojal.»

De usted afmo. s. s. q. s. m. b.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

[16] *St.-Brieuc, 12-I-1909.*

Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo.

Muy respetado señor y de mi mayor aprecio: En la tirada aparte del artículo sobre N. H. Julius que le mandé el pasado verano, se leía, página 289, nota 1: «Je publierai ailleurs prochainement des lettres de L. Schmidt et de Keil a Julius concernant la littérature espagnole.» Cuando escribí esta nota, creía poder acabar mucho antes —pues, en realidad, me ha sido preciso gastar un tiempo inconcebible—, el prometido estudio. A consecuencia de imprevistas circunstancias, lo he acabado tan sólo ayer. Al escribirlo en castellano, ha sido mi pensamiento ofrecerlo a la *Revista de Archivos*, pues ya tiene el *Bulletin Hispanique* artículos de mí (en particular uno para el número 1.º de 1909 sobre Blasco Ibáñez), así como *Cultura Española*, a la que he mandado recientemente dos documentos inéditos, sin hablar de mi estudio sobre los *Elogios hispano-judíos* impresos en Amsterdam en la segunda mitad del siglo XVII.

En la *Revue Napoléonienne*, que dirige en Roma A. Lumbroso, saldrán tres canciones patrióticas españolas inéditas, del sitio de Zaragoza, y en el *Bulletin Italien*, una carta inédita a Julius con referencia al editor de Dante, Biagioli.

El estudio que ahora ofrezco a la *Revista de Archivos* es largo, pues no encierra menos de 61 páginas. Es *del todo* nuevo, pues elucida la vida de Keil (sobre la que ni Breymann, ni sus críticos, en particular Farinelli —*Cultura Espa-*

ñola, núm. VI, 1907, pág. 516, nota 1.ª— han sabido decir una sola palabra) y su *primera* edición (inacabada) de Calderón, acerca de la que no se han impreso hasta ahora más que sandeces, o a lo menos, errores.

Como verá usted ni aun el mismo editor Brockhaus sabía a qué atenerse sobre este punto. Además de las noticias nuevas que he reunido sobre Keil y que son fruto de mis investigaciones en bibliotecas alemanas y archivos particulares, publico tres largas cartas *inéditas* de él a Julius sobre la segunda edición (la de 1827-1830) de Calderón, numerosos extractos de la correspondencia *inédita* de Böhl von Faber, una carta *inédita* de Leopold Schmidt sobre su publicación de los estudios de su padre en 1857, una carta *inédita* de Ticknor a Julius, nuevos datos sobre traducciones alemanas de Quevedo, en particular sobre la del *Buscón* por Keil, que tuvo dos ediciones, punto sobre el cual el señor Mérimée en su *Quevedo* no ha hablado con la debida precisión. Se trata, pues, de un trabajo de los más concienzudos, el cual me parece habrá de honrar la *Revista*, la que no debe quedar cerrada a estudios de *literatura comparada*, tan a la moda hoy; pero, por lo tanto que incluye dicho trabajo gran copia de documentos *en alemán*, y que por desgracia escasos son aún los eruditos de España familiares con este idioma, es usted (y usted solo) quien puede juzgarlo y decir si merece ser publicado en la *Revista de Archivos*.

Se trata de una obra científica en la que (como me esforzé a hacerlo en mis dos libros de próxima publicación sobre los estudios hispánicos de Lessing y las polémicas calderonianas de Böhl), expuse *sin rodeos ni circunlocuciones* lo que, después de seria investigación, me parecía ser la verdad, venga lo que viniere y obedeciendo al principio: *amicus Plato, magis amica veritas*.

Esperaré su contestación para mandarle mi manuscrito, dándole de antemano las gracias por la molestia que le causará su examen. *Pero se trata de la literatura patria y de* HONRARLA.

Estoy revolviendo ahora los archivos de la Bretaña para sacar a luz un voluminoso estudio sobre *Un episodio*

desconocido de la conspiración de Cellamare: la conspiración federalista de Pontcallec en Bretaña (1718-1720), y no desespero de hallar cosas de interés dentro de unos meses y de ilustrar un rincón oscuro de la historia de España.

Sin más queda de usted, señor, su afecto y devoto, s. s. q. l. b. l. m.

C. PITOLLET.

[17] *(Francia) St.-Brieuc (Côtes-du-Nord) 39, rue Brizeux.*

Santander, 30 de enero de 1909.

Mr. Camille Pitollet.

Mi estimado amigo: Recibí su carta, y me parece muy interesante el plan que en ella traza usted de su artículo sobre Keil. Agradezco a usted mucho que se haya acordado de la *Revista de Archivos*. Puede usted remitirme dicho trabajo a Madrid, adonde iré a fines de la próxima semana.

¿Cuándo acaban de salir sus dos tesis sobre el hispanismo de Lessing y las polémicas de Böhl de Faber con Mora y la *Crónica?*

En la historia de *Xerez de la Frontera*, de don Adolfo de Castro (1845), hay una carta de Cavaleri-Pazos felicitando a don Adolfo. Supongo que ya la tendrá usted recogida; pero por si acaso, la copio a continuación, porque el librillo de don Adolfo no abunda. En la *Historia de Cádiz*, que es del mismo año, hay un fragmento de un alegado forense de Cavaleri sobre los acontecimientos de Cádiz en 11 de marzo de 1820.

Suyo afmo. s. s. q. b. s. m.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

«Carta que el muy recto humanista don Juan Bautista Cavaleri Pazos dirigió al autor de la presente *Historia*.

Sr. D. Adolfo de Castro.

Muy señor mío y mi estimado amigo: Leyendo hoy en el *Defensor* la *Introducción* a la *Historia de Xerez* y la pintura de la batalla famosa del Guadalete, recibí un placer indecible, que conservo y me durará mucho tiempo.

Se conoce bien en esos dos trozos que está usted muy empapado en el lenguaje, estilo y grandeza de alma de nuestros autores históricos del siglo décimosexto, felices imitadores de los eminentes del tiempo de Tulio y del imperio de Augusto. No hay escrito que en pureza de lenguaje, propiedad de estilo, concisión y vigor, se pueda comparar desde la muerte de Solís hasta el día. Presumo que las *Historias* de Cádiz y de Xerez, escritas por usted, serán la única luz que en medio de tantas tinieblas alumbre con los resplandores dichos a España, hasta la pérdida total, que está muy próxima, de la lengua castellana.

Póngame usted a los pies de su Señora, y mande a su regocijado y afectuoso amigo q. b. s. m.—*Juan Bautista Cavaleri-Pazos*. S/c, 31 de julio de 1845.»

(*Historia de la muy noble, muy leal y muy ilustre Ciudad de Xerez de la Frontera*, escrita por Adolfo de Castro. Cádiz, imprenta de la Sociedad de la *Revista Médica*, 1845. Páginas 49-50 (sin foliar) del Apéndice.)

[18] *St.-Brieuc*, 30 de enero de 1909.

Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo.

Respetadísimo señor y de mi mayor aprecio: ¡Cuánto siento no haber tenido contestación definitiva a la carta que semanas ha le dirigí ofreciéndole un estudio de considerable erudición y de índole completamente nueva acerca de Juan Jorge Keil, el desconocido editor de Calderón, y de su actividad literaria, estudio que destinaba (pues lo escribí en castellano) a la *Revista de Archivos*, y que comprende 61

páginas del mismo tamaño que estas cuartillas! Quizá haya pensado usted al leer lo que le mandaba acerca de la índole de mi trabajo, que no tenía la objetividad necesaria para este género de publicaciones y que mejor valía no gastar en su examen un tiempo precioso y muy escaso. Si fué ésta la razón que determinó su silencio, permítame le diga que exageré yo entonces los términos de mi carta y que puede usted, sin temor, consentir en que le mande mi manuscrito, ya que cierto estoy de que un erudito de tanta amplitud de miras como es usted—amplitud que me parece que se ha hecho mayor a medida que avanzan los años, para gozo de los verdaderos amigos de usted en el extranjero—habrá de concederme, a falta de otro, el mérito de referir imparcialmente hechos históricos.

Pero puede ser que goce de mal crédito en el Consejo de redacción de la *Revista*, pues cuando mandé desde Hamburgo el manuscrito del primer trabajo verdaderamente serio escrito por mí: *Quelques réflexions sur l'hispanisme en France, à propos de «La Comédie Espagnole de Hardy à Racine, par E. Martinenche»*, [1] a don Manuel Serrano y Sanz, hoy catedrático en Zaragoza, me hizo saber, unas semanas después de recibido mi envío, que, tan *precioso* como era, no se podía publicar en la *Revista* «por ser de polémica».

¡Lástima grande, en verdad, es que no haya salido este grito de protesta contra el hispanismo *a la violeta* que se implantó desde la era Martinenche en nuestra Universidad, y que conocerá usted, sin que precise yo más (entregándole datos recientes), a lo menos en esta carta, que tiene otro asunto que desempeñar que el de exhumar papeles desdeñados, así viejos como nuevos!

---

[1] Nótese bien que dicho trabajo—del cual hallará usted una mención, página 182, nota 3, de mis *Contributions à l'étude de l'hispanisme de G. E. Lessing*—había sido compuesto *antes* de que publicara A. L. Stiefel en la *Zeitschrift für französische Sprache und Literatur*, su punzante crítica del libro de Martinenche, como lo prueba la correspondencia que cambié en el año 1903 con Stiefel desde Hamburgo. Después de rehusado por la *Revista*, ofrecí mi trabajo al *Bulletin Hispanique*, el cual lo rehusó a su vez. Ha quedado manuscrito; pero saldrá algún día, pues tiene cierto valor de *documento histórico*. El motivo de la negativa del *Bulletin* estribaba *únicamente* en razones de orden subjetivo, reconociéndose por Mr. Mérimée el gran valor de mi crítica. Publicaré en su tiempo las cartas relacionadas con este primer incidente de mi vida científica.

Sea como fuere lo de la estima en que se me tiene en el Consejo que preside usted, a causa de antecedentes que a mí me parecen de todo punto honrosos, abrigo la esperanza de que la oferta que dirigí a la *Revista* no tendrá la desdicha que cupo en suerte a la de 1904, pues se ha publicado en el número de septiembre-octubre último (con unas erratas cuya responsabilidad no debe de serme imputada), el pequeño artículo sobre el casamiento de don José Joaquín de Mora, albricias del libro (que pronto ha de salir con mi estudio sobre Lessing), que escribí sobre Böhl von Faber y sus polémicas calderonianas, libro cuyo método alabó el señor Mérimée *sin restricción ninguna*, así como el Sr. Jeanroy, el que me ha escrito a propósito del sobre Lessing que mi erudición «ferait honneur, et de plus en plus, à la science française et à vos anciens maîtres».

En el número 12 de *Cultura Española* habrá encontrado usted, pág. 977 a 1.022, una pequeña contribución mía que pienso habrá de agradar a los amantes de la literatura española, pues se trata en ella de una pieza bibliográfica que creo no habían leído (fuera de Wolf) ninguno de los que hasta hoy habían hablado de ella.

Ya le dije en mi primera carta que estaba ocupado en la reconstitución de un punto de historia franco-española del todo olvidado, si bien interesantísimo: la conspiración llamada de Pontcallec en Bretaña (episodio del complot de Cellamare), cuyo trágico éxito costó la vida a tres gentileshombres en el año 1720 en Nantes y cuyos particulares tienen el incentivo trágico de una novela de don Manuel Fernández y González. Todo esto para animarle a examinar mi manuscrito.

De otras lucubraciones mías en periódicos de erudición y de artículos míos que se están imprimiendo, no tendré el mal gusto de cansarle la memoria con prolijas referencias. Callo, pues, limitándome a suplicarle me diga si le es posible o no consagrar al examen de mi trabajo el tiempo que le pido. Estoy seguro de que, leído dicho trabajo, estimará usted que ha de publicarse en la *Revista*.

Repitiéndome su admirador, quedo de usted, respetadísimo señor, s. s. q. l. b. l. m.

C. PITOLLET.

P. D.—Caso de que consienta usted en que le mande el manuscrito y que lo acepte la *Revista*, supongo que el límite en que se publicaría no pasaría de *cinco meses*, a partir de esta fecha, y desearía que se me mandasen las pruebas con toda exactitud (y más de una vez), pues de no ser así, estoy casi seguro de que resultaría mi artículo plagado de errores de imprenta, lo que resulta de todo punto feísimo en obras de esta naturaleza.

[19] *(Postal sin fecha.)* [1]
St.-Brieuc, 39 rue Brizeux.

Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo.

Muy estimado señor y de mi aprecio mayor: Por curiosa casualidad le escribí ayer la carta que dirigí a la Biblioteca Nacional madrileña y que hallará usted a su regreso a Madrid, y hoy, a las cinco de la tarde, me remiten la suya, fecha de Santander, a la que me apresuro de contestar, dándole las gracias más sentidas por la nueva indicación relativa a Cavaleri, que desconocía por completo y que podré aún utilizar para mi libro, que se está imprimiendo y saldrá dentro de dos meses, al mismo tiempo que el sobre *Lessing*, impreso *hace ya un año*.

Las leyes del doctorado francés impiden que se publiquen estos trabajos antes de la *soutenance publique*, y sabrá usted que las autoridades académicas no corresponden siempre a los deseos de prontitud comunes a todos los doctorandos. A más de esto, sufrí un percance pesadísimo, cuyos detalles hallará usted *suo tempore* en un folleto, el cual, por

1 Por el matasellos se ve que está echada en 2 de febrero de 1909 y recibida en Santander el 4 del mismo mes.

cierto, habrá de gustarle por su novedad y aprenderle cosas *raras* tocantes a nuestra vida universitaria hoy por hoy. Pero, *¡genug damit!* Lo esencial es el que me autorice usted a mandarle el manuscrito.

Saldrá, pues, certificado mañana para Madrid, en donde llegará, sin duda, al mismo tiempo que usted.

Dándole las gracias se repite de usted el más seguro servidor q. l. b. l. m.

C. PITOLLET.

[20] *St.-Brieuc, 6 de febrero de 1909.*

Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo.

Muy señor mío y de mi mayor aprecio: Como habrá visto usted por la tarjeta postal que le mandé a Santander luego de recibida su atenta de 30 de enero último pasado, creí que no quería usted contestarme, y me quejé de esto en carta que le dirigí a la Biblioteca Nacional el día antes—es decir, que escrita en el día anterior, no la eché al buzón sino en la mañana misma del día en que, a las cinco de la tarde, me remitieron su escrito—de que viniera su aceptación de mi oferta. Perdóneme, pues, el pequeño desplante que cometí de resultas de mi vana espera y crea que no procedía de malas intenciones.

Verá, tanto en mi trabajo sobre *Lessing*, cuanto en el sobre *Böhl*—en el prefacio del cual figura usted entre las cinco personas a las que quedo agradecido: el Director de la Biblioteca de Hamburgo, Dr. R. Münzel; el senador von Melle, Jefe de la Oberschulbehörde de Hamburgo; el erudito de Boston, J. L. Whitney, y, por fin, don Pedro Riaño de la Iglesia, Prefecto de la Provincial Gaditana—, verá usted, digo yo, en estos trabajos que nunca he tratado de oscurecer mis intenciones por medio de frases hábilmente ponderadas y que el *Amicus Plato, magis amica veritas*, siempre fué mi norma de conducta y el principio director de mis

trabajos. Lo mismo echará usted de ver al acabar la lectura del trabajo que hoy le envío, trabajo de pacienzuda labor y de meditada erudición (si es que no me equivoco), trabajo, a la par, *sincero y honrado*.

En mi última carta aludía a la era *Martinenche* en los estudios hispánicos en Francia. Dicha era, que representa un retroceso a los tiempos de Philarète Chasles (ni más ni menos), es una consecuencia del favoritismo que hoy impera en nuestra enseñanza superior y al que se deben los últimos dos nombramientos a cátedras de castellano, verdaderos escándalos, como me escribía hace unas semanas el Dr. Gottfried Baist, añadiendo a propósito del pobre desengañado de Ducamín: «er war übrigens nicht ohne Grund verärgert.» A. L. Stiefel, un notable erudito, muy amigo mío, también me confesaba, poco ha: «Ich hätte diese Dinge nicht für möglich gehalten.» He aquí, créame, lo que desacredita tan hondamente en las conciencias sinceras la propaganda hispanófila del bando adicto (por razones más de estómago que científicas) a favor de cierta dinastía que no he de nombrar aquí, pues me lo vedan varios respetos, que tengo muy adentro arraigados desde los días en que estudié en Tolosa. Sin embargo, no sin razón escribí—«à bon entendeur, salut»—en el prefacio de mi *Lessing* (y a pesar de la dedicatoria): «Nous espérons aussi, avec le même optimisme sanguin, que, pour nous limiter à la France, plusieurs de ceux qui y incarnent présentement la science hispanique véritable, n'hésiteront pas, en rendant hommage à la sincérité de nos intentions, à donner aux débutants dans la carrière dont ils dispensent, aprés les avoir glorieusement franchies, les étapes, la preuve, consolante et bienfaisante, qu'aujourd'hui moins que jamais le souci de la gloriole individuelle, à plus forte raison les intérêts de castes adroitement gérés, n'eurent la moindre prise sur leurs actes, et que, si un méritoire hispanisant étranger a pu, dans un article biographique sur le représentant le plus autorisé de l'hispanisme allemand jusqu'au delà des deux premiers tiers du siècle dernier, évoquer avec regret l'époque, point si ancienne», des wissenschaftlichen Betriebs romanischer

Forschung in jener Zeit..., da die spärlichen Besteller des Arbeitsfeldes sich freuten, einander freundschaftlich die Hände zu reichen, im Gegensatz zu heute, wo die grössere Zahl von Arbeitskräften auf demselben Felde nur zu häufig Reibungen veranlasst, «de tels «frottements» n'atteignent nulle part, chez nous, cettei ntensité capable d'entraver le progrès scientifique d'une spécialité qui ne doit devenir le fief de personne, mais rester un domaine librement et officiellement cultivable pour toutes les capacités avérées». (En este sentido, no puedo admitir el *Nobleza obliga* de don Ramón Menéndez Pidal, *Cultura Española*, agosto de 1907, pág. 807). Véase en el fascículo I de los *Studien zur vergleichenden Literaturgeschichte*, 1909, lo que escribe sobre literatura castellana el Dr. Ph. Aug. Becker, págs. 114-123. Y, a propósito de Becker, ¿conocerá usted sin duda su polémica con Huszár? (cf. *Deutsche Literaturzeitung* de 25 de abril de 1908, *Literarisches Centralblatt* de 31 de octubre del mismo año y *Deutsche Literaturzeitung* de 21 de noviembre del mismo año). Si no me equivoco, prepara Stiefel (véanse *Studien*, loc. cit., página 120, nota 1) una *tremenda* crítica de los libros de Martinenche y Huszár sobre Molière y la Comedia, muy flacos.

Pero veo que me he desviado del objeto de mi carta. Le mando mi artículo, persuadido de que lo juzgará a su valor y de que lo publicará la *Revista*.

Repitiéndome suyo afmo. q. s. m. b.

C. PITOLLET,
Catedrático de alemán en el Liceo.

[21] *(Francia) St.-Brieuc.*

Madrid, 2 de marzo de 1909.

Mr. Camille Pitollet.
Professeur d'allemand au Lycée,

Muy señor mío y de todo mi aprecio: He leído muy atentamente su precioso artículo sobre Juan Jorge Keil, y no sólo

me parece *dignísimo* de figurar en la *Revista de Archivos*, sino que creo que esta publicación quedará muy favorecida con insertarlo. Está lleno de interesantes noticias sobre el hispanismo alemán, enteramente desconocidas en España—y aun creo que en Alemania—muchas de ellas.

Si usted no tiene inconveniente en ello, entregaré dicho artículo, encargando que lo impriman a la mayor brevedad y que envíen a usted todas las pruebas que solicite, para que salga con la posible corrección, especialmente la parte alemana, que suele ser el escollo de nuestros cajistas. Una labor tan concienzuda como la de usted no debe salir afeada con erratas. Para todo lo referente a la impresión, así como para la retribución del trabajo, o la tirada aparte que haya de hacerse (puntos en que yo no intervengo, como usted comprenderá, puesto que la *Revista*, en su parte económica, pertenece hoy a un editor), puede usted dirigirse a don Francisco Navarro Santín, en la *Biblioteca Nacional*.

Repito que el trabajo me parece *de primer orden en su género*, y me ha interesado sobre manera. Estudiar el hispanismo en los alemanes es una nueva e ingeniosa manera de hacer entrar en los estudios hispánicos a los que, enamorados exclusivamente de las literaturas del Norte, los olvidan o los desdeñan.

¿Cuándo aparecen sus dos tesis sobre Lessing y sobre Böhl de Faber? Perdone usted la tardanza con que le contesto, ocasionada por mis muchas ocupaciones, y no dude de la estimación que le profesa su afmo. s. s. q. b. s. m.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

[22] *París, 7 de abril de 1909.*

Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo.

Eminentísimo señor y de mi mayor aprecio: ¿Quiere usted hacerme el gran favor de mandarme una tirada aparte de su precioso artículo de la *Revue Hispanique*, tomo XVIII,

el que ahora necesito leer, con relación al benemérito Tomás Antonio Sánchez?

No tengo aquí a la mano dicho tomo del tal periódico por estar cerradas durante el período de las vacaciones las Bibliotecas públicas en París, y, como acabo de decírselo, necesito con urgencia leer su trabajo.

He recibido del Secretario de la *Revista* una carta anunciándome el envío de las pruebas de mi artículo sobre Keil para mayo.

Mis dos libros están impresos y voy a defender mis dos tesis dentro de unos pocos días.

Dándole de antemano las gracias más sentidas, se repite de usted, s. s. q. l. b. l. m.

C. PITOLLET.

[23] *París, 12 de abril de 1909.*

Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo

Muy estimado señor y de mi mayor aprecio: Tengo el gusto de acusarle recibo de su interesantísimo trabajo, que me había tomado la libertad de pedirle por tarjeta postal hace unos días. Con gusto grande y mayor provecho lo leí una vez y otra.

Encontrará usted, en la conclusión de mi tesis doctoral sobre Böhl von Faber, unas ideas acerca del siglo XVIII en España, que concuerdan en algo con las de usted, apuntadas ligeramente en la Introducción.

Dándole reiteradas gracias, se repite suyo efectísimo. q. l. b. l. m.

C. PITOLLET.

[24] *St.-Brieuc, 27 de abril de 1909.*

Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo.

Muy señor mío y de mi mayor consideración: A raíz de la publicación de mi artículo: *Sur un livre oublié de poésies*

judéo-espagnoles, en *Cultura Española*, volumen XII, páginas 977-1.022, recibí varias cartas del extranjero pidiéndome detalles sobre la obra cuyo precioso ejemplar está en mis manos y unas ofertas de compra que por razones diversas no creí deber aceptar.

En mi último viaje a París enseñé esos *Elogios* a unos bibliófilos parisienses, y me confirmaron en la opinión que ya abrigaba antes, a saber, que sería lástima, caso de que me viese en la obligación de vender tamaña joya, el que viniera a parar en manos incompetentes de apreciarla, y por eso me dirijo hoy a usted, bibliófilo por excelencia, y amigo de los mejores bibliófilos españoles, para anunciarle que estoy resuelto a enajenar los *Elogios Hispánicos*, caso de que se hallare en España un comprador dentro de plazo bastante corto.

El motivo que me determina a separarme de una obra que cuenta entre las más raras piezas que tengo en mi poder, es el siguiente: En la página I (sin foliar) de mis ya impresos estudios sobre la contienda calderoniana de Böhl y Mora, hallará usted la mención de tres obras mías de *muy próxima publicación* (al mismo tiempo que la de mi libro sobre Böhl—LV + 272 páginas, en 8.º menor—que saldrá, en la Librería de Alcan, en París, con la obra que ya conoce usted: *Contribution à l'étude de l'hispanisme de G. E. Lessing*, thèse de doctorat présentée à la Faculté des Lettres de l'Université de Toulouse. I vol. grand in 8.º de XIV + 342 pages, 15 francs), es a saber:

—*Johann Gottfried Kinkel* (1815-1882). *Essai biographique*. Dos vols. in 8.º de XXXV + 425 et 450 págs.

—*A travers la «Romania», réimpression d'études parues dans des périodiques d'érudition romane.* Un vol in 8.º de XV + 350 págs.

—*Trois ans de journalisme en Allemagne* (1904-1906). Réimpression des «Lettres d'Allemagne» publiées dans «Le Siècle». Un vol in 8.º de XXV + 350 págs.

Según el cómputo de mi impresor, me costará la impresión de dichos tres libros unos 10.000 francos. Las dos obras que constituyen mis tesis me cuestan 4.800 francos, además

de los gastos inmensos ocasionados por su confección, ya que, como sabrá usted, tuve que vivir tres años enteros, con mi mujer, en Alemania, y luego *dos años* en París (además de varios viajes a Inglaterra, Suiza y España; en esta última le vi a usted en Madrid), todo esto *sin sueldo*, ¡sólo en «Congé d'études»! De suerte que vienen a costarme mis dos tesis *a lo menos* 25.000 francos.

Dado esto, y sabido lo poco que producen obras de erudición como las dos mías sobre *Lessing* y *Böhl*, comprenderá usted (y seguramente perdonará) el que me vea, a pesar mío, forzado de separarme de los *Elogios*, a fin de poder lograr la pronta aparición de los susodichos libros, ante todo de la biografía de Kinkel. Dichos *Elogios*, de cuyo estado material di una breve descripción en el artículo de *Cultura Española*, además de ser obra rarísima—puede que no exista ejemplar de ellos en ninguna biblioteca pública de mí conocida en Europa y fuera de Europa—son un monumento literario que creo único en su especie y cuyo lugar me parece ser, ya que quizá no los pueda comprar la Biblioteca Nacional madrileña, en la colección de un aficionado inteligente *en España*. El señor Archer Huntington se gloriaría de poseerlos; pero, repito que prefiero que venga a parar el libro que entusiasmó a J. C. Wolf y de que hablaron unos sabios judíos sin haberle visto siquiera, *en España;* mis pretensiones son bien modestas, si se las compara con los precios que logran obras de valor intrínseco mucho menor, v. gr.: el *Molière*, vendido hace unos días en el Hôtel Drouot, como verá usted por la adjunta nota.

Lo que pido es la suma de 6.000 francos, ni más ni menos, y dicha cantidad es una miseria, dado el precio que alcanzan cada día en Londres, en Berlín y en París obras *mucho menos* raras que la de que se trata, y de mucho menor valor. El pago habría de hacerse *después* de remitida la obra, en un plazo de un mes, a fin de que no haya ningún género de sorpresa de parte del comprador. Cuando digo 6.000 francos, se entiende que se trata de dinero francés y no de pesetas, dada la diferencia de los cambios.

Al dirigirme a usted, respetadísimo Señor, pensé hacer obra buena, evitando el que se pierda para España una acción que cuenta entre las más características quizás de la literatura judía de lengua castellana y cuya rareza se explica *en España* por su carácter de libro prohibido por la Inquisición, y *fuera de España* por su carácter de documento familiar, no destinado al comercio de los libros, y *nunca* puesto en venta.

No dudo de que tratará usted de hallarme un comprador entre los ricos aficionados que puede usted conocer y que, ciertamente, no faltan en España hoy día. Los seis billetes de 1.000 francos son poca cosa para el hombre acaudalado que hace profesión de coleccionar libros raros de veras, mientras representan para mí la posibilidad de publicar *sin más demora* una obra que me costó tres años enteros de investigaciones, obra *enteramente original* y sin equivalente alemán, en la que narro la vida de un hombre típico, de un soñador alemán hasta ahora totalmente desconocido; obra, en fin, acabada en manuscrito desde hace muchos meses y cuya publicación urge por varias razones, unas de índole literaria y otras de carácter más subjetivo.

Tiene usted para contestarme todo el tiempo que juzgue necesario, es decir, un mes, poco más o menos. Defenderé mis dos tesis a fines de junio en Toulouse, y mientras tanto no pueden salir aún mis dos trabajos sobre Lessing y Böhl. ¡Ojalá encuentren en España buena acogida de parte de los pocos inteligentes capaces de juzgarlos!

Esperando sus gratas noticias, se repite de usted afectísimo s. s. q. l. b. l. m.

C. PITOLLET.

[25] *St.-Brieuc (Côtes-du-Nord), 5 de mayo de 1909.*

Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo.

Muy señor mío y de mi mayor aprecio: Recibo hoy, un mes después de mandarle el manuscrito de mi trabajo, el

anuncio de su aceptación para la *Revista de Archivos*, y excusado es decir que los términos con que se expresa usted al anunciarme esta noticia, me llenan de gozo por ser usted quien los formula. Ahora es mi único deseo el que salga dicho trabajo en el menor plazo posible, y por eso le recomiendo encarecidamente que se sirva hacer que lo manden cuanto antes al impresor y diga al mismo tiempo al encargado que no olvide de significar a dicho impresor que he de tener las capillas (certificadas) de dicho artículo, el cual, como dice usted, ha de salir sin las erratas que tanto afean trabajos de esta índole y no se pueden perdonar en una Revista como la de Archivos, si bien la sección de Bibliografía extranjera mucho deja en ella que desear desde este punto de vista (dicho sea sin ninguna sombra de villana intención).

En cuanto a las tiradas aparte, me conformaré con las condiciones expresadas en el vuelto de la cubierta de la *Revista*. Escribiré a este propósito al señor que me indica usted, conformándome «was das Honorar anbetrifft» al que paga la Revista, pues sabe usted que nunca corresponde de todo punto la remuneración que consienten las Revistas a los esfuerzos que requieren estudios de la índole del mío, en que tuve que sacar de la nada—ya me entenderá usted—lo que refiero, por ser Keil tan desconocido y olvidado y oscuro y trasnochado, según el concepto corriente de nuestros fabricantes de Manuales... Pero, ¡tate! y ¡dejémonos de filaterías!

Me pregunta usted cuándo saldrán mis trabajos sobre Lessing y la contienda calderoniana. Dentro de dos meses *lo más tarde* y probablemente ya algo antes. Concentré en ellos *mucho* trabajo, una grande dosis de buena voluntad y, *sobre todo*, la más completa buena fe en expresar lo que, después de maduras investigaciones, me ha parecido ser la verdad. Júzgueme usted desde este punto de vista—el cual, por ser subjetivo, no deja (créame) de ser, en el caso presente, muy verdadero—y quedaremos buenos amigos, aunque difieran en varios puntos nuestros juicios sobre cosas literarias, detalle muy natural por ser yo un *débutant* y usted un paladín en el campo de las letras hispánicas, SU CAMPO.

Dice usted que buenos son los estudios como el mío para infundir a los cultivadores exclusivistas de las literaturas boreales cierto respeto hacia las cosas de España. Esto es verdadero, pero sólo para *cierta clase* de enemigos de las literaturas meridionales. Hay una con la que todos los esfuerzos son inútiles: es gente «indécrottable», y, por desgracia, es la que manda en la calle de Grenelle hoy día. No por esto quiero decir que unos hispanistas franceses no pequen por su lado, a fuerza de *unilatéralisme* obstinado y ciego. Mas esto sería cuento de nunca acabar, y, ya lo ve usted, se acabó mi papel.

Mandé al señor Menéndez Pidal un nuevo artículo para *Cultura Española*, y me contestó pocos días antes de marcharse a América que mi trabajo se insertaría «con todo el aprecio» que se debía a composición tan «concienzuda». Por desgracia, no sé quién le sustituya en la dirección de la sección de filología y temo que se extravíe mi manuscrito.

Dándole las más sinceras gracias, se repite su de veras afmo. s. s. q. l. b. l. m.

C. PITOLLET.

[26] *(Francia) St.-Brieuc (Côtes-du-Nord) 39, rue Brizeux.*

Madrid, 27 de mayo de 1909.

Mr. Camille Pitollet.

Muy señor mío y de todo mi aprecio: Siento mucho no poder dar a usted una respuesta satisfactoria en el encargo que me hizo respecto del rarísimo libro judaico-hispano por usted poseído. Reconozco toda la importancia de su hallazgo y la rareza del ejemplar, que puede considerarse como único, y no me parece excesivo el precio que le asigna, sobre todo si se tiene en cuenta el encarecimiento cada día mayor de los mercados bibliográficos. Pero el presupuesto de

esta *Biblioteca Nacional* no es por desgracia suficiente para que podamos dedicar cantidades, aun no demasiado elevadas, a la adquisición de tales obras, menos importantes, o, mejor dicho, menos necesarias para nosotros que otros muchos libros de interés corriente, que nos faltan. Y en cuanto a bibliófilos y aficionados de por aquí, no sé de ninguno que especialmente lo sea a este género de literatura hebreo-española, y seguramente no habría ninguno que por una obra como la que posee usted consintiera a dar la cantidad pedida. Yo siento más que nadie que el libro no venga a España, y si mi exigua fortuna lo permitiese, yo mismo procuraría adquirirlo, pero no hay que pensar en eso. Usted no debe perjudicarse en sus intereses y seguramente encontrará comprador en América. De todos modos, agradezco a usted el que haya pensado en nosotros antes que en nadie.

Deseo muchísimo leer pronto sus dos tesis sobre Lessing y Böhl de Faber.

Supongo que de la *Revista de Archivos* habrán enviado ya a usted pruebas de su trabajo sobre Keil.

Suyo afmo. s. s. q. b. s. m.

M. Menéndez y Pelayo.

[27] *Toulouse y junio 17 de 1909.*

Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo.

Eminentísimo señor y de mi mayor consideración: Tengo el gusto de anunciarle que acabo de defender mis dos tesis doctorales y que he logrado, en el acalorado debate que se entabló sobre ellas, el calificativo: *honorable.*

Dentro de unos días le mandaré una narración detallada de cuanto ha ocurrido en la Facultad de Letras a este propósito y le expediré también los dos ejemplares de mis trabajos, cuya lectura espero habrá de agradarle, si bien haya de encontrar, acá y allá, unos pasajes que juzgará escabro-

sos, pero que me reservo defender en dicha mi carta. Ahora me falta el tiempo para emprender esto. Básteme decirle que me ha sido dificilísimo triunfar, pues los señores Cirot y Mérimée se esforzaron—el segundo más solapadamente, como siempre—para confundirme, produciendo en los presentes la impresión de que mis trabajos *nada valían*. Cuando sepa usted el por qué de sus intrigas, comprenderá mejor el verdadero sentido del «celo» hispánico que ostenta el bando Cirot-Mérimée, con la tácita aprobación de Morel-Fatio, el cual, sin embargo, más vale que ellos, *mucho más*. (Digo esto en el sentido *moral*, pues de erudición no se trata aquí, por ser tan evidente la cosa.)

He escrito a mi mujer en St.-Brieuc para que expida a don José Pillado las pruebas definitivamente corregidas de mi artículo de la *Revista de Archivos*, que espero salga pronto. Tengo la intención de ofrecerle, bajo el título de *Horas*, unos comentarios (así como *muchas* notas de erudición) tocantes a mis libros, que dirá usted si son dignos de salir en la *Revista*.

Desde hoy renuncio a colaborar al *Boletín Hispánico*, en el que casi *nunca* pude expresar mi pensamiento sin deformaciones tendenciosas, sin hablar de los artículos del todo *suprimidos*, como la crítica tan concienzuda del libro del Sr. Ernest Martinenche acerca de *La Comedia Española en Francia desde Hardy hasta Racine*.

Tengo también la intención de escribir, sea para la *España Moderna*, sea para la *Revue Hispanique*, una contribución (tan necesaria) al conocimiento del actual estado del hispanismo en Francia: *Notes sur l'état de l'hispanisme en France*, que creo me agradecerá el pequeño número de eruditos españoles no vendidos a la facción «merimeísta».

¿Sabe usted que un tal doctor Lucien-Paul Thomas ha publicado en los *Beihefte der Zeitschrift für romanische Philologie* (núm. 18) un valioso estudio sobre *Le lyrisme et la préciosité cultistes en Espagne* (Halle, a. S., 1909)? Lo leí en el tren desde París hasta Toulouse y me fué de gran provecho.

Sabrá usted ya que Menéndez Pidal, con su señora, visitaron en la Trappe al mísero Ducamin, en compañía de Mérimée *(¡nobleza obliga!)* ¡Cuántas cosas habría de decirle sobre el destino de aquel infeliz, pero escribo esto en la mesa del *Café des Américains*, entre el bullicio de la gente parlanchina de Toulouse, y no sé si no digo cosas que no sean meros disparates!

En el próximo *Bulletin Hispanique* publicará el joven Mérimée un artículo sobre su *campaña madrileña*, como siempre corregido, si no escrito del todo, por el señor al que debe todo («et même la vie»: *Prado de Valencia*, pág. XIII).

De usted se repite sincero amigo y admirador,

C. PITOLLET.

[28] *St.-Brieuc y junio 23 de 1909.*

Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo.

Eminentísimo señor y de mi mayor respeto: Estas dos líneas para anunciarle, apenas regresado a St.-Brieuc, que he dicho en París a Alcan que le mande (a sus señas en la Biblioteca Nacional) los dos ejemplares de mis tesis de doctorado.

En ellas hallará usted, como ya le dije, *muchas disonancias y hasta contradicciones*, pero estoy seguro de que las juzgará usted con el criterio amplio que tanta autoridad da a sus críticas, cada vez más generosas y comprensivas, y que me otorgará usted la calidad (rarísima) de una perfecta *buena fe* y de una *atrevida* sinceridad.

¿Puedo esperar que se exprese usted sobre ellas en la *España Moderna*? Dentro de poco le mandaré el manuscrito de otro trabajo, referente a ellas, para la *Revista de Archivos*.

De usted se repite con todo respeto afmo. seguro servidor q. l. b. l. m.

C. PITOLLET.

[29] *(Francia) París, 14, rue de Beaune.*

Santander, 26 de julio de 1909.

Mr. Camille Pitollet, professeur.

Muy señor mío y de todo mi aprecio: A pesar de haberme comunicado usted en una tarjeta de fines de junio, que recibí el día antes de salir de Madrid, que había dado orden a Alcan de que me remitiese sus dos tesis, ésta es la hora en que todavía no las he recibido, ni de la *Biblioteca Nacional* me han enviado paquete alguno. Como a nombre mío se reciben en la *Biblioteca* muchos envíos de oficio, sospecho que abrieron el paquete, y, viendo los libros sin dedicatoria ni indicación alguna, los creyeron destinados a la *Biblioteca Nacional* y los habrán sellado y catalogado, con lo cual ya no es posible reclamarlos.

Si no tiene usted inconveniente en sacrificar un ejemplar más, haga el favor de dar orden de que me lo remitan directamente a esta ciudad, donde pasaré todo el verano y parte del otoño. No hacen falta señas, pero a mayor abundamiento, diré a usted que vivo en el barrio de la Florida, calle de Gravina. En todo tiempo es más seguro mandarlos aquí, o a mi domicilio en Madrid, León, 7, Academia de la Historia. En la *Biblioteca Nacional* se reciben todos los días muchísimos paquetes, y son fáciles las confusiones del género de la presente.

Suyo afmo. s. s. que mucho le estima y b. s. m.

M. Menéndez y Pelayo.

[30] *París, 30 de julio de 1909.*

Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo.

Muy respetado señor y de mi mayor consideración: He aquí lo que me escribe Alcan en contestación a la carta en

la que le preguntaba si le había mandado a usted los prometidos ejemplares. Las señas de usted, dadas por mí, eran: «Excelentísino señor don Marcelino Menéndez Pelayo, Director de la *Revista de Archivos*, en el Palacio de la Biblioteca Nacional, Paseo de Recoletos. Madrid.»

De manera que le será fácil averiguar si han sido depositados mis dos trabajos por el correo en la Biblioteca Nacional, y caso de que lo fueran, decir a los empleados que han de reexpedirle a usted el paquete a Santander. Le suplico se sirva tomar la molestia de avisarme por *tarjeta postal* si le ha sido posible rectificar aquella molestísima confusión, la cual muchísimo siento yo.

Aprovecho la ocasión para decirle que todavía no sé si se ha publicado mi artículo sobre Keil en la *Revista de Archivos*. Mi mujer mandó las pruebas por paquete certificado cuando estaba yo en Tolosa, y desde entonces no me hicieron señal alguna desde Madrid. Pienso que no tardarán en mandarme las tiradas aparte.

Estoy acabando mi libro nuevo acerca del episodio desconocido de la Conspiración de Cellamare en la Bretaña, del que ya creo que le he hablado antes bastante.

Sin más por hoy, se repite de usted con el mayor respeto afmo. s. s. q. l. b. l. m.

C. PITOLLET.

(Al dorso de ésta hay otra carta de Félix Alcan, de París, en la que le comunica a Monsieur C. Pitollet que un ejemplar de cada una de sus tesis fué enviado al señor Menéndez Pelayo en Madrid el 5 de julio último.)

[31] *(Francia) París-Rue de Beaune, 14.*

Santander, 9 de agosto de 1909.

Mr. Camille Pitollet.

Muy señor mío y de toda mi estimación: De la *Biblioteca Nacional* me dicen que allí no se han recibido las tesis de usted ni para aquel establecimiento, ni para mí. Si el pa-

quete postal llegó a Madrid, alguien firmaría el recibo, y Alcan le tendrá. Mi habitación de la Academia de la Historia queda cerrada durante el verano, y a cargo de un solo criado, que también debe de haber emigrado de Madrid, huyendo de los fuertes calores, pues todavía no ha contestado a la carta que hace días le escribí sobre este y otros puntos.

¡Y pensar que todo se hubiera evitado, enviándome Alcan los libros a Santander, donde está mi verdadero domicilio!

Si consigo resolver esta duda, se lo participaré a usted en seguida.

Suyo afmo. amigo y s. s. q. b. s. m.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

[32] *París, 12 de agosto de 1909.*

Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo.

Eminentísimo señor y de mi consideración más distinguida: Recibo su carta. Es de presumir que se ha remitido el paquete, pues el señor Menéndez Pidal, a quien mandaron también un ejemplar, me escribió haberlo recibido semanas ha. Haga, pues, las diligencias necesarias y comuníqueme pronto el resultado.

¿Ha recibido usted mi artículo sobre la literatura alemana en Italia? No me dice usted por qué no salió todavía en la *Revista de Archivos* mi artículo sobre Keil.

De usted afmo. s. s. q. l. b. l. m.

C. PITOLLET.

[33] *París, 15 de agosto de 1909.*

Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo.

Eminentísimo señor: Dos palabras para decirle que he recibido la *Revista* con la primera parte del artículo. En el

de Sentenach hay la mención de un don Agustín Zulueta que debió de tener parentesco con mi Cristóbal Zulueta.

De usted afmo. s. s. q. l. b. l. m.

C. PITOLLET.

[34] *(Francia) París-14, rue de Beaune.*

Santander, 22 de agosto de 1909.

Mr. Camille Pitollet.

Muy señor mío y de todo mi aprecio: Para tranquilidad de usted le diré que acabo de recibir de Madrid sus dos tesis, que por fin llegaron, con dos meses de retraso, a la *Biblioteca Nacional.*

Empezaré a leerlas en seguida, y cuando haya terminado la lectura, comunicaré a usted mis impresiones.

Entretanto, le doy las más expresivas gracias por su envío.

Suyo afmo. s. s. q. b. s. m.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

[35] *Dijon, 29-IX-1909.*

Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo.

Muy respetado señor y de mi mayor aprecio: Mucho me honraría usted en comunicarme, a mis habituales señas, en St.-Brieuc, sus juicios acerca de mis dos tesis. Estaré en St.-Brieuc a partir del día 4 del próximo mes.

Suyo afmo.

C. PITOLLET.

[36] *(Francia) St.-Brieuc (Côtes-du-Nord) 13,* rue *Brizeux.*

Santander, 12 de octubre de 1909.

Mr. Camille Pitollet.

Muy señor mío y de mi aprecio: Como estoy persuadido, conociéndole a usted cual le conozco, que no ha tenido usted nunca la deliberada intención de ofenderme personalmente, y a pesar del tono mordaz que más de una vez emplea usted al hablar de mí y de mis obras en varios pasajes de sus dos tesis, no tengo el menor inconveniente en manifestar a usted mi *sincera* impresión acerca de ellas.

Son dos obras de inmenso trabajo, de muy varia y peregrina erudición, que contienen mucho más de lo que sus títulos indican. Pueden considerarse como dos repertorios de bibliografía hispano-germánica, que han de prestar excelentes servicios. Pero quizá esa misma riqueza bibliográfica, muchas veces episódica, daña al plan y composición de ambas obras, y arrastra al autor a innumerables digresiones.

Pero son obras sólidamente construídas, y esto es lo principal. La tesis relativa al *hispanismo* de Lessing resulta probada, y trabajo ha de tener quien quiera impugnarla. La polémica de Böhl y Mora está expuesta con todo detalle y con bastante imparcialidad. Claro es que en muchas apreciaciones literarias disiento, pero aquí *lo esencial son los hechos*, que cada cual puede interpretar a su modo.

En suma, ha trabajado usted en firme, y ha hecho labor *objetiva*, como usted dice.

En lo que no encuentro tanta *objetividad*, ni mucho menos, es en la parte polémica, que me parece violenta, personal, iracunda y agresiva. No se me alcanzan los fines que pueda usted tener en concitarse la enemistad de todo el género humano por tiquismiquis literarios que importan a muy poca gente. Todo puede decirse con caridad y corte-

sía. La razón expuesta con malos modos no convence, sino que enfurece y encona.

Como no gusto de dar consejos a quien no me los pide, renuncio a decir a usted con la experiencia de las canas lo que la vida misma le irá enseñando poco a poco. Por lo mismo que veo en usted un joven de agudo ingenio, de mucha cultura y de grandes esperanzas, me duele que haya emprendido tan descaminado sendero.

Y no se lo digo por mí, que soy incapaz de guardar rencor a nadie, sino por otros muchos a quienes usted persigue y zahiere con mucho más encarnizamiento que a mí. Nadie es infalible, y, según nuestro dicho vulgar, «todas las cosas, las sabemos entre todos». Todos necesitamos de indulgencia, y el que no la otorga a los demás, difícilmente la encontrará para sí mismo.

Atareadísimo como estoy, y en vísperas de salir para Madrid, he apuntado en las cuartillas adjuntas algunas observaciones que sus dos libros de usted me han sugerido. Se las remito, pues, como un amigo que no desea más que su bien y para que pueda usted tenerlas en cuenta si algún día, *à la fin de votre vie*, llegase la hora de publicar sus *Obras Completas*.

La publicación de su demoledora crítica de la tesis de Martinenche en la *Revista de Archivos*, era, en 1904, cuando usted nos la envió, y es ahora aún más, de todo punto imposible. La leí con la mayor atención por aquel entonces y la estimé en su valor, que es grande, más voté contra su inserción, por la sencilla razón de que nuestra *Revista* no puede publicar trabajos de índole polémica; además, en su carácter de publicación oficial española, le está prohibido intervenir decorosamente en las cuestiones entre hispanistas de otro país. Allá ustedes las diluciden...

De usted siempre *afmo.* s. s. q. b. s. m.

M. Menéndez y Pelayo.

I.—NOTAS SOBRE LESSING

Pág. 118. Nunca pretendí en mi *Historia de las Ideas Estéticas* hacer un estudio sobre Huarte, que no entraba en el plan de aquella obra. Le cité de paso, a propósito de sus opiniones sobre el genio literario. Si alguna vez emprendo el estudio de su libro, esté usted persuadido de que procuraré no merecer otra vez de usted la calificación de *mediocre.*—Pág. 120. La influencia del Tratado de Galeno en Huarte, él mismo la confesó y en la tesis del Dr. Guardia está tenida muy en cuenta.—Pág. 124. No creí descubrir nada cuando cité esa edición del *Examen de Ingenios.* Dije solamente que no la había visto citada ni en Morejón, ni en Chinchilla, ni en Fernández, y esa es una verdad como un templo. Bien es verdad que no me acordé entonces del *Catálogo* de Salvá, que, como usted supondrá, tengo olvidado de puro leído, pero no dije que la edición fuese desconocida: fíjese usted, ¡valiente descubrimiento hubiera sido el de una edición más de un libro de que hay tantas! Diez tengo yo a estas horas, empezando por la de Huesca, de 1581.—Pág. 139. ¡Qué más hubiera querido Pedro Mártir, que ser obispo de Granada! En primer lugar, Granada no era entonces, ni es ahora obispado, sino arzobispado. En segundo, Pedro Mártir no fué obispo de ninguna parte. La más alta dignidad eclesiástica que obtuvo, fué la de Abad de la Jamaica, donde no residió nunca. En Granada, fué prior, y nada más.—Pág. 151. El *Examen crítico de las Tragedias de Montiano,* por don Domingo de Guevara, ha sido citado en el *Catálogo* de Salvá de 1829 (Londres), en el de Ticknor (1879) y en otras partes, siempre con la fecha de 1753, que creo la verdadera. Algo singular sería que un folleto polémico de tan poca importancia se hubiese reimpreso en 1781, cuando nadie se acordaba de las *Tragedias de Montiano.*—Pág. 152. Amador de los Ríos, en la *Introducción* al tomo I de su *Historia de la Literatura,* copia pág. L el elogio que el P. Isla hizo de las *Tragedias de Montiano* en el tomo II del *Año Cristiano.* Nunca ha podido

estar muy oculto este elogio, puesto que el *Año Cristiano* es uno de los libros más vulgares en España, y sirve de lectura a las familias piadosas. Claro que no pasa otro tanto con otra obra suya, de que me habló un día, la *Colección de papeles crítico-apologéticos* contra el Dr. don Pedro de Aquenza y el Bachiller don Diego de Torres, en defensa del P. Feijoo y del Dr. Martín Martínez, impresa en Madrid en 1787 y reimpresa en 1788.—Pág. 177. No he de entrar en discusiones sobre lo que escribí hace más de veinte años sobre Lessing, cuando tenía menos datos que ahora. Lo que escribí, escrito está, y para mi objeto de entonces, bastaba. Leí con mucho cuidado la *Dramaturgia* y el *Laocoonte;* procuré compenetrarme de su espíritu y compendiar su doctrina para que los españoles se enterasen de ella. Cuando refunda mi libro en la colección de mis Obras que preparo, añadiré lo que crea útil de la bibliografía lessinguiana y de lo demás. *Pág.* 186. A Rojas no puede llamársele discípulo de Calderón, ni en lo trágico, ni en lo cómico. Más bien es imitador de Lope y de Tirso y tiene su fisonomía propia, muy digna de estudio.—Pág. 201. Conozco y estimo y tengo hace muchos años entre mis libros el *Velázquez-Dieze* y si hubiera usted leído mi libro sobre Boscán, impreso el año pasado, hubiera usted visto en la página 409 el elogio que hago de él, que es en substancia lo mismo que usted dice. En el prólogo del *Manual* de Fitzmaurice-Kelly no le mencioné, porque sólo me propuse tratar de aquellos autores extranjeros que hubiesen influído en nuestra enseñanza por haber sido traducidos. En este caso están Bouterweck, Sismondi y Ticknor, pero no lo están Dieze, ni Clarus, ni otros excelentes escritores que no entraban en mi plan. No siempre el callarse en las cosas arguye ignorancia, amigo mío.—Página 205. *El guante de doña Blanca*, comedia de Lope, nunca ha tenido el segundo título de: *Cuando Lope quiere. El castigo sin venganza* es la obra de Lope que, en una sola edición, lleva el subtítulo de: *Cuando Lope quiere, quiere.* Convendría, pues, que hubiera advertido usted la equivocación de Ménage.—Pág. 208. Al libro de Erauso y Zabaleta contra Nasarre he dedicado ocho páginas en mis *Ideas Estéticas*,

tomo III, vol. I, 1886, págs. 382-389. Se equivoca usted, pues, mucho al declarar que no es conocido el tal *discurso*, que ni siquiera es libro raro.—Pág. 209. Las traducciones griegas que hizo el Deán Martí de algunos epigramas de Marcial están en la misma edición de sus *Epístolas* que usted cita, en Amsterdam, 1738, tomo I, págs. 251-256, y están también, por supuesto, en la anterior, de Madrid, 1735, que no consta de tres, sino de dos tomos.—Pág. 283. El *Cudena*, apellido enteramente desconocido en España, ¿será Cadena? Con esta guía quizá pueda encontrarse en León Pinelo, o en alguna otra bibliografía americana.—Pág. 291. No entiendo a qué viene cerrar el libro con unos versos de Lope de Vega, traídos, además, por los cabellos, para luego tener el gusto de echarme en cara que equivoqué la fecha de una comedia. *Crimen horrendum, ingens, terribile!*—Pág. 308. Todo lo malo que puede decirse de los procedimientos históricos de Guevara se había dicho siglo y medio antes de Bayle, por el Bachiller Pedro de Rúa, cuyas cartas recomiendo a usted, si es que no las ha leído ya. En el *Epistolario* de Rivadeneyra están, y allí también una carta del mismo Guevara, en que manifiesta su absoluto escepticismo histórico y me da derecho para afirmar que tomó siempre la historia en broma. Usted se sorprenderá todo lo que quiera, pero no se trata de una defensa tímida ni ardorosa, sino de una conclusión derivada del largo estudio que he hecho de la psicología de este autor, que por varias razones me interesaba. Ni él se tuvo por historiador, ni sus contemporáneos le tenían por tal. Era un hombre lleno de ingenio y de gracia, que se reía hasta de su sombra. Pero cada pueblo tiene su matiz particular de ironía, y, por lo visto, Bayle, el gran escéptico, no le entendió, ni otros le han entendido tampoco.—Pág. 310. Dos veces se lee por errata que no supo usted corregir, en la *nota: Villamena* por *Villanueva*. El autor de las noticias sobre traducciones de la Biblia publicadas en los *Ocios de Españoles emigrados* es efectivamente el mismo don Joaquín Lorenzo Villanueva, que en 1791 había publicado el libro: *De la lección de la Sagrada Escritura*, y en lo esencial ambos trabajos coinciden, por lo

cual me parece injusto el cargo que hace usted a Berger. Pág. 315. Otra peregrina errata no corregida le hace decir: *Las crines blancas de Juan Espera en Dios*, por: *Las cinco blancas*, esto es, los cinco dineros, o, si quiere, las cinco monedas. Podía usted haber dicho que es pieza curiosísima, relativa al Judío Errante, cuyo nombre tradicional en España no necesito decirle es *Juan de Espera en Dios*.—Página 323. Harto de prisa habrá examinado usted mis *Orígenes de la Novela*, puesto que dice usted que, en el tomo II, se me olvidó utilizar los informes de Morel-Fatio en su trabajo sobre Ambrosio de Salazar, cuando precisamente le cito y aprovecho largamente, desde la página LXXXI a la LXXXV. Y del pretenso *Privilegio de los Toledanos* hablo en la página LXVI, pero no tenía para qué citar al señor Morel Fatio, porque creo que la interpretación que propongo es más acertada que la suya.—Pág. 328. La obra de Bedoya sobre las fuentes minerales de España, que usted cita, no está impresa en Santander, donde no había imprenta en 1764, sino en Santiago de Galicia.—Pág. 329. La lista más completa de las obras de don Ignacio de Asso no está en Sempere y Guarinos, sino en el tomo VI de Latassa, *Biblioteca Nueva de Escritores Aragoneses* (Pamplona, 1802). Creo que el trabajo, que me anunció usted, que usted prepara sobre las polémicas entre el profesor de Rostock, Tychsen y nuestro gran erudito Pérez Bayer, contribuirá mucho a revelar las desconocidas actividades de Asso cuando su consulado en Amsterdam.—Pág. 333. Hablando de una edición de la *República Literaria*, de Saavedra Fajardo, dice usted que no la menciona Fernández de Navarrete en la *Biblioteca de Autores Españoles*, con lo cual me parece que usted incurre en una confusión entre don Eustaquio Fernández de Navarrete, crítico y colector de nuestros días, y Pedro Fernández Navarrete, canónigo del tiempo de Felipe III, que escribió el libro famoso de la *Conservación de Monarquías*, el que, por su analogía con los Tratados políticos de Saavedra, fué reproducido con ellos en la *Biblioteca de Autores Españoles*, formando un tomo, cuyo colector, a quien usted se refiere en su cita, es anó-

nimo, si bien tengo buenas razones para creer que fué Pi y Margall. De manera que vino usted a no distinguir entre el colector y uno de los autores del volumen citado.

NOTAS SOBRE BÖHL DE FABER

Pág. XLI. El que en 1881—¡hace veintisiete años!—improvisó las ocho conferencias sobre Calderón, a que usted se refiere, no pensaba en ser algún día Director de la *Biblioteca Nacional*, como podrían suponer los que se fiasen del libro de usted. No era más que un humilde jovencillo que acababa de tomar posesión de su cátedra, ganada en recias oposiciones, en el otoño de 1878, en las que actuaron de jueces Milá y Fontanals, Fernández Guerra, Cañete y Juan Valera, no sin ruidosas manifestaciones y hasta escándalos públicos. Y antes de ser Bibliotecario Jefe de la Nacional lo había de ser de la Academia de la Historia, en cuyos sombríos sotabancos tuve mi primera entrevista con usted. Dichas conferencias se publicaron en ocho folletos, el mismo año en que las pronuncié, en Madrid, por la Librería de Murillo. La tercera edición es de 1884 y lleva el título: *Calderón y su Teatro. Conferencias dadas en el Círculo de la Unión Católica.* Un tomo de la *Colección de Escritores castellanos*, cuya cuarta edición es de 1910. El texto no ha sido alterado en estas reimpresiones, porque hubiera sido preciso *volverle a escribir*, lo cual me reservo hacer en tiempo y sazón debidos. Mas parece usted olvidar que, de las lecciones de A. W. Schlegel, así como de algunos escritos de su hermano Federico, volví a hablar en el tomo IV, vol. I, de mi *Historia de las Ideas Estéticas*, dedicándoles un capítulo entero, que ocupa desde la página 200 a la 234. Sin embargo, no vacila usted en afirmar que no he hecho *avancer d'un seul empan* el conocimiento de la crítica de los Schlegel en España. No sé si lo que escribí es nuevo o no, pero seguramente es menos incompleto y más «científico» que lo que antes se había dicho en España.—Pág. 50. La biografía de J. J. de Mora por Amunátegui tiene un volu-

men complementario, publicado por el hijo del autor: *Mora en Bolivia*, por cierto que con datos muy interesantes.—Página 51. Floridablanca no estudió, como escribe usted, el reinado de Carlos III, sino que le *hizo* en su mayor y mejor parte. Fué hombre de gobierno, lo cual es mejor que ser escritor y el tomo de la *Biblioteca* de Rivadeneyra que lleva el título de *Obras* de aquel Ministro, está formado de documentos oficiales que en su mayor parte no redactó él.—Pág. 69. Su bibliografía de J. J. de Mora no está completa. No cita usted su poema: *Don Juan*, imitación de Byron, del cual llegó a publicar cinco cantos, en Madrid, en 1844. Es verdad que el tal poema se publicó anónimo, pero no puede dudarse que es suyo, porque reprodujo gran número de octavas en la edición de sus *Poesías* en 1853, es verdad que sin indicar la procedencia.—Pág. 91. Me atribuye usted una frase respecto del *Diccionario razonado* que dije a propósito de la *Apología de los Palos*, de Gallardo. Puede usted convencerse de su equivocación leyendo la página de los *Heterodoxos* que cita. Mas bien sé yo que *quandoque bonus dormitat Homerus*.—Pág. 105. Su *nota* sobre las obras de Vargas Ponce está también incompleta. Hay dos grandes colecciones manuscritas de papeles suyos: una, la de la Academia de la Historia, que está en perfecto estado de conservación, y otra, la del Ministerio de Marina. Y ¿por qué no cita usted la *autobiografía* de Vargas, publicada por la Academia de San Fernando en 1900 al frente de su *Correspondencia artística* con Ceán Bermúdez y otros? Y había que citar también las extensas biografías de Vargas que hay en Cambiaso *(Hijos ilustres de Cádiz)*, Navarrete *(Biblioteca Náutica)* y Torres Amat (en los Apéndices a la *vida* de su tío, el Arzobispo Amat).—Pág. 134. Hay una confusión en esta *nota*. En efecto, Arrieta fué el traductor de la obra de Batteux y Munárriz, el de la de Blair. Y la *carta apologética* no es de Munárriz, sino de Arrieta, cuya versión había sido maltratada en las *Variedades*, de Quintana, por el mismo Munárriz, o por alguno de sus amigos. Y las dos obras salieron como en competencia.

Otras observaciones podría decirle, pero no tengo ahora

tiempo. Le diré tan sólo que creo que es un error histórico—por cierto que muy difundido—el afirmar que con el advenimiento de Carlos IV se paralizara el movimiento intelectual del siglo XVIII en España. Aquel reinado fué muy funesto a la nación por otros conceptos, pero en la relación de la cultura continuó muy dignamente la obra de los tres reinados borbónicos anteriores. Muchas de las cosas empezadas en tiempos del Rey Carlos III se acabaron entonces y también se emprendieron otras nuevas, de que pudiera formarse largo catálogo. En las *Memorias*, de Godoy—que por supuesto no escribió él—hay un capítulo importantísimo sobre los progresos científicos de entonces. El método pestalozziano, los jardines de aclimatación, la Escuela de Ingenieros Topógrafos, el Observatorio Astronómico y otras fundaciones útiles son de entonces. También se hicieron viajes de naturalistas a América. Y no se interrumpieron los trabajos de erudición histórica (Martínez Marina, Llorente, etc.). Lo que detuvo este brillante avance fué únicamente la ambición del Italo-Corso con la invasión del año ocho y las guerras civiles consecutivas, de resultas de la intervención napoleónica.

[37] *St.-Brieuc, 16 de octubre de 1909.*

Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo.

Eminentísimo señor: No recibí hasta la fecha nada de usted, si bien me había prometido escribirme sus impresiones acerca de mis libros. No puedo admitir que un sabio del valor de usted me tenga odio por haber expresado en *todas ocasiones* mi pensamiento cual estimaba fuese *mi* verdad, maduramente formada. Vengo, pues, a recordarle sus promesas.

Por otra parte, mucho desearía remitirle aquel artículo sobre la *Comedia*, de Martinenche, del que hablo en mi *Lessing*, el cual, no publicado hasta hoy por circunstancias

extrañas, ha de ver la luz (como manifiesto *muy importante)*, cual le escribía a raíz de la publicación de la tesis del hoy catedrático de la Sorbona. (A propósito, ¿conoce usted su ridículo artículo sobre el teatro español en *Le Temps* de 23 de agosto?) Es un documento, creo yo, *de primer orden* y que no puede salir sino en la *Revista*. ¿Consentirá usted en examinarlo? J' espère que nous ne sommes pas brouillés pour quelques misères...

De usted afmo. s. s.

C. PITOLLET.

P. D.—Hace unos días le mandé un discursillo mío a Santander. ¿Lo habrá recibido?

[38] *Rennes, 19 de octubre de 1909.*

Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo.

Excelentísimo señor y de mi mayor aprecio: Recibí su carta ayer, y, hallándome en Rennes haciendo de examinador en la Universidad, no puedo contestarle con la precisión necesaria, no teniendo a la mano los papeles que me hacen falta para ello. Usted tiene muchísima razón en creer que las observaciones dispersas en mis dos libros me dañarán, y sabía yo muy bien lo que me preparaba expresando a las claras mi sentimiento sobre tal o cual punto, sobre tal o cual escritor.

Como le dije ya en mi anterior carta, preferí decir *mi verdad*. Las consecuencias de mi franqueza, por duras que puedan resultar, nunca me harán sentir el haber sido franco en la primera circunstancia en que me presentaba al público con obras de verdadero valor. Usted parece creer que todavía soy *joven* y del mismo epíteto había usado Unamuno en el artículo que escribió en la *España Moderna* a raíz de la publicación de mi análisis de su *Vida de D. Quijote y Sancho* en la *Revue Critique d'Histoire et de Littérature*. Esto es

equivocado. Yo no soy joven, teniendo más de 35 años, y, además, mi experiencia de la vida—mayor quizá de lo que usted cree—me permite rechazar dicho epíteto muy terminantemente. Lo que soy no puede usted conocerlo de veras, no habiéndome tratado lo bastante, y sólo conociéndome a través de unas escasas hojas, impresas o manuscritas, que no reflejan sino partículas de mi ser. Pero, si tengo la dicha grande de vivir unos años aún, quizá logre usted, si me continúa sus favores, enterarse algo más de mi verdadera personalidad y perdonar a mi buena fe unos pecados que, por ser ya confesados, puedo yo sin duda considerar como perdonados por su infinita bondad.

Dicho esto, me queda que darle muy sentidas gracias por el juicio que expresa de mis dos tesis y las observaciones—que *desearía* se renovaran en otra carta completando la primera—que le han sugerido. Sólo usted podía formular, sin sombra de rencor, pensamientos tan altos a la par que advertencias tan atinadas. Verá usted en el decurso del año que viene si soy hombre capaz de reconocer mis errores públicamente, y de rendirle a usted pleito homenaje, en todos los puntos en que cometí una equivocación *material*—pues, como bien dice usted, con materias subjetivas cada cual tiene que quedar libre de formular sus personales apreciaciones y seguir su individual gusto—, discurriendo, como haré, de mis propias obras en una *Selbstanzeige* que rectificará muchísimas omisiones y completará muchísimos detalles.

Lo de «allá ustedes se las arreglen», me duele, tratándose de un asunto de interés científico, es decir, internacional y no meramente de una miserable cuestión personal. Pero sea así como usted quiere y juzga oportuno, y es usted libre de considerar la cosa desde el punto de vista muy especial que ya causó la no aceptación de mi artículo por el señor Serrano y Sanz en aquel entonces.

Doy fin a esta carta, pues tengo miedo de que usted no quiera más enterarse de mí, considerándose herido, mientras yo no pensé en otra cosa que en asentar—desgraciada-

mente no siempre con toda la condensación debida—lo que había descubierto en mis laboriosas disquisiciones.

Repitiéndome de usted atto. s. s. q. l. b. l. m. queda muy suyo, como siempre.

C. PITOLLET.

[39] *St.-Brieuc, 15 de febrero de 1910.*

Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo.

Muy señor mío y de mi mayor respeto: La publicación de mis dos tesis no sé si habré de deplorarla por haber sido la causa de que nuestras relaciones, antes tan buenas, se hayan, para no decir más, gravemente enfriado. En la larga carta que desde Santander me escribió usted, creí leer en términos bastante claros, si bien siempre corteses, unas declaraciones que su ulterior silencio no hizo más que confirmar. Sin embargo, no puedo creer que las alusiones que encontró usted en mis trabajos hayan sido suficientes para extrañarme *para siempre jamás* sus antes muy ciertas simpatías.

Lo que dije, lo dije por ser la expresión de mi estado intelectual en el momento en que puse la última mano a mis dos obras. Pero no olvide usted que el *Lessing* es muy anterior al *Böhl* (como lo prueba la fecha que lleva su primer prólogo) y que el *Böhl* ha sido compuesto en un estado febril y casi desesperado después de la catástrofe de París, es decir, de la condenación de mi capital obra: la *Biografía crítica de Kinkel* (destinada a ser mi tesis *principal* de doctorado) por Ch. Andler, y esto únicamente por contener la III.ª parte de dicha obra juicios muy severos sobre las teorías «socialistas» de aquel profesor protestante, amigo y criatura de Jaurés.

Un hombre que tuvo, después de trabajos inmensos, que acudir para graduarse de doctor a la *caridad*, poco sensible y mal dispuesta por cierto, de una Facultad de provincia

en la que el señor Mérimée se negaba a admitir que mi *Lessing* pudiese pasar como tesis principal, un hombre, digo, que tamañas desgracias sufrió pudo parecerle, en Madrid, risueño y satisfecho: en el fondo de su ser *íntimo* lloraba y gemía y se desesperaba.

Dado, pues, que tales han sido las cosas; dado, especialmente, que usted no se negó a admitir que en el plan general de mis obras acerté a demostrar lo que me había propuesto; dado, en fin, que usted bastante conoce que no soy más que un trabajador y que no me niego a reconocer, cuando se me las demuestren, mis faltas, ¿será verdad que usted me haya condenado, no queriendo saber nada más de mis esfuerzos y trabajos en el campo que a duras penas sigo cultivando? Esto me parece imposible admitirlo *hoy por hoy*, ya que no me lo declaró usted en palabras terminantes.

Por esto me arriesgo a mandarle dos trabajos míos para la *Revista de Archivos:* el uno, complemento necesario de mi artículo sobre Keil, tiene el gran mérito de desenterrar una crítica del gran Lenau sobre la colección de poesías líricas del editor de Calderón: *Lyra und Harfe*—¡crítica que es la *única* que de Lenau se imprimió!—; el otro trata de un libro, *absolutamente* desconocido hasta hoy, de poesías hispano-judaicas, publicado en Hamburgo, y no dudo de que, después de leído mi manuscrito, juzgue usted merece ser publicado.

Estos dos trabajos no son más que un principio. Otro tengo preparado para la *Revista*, que es un documento de *primer orden* relativo al hispanismo alemán al principio del siglo XVIII, y tiene el mérito de estar redactado *en latín* y de emanar de uno de los primeros poetas, por aquel entonces, de la nación alemana.

Pero, ¿consentirá usted en perdonarme lo que pude faltarle por cierto *pruritus ingenii* de hombre, lo repito, cuya suerte era de veras muy de lamentar? Mis trabajos se publican en varias Revistas, y de diferentes partes recibo testimonios de que se les aprecia debidamente. En cuanto al *Bulletin Hispanique*, ya le escribí en junio pasado, desde

Toulouse, que *había* renunciado a colaborar en él, explicándole a usted el porqué.

Pienso le mandan a usted el *Bulletin de la Societé d'études des Professeurs de Langues Méridionales.* En el número que va a salir hay dos artículos míos, en particular uno sobre el sepulcro del Cid y sus restos en Burgos, que quizá le interese un poco. El fascículo próximo de los excelentes *Studi*, de G. Manacorda, llevará un artículo hispánico mío, con dos documentos españoles inéditos. Otros trabajos se imprimen y le mandaré a usted pronto un estudio muy curioso, creo yo, sobre los libros italianos robados por Libri en la Biblioteca de Carpentras, estudio a base de material inédito.

Ahí va, pues, mi manuscrito, certificado, hacia la calle del León. ¿Qué acogida le reserva usted? Espero, sin poder convencerme del todo de ello, que tengo razón en abrigar la tal esperanza, que ha de ser buena, *como antes*, y me repito, sin sombra de falsedad, de usted muy respetuoso, seguro servidor q. l. b. l. m.

C. PITOLLET.

[40] *(Francia) St.-Brieuc (Côtes-du-Nord) 3, rue de Quintin.*

Madrid, 22 de febrero de 1910.

Mr. Camille Pitollet.

Muy señor mío y de todo mi aprecio: No atribuya usted mi largo silencio a *ninguna* otra causa que al sinnúmero de ocupaciones que pesan sobre mí y que apenas me dejan tiempo para *la más urgente correspondencia.*

He leído con muchísimo interés todos los trabajos y artículos que ha tenido usted la gran bondad de enviarme. Y no necesito decirle que por mi parte está olvidado todo lo que, en sus tesis, pudo molestarme, y sólo recuerdo lo mucho bueno y útil que contienen.

He entregado a la *Revista de Archivos* los dos manuscritos que usted me envía, y creo que se publicarán pronto, aunque la *Revista* anda algo retrasada con motivo de un cambio de imprenta. Uno y otro son, como suyos, muy interesantes y perfectamente acomodados a la índole de nuestra publicación y no lo será menos el otro que usted me anuncia.

Perdone, pues, que por hoy sea tan breve y no dude de la estimación que le profesó siempre y sigue profesándole su afmo. s. s. q. b. s. m.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

[41] *St.-Brieuc, 24-II-1910.*

Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo.

Muy respetado señor y de mi mayor aprecio: Me remiten su carta y no quiero tardar *ni un solo minuto* en expresarle la profunda admiración que me causa su magnanimidad. He aquí para mí la mayor prueba de que es usted un *gran espíritu*, pues no tanto la inteligencia como el corazón sirven para aquilatar el *valor humano* de un escritor, y en las presentes circunstancias no cabía duda para mí de que arriesgaba yo mucho en acudir otra vez a usted después de la carta, algo picada, que me había escrito desde Santander, a 12 de octubre último pasado, y que reconozco era muy justificada, dado el tenor de ciertos pasajes de mis tesis. Pero «à tout péché miséricorde»: *Cor contritum et humiliatum... non despicies*, y no sólo Dios, sino los hombres verdaderamente dignos de ser llamados hombres, saben practicar tan divina máxima.

Raros son, sin embargo, los *escritores* incapaces de guardar rencor y podría citarle el caso del al que aludo en la página LIII, línea 4, de mi *Böhl*, cuyo corazón no sabe perdonar, si bien afecta el tal señor, para los que no le conozcan *intus et in cute*, un aire de «bonhomie» que pudo engañarme en otros tiempos.

Cuando hayan salido mis *Glosas acerca de un doctorado*, leerá usted en letras de molde todo esto y muchas cosas más, que quizá constituyan un documento para la historia del hispanismo francés, era de 1908. En aquel folleto de más de 250 págs., hallará usted pleito homenaje a sus cualidades —y cuidado que el trabajo aquel, que no es más que un *nuevo estudio* de la materia ya tratada en mis dos libros, ya está, *completamente* redactado y lo estaba a fines del presente mes— y rectificados todos los errores que pude cometer acerca de las obras de usted, citadas en el *Lessing* y en el *Böhl*.

Ya en un estudio titulado ARA MATRONIS VETERANEHIS, que trata de una cuestión de arqueología española y saldrá en el número X de *Vragen en Mededeelingen*, leerá usted—pues le mandaré una tirada aparte, así como de otros trabajos míos, dentro de algunas semanas—una corrección mía relativa a usted y a Dieze, cuyo elogio en el *Boscán* cito como rectificación de lo que dije en la página 201 del *Lessing*, no habiendo leído, cuando lo mandé al impresor, a mediados de febrero de 1908, el tomo XIII de de su *Antología*...

Reciba, pues no tengo derecho en entretenerle más en asuntos demasiado personales, el testimonio renovado de cariñosa gratitud con que quedaré para siempre, después de estas pruebas inesperadas de bondad, su obligado y reconocido...

La misteriosa gaceta hispano-judaica de que hablaba en la *Revue Germanique*, ya está identificada por un erudito holandés: le mandaré la correspondiente explicación con mi artículo, ya prometido, acerca de los restos del Cid en Burgos, que acaba de publicarse.

Sin más por hoy y *con prisa*, de usted afectísimo y devotísimo, s. s. q. l. b. l. m.

C. PITOLLET.

P. D.—Creo será mi artículo: *Dos documentos desconocidos del hispanismo alemán a principios del siglo XVIII*, un regalo para los *verdaderos* amantes de las cosas de España. Lo estoy preparando para la *Revista*. ¡Qué lástima que *Cultura Española* se haya muerto!

[42] *St.-Brieuc, 14 de marzo de 1910.*

Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo.

Excelentísimo señor y de mi mayor aprecio: Al enviarle hoy el prometido manuscrito de los dos documentos desconocidos del hispanismo alemán a principios del siglo XVIII, tengo la seguridad de que ha de ser aceptado por usted un trabajo de *rehabilitación literaria* a la par que de revelación antilessinguiana.

No pude publicar estos papeles en mi tesis sobre *Lessing* por ser ella—que iba encaminada a representar mi tesis *complementaria* de doctorado y fué impresa, como ya sabe usted, con tal destinación, pues Andler hizo condenar mi *Kinkel* después de impreso el *Lessing*, cuya portada llevaba el título: *Thèse complémentaire de doctorat ès-lettres présentée à l'Université de Paris* (si se recibe en Madrid, en la Nacional, la *Revue Germanique*, vea usted lo que digo en la nota del núm. 2 de 1910, en una crítica del libro de la señorita Schulte: *Joahnna Kinkel.* El domingo le mandaré a usted una tirada aparte de un trabajillo mío *a usted dedicado: Ara matronis veteranehis*, en que encontrará usted también otra nota sobre el particular)—, ya demasiado abultada, mas pensé desde luego en darlos a luz como necesario complemento de mi trabajo y de ellos hablé en una nota a la página 132 del *Lessing*. En cuanto a las observaciones del proemio, creo que admitirá usted se publiquen íntegras y le suplico lo permita. Se trata de detalles de disciplina literaria hispánica, y conoce usted demasiado cuán importantes son para el buen éxito de la ciencia a que, con tan poca fortuna hasta hoy, dedico mis humildes fuerzas, para que halle usted en ellas algo que censurar o tachar de inútil. Lo que escribí en estas cortas advertencias, está maduramente pensado y opino que no hay en ellas un ápice de más de lo que *era preciso decir.*

En cuanto a su publicación en la *Revista de Archivos*, he aquí lo que más oportuno me parece, si usted quiere. Se publicaría *primero* este trabajo e inmediatamente después de publicado, se publicaría el sobre las *Rimas castellanas* de Jessuah Habillo, del que, mientras tanto, se hubiera acabado la prometida continuación. Pienso no habrá nada en contra de mi proposición. En todo caso, queda entendido que se me enviarán *dos veces* las pruebas, la primera con el manuscrito; pues, de no hacerlo así, temo salieran mis trabajos afeados por errores de imprenta.

Y ahora voy a dirigirle una súplica: ¿No se me podría mandar, como a colaborador de la *Revista*, ésta regularmente? Sería para mí un gran favor; vea usted si pueden otorgármelo.

Sin más por hoy, repitiéndome su humilde y muy reconocido servidor, quedo, como siempre, suyo

C. PITOLLET.

[43] *St.-Brieuc, 28 de abril de 1910.*

Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo.

Excelentísimo señor: ¿Habrá usted recibido mi manuscrito acerca del documento desconocido del hispanismo alemán a principios del siglo XVIII? Caso de que se publique (pronto, pues mucho lo deseo) en la *Revista de Archivos*, le suplico se sirva decir al Gerente que se han de mandarme las pruebas con el manuscrito.

Sin más por hoy, se repite de usted afmo. s. s.

C. PITOLLET.

P. D.—Pronto le mandaré algunas labores mías impresas, en particular la crítica del *Bretón de los Herreros*, de Le Gentil.

[44] *(Francia) St.-Brieuc (Côtes-du-Nord) 3, rue de Quintin.*

Madrid, 16 de mayo de 1910.

Mr. Camille Pitollet.

Muy señor mío y de todo mi aprecio: He tenido tanto que trabajar esta última temporada, que me he visto obligado a suspender casi *por completo* toda correspondencia, la cual, como sabe usted, llevo siempre por mí mismo, sin intervención de secretario ni amanuense.

Al empezar a contestar hoy a las cartas *más urgentes*, encuentro una de usted que requiere pronta respuesta, y ruego que me perdone la falta involuntaria.

Sus dos documentos acerca de Lindenberg y Postel me han interesado muchísimo: son dos verdaderas curiosidades literarias, que hizo usted muy bien en exhumar y que pueden y deben publicarse en nuestra *Revista*.

Pero no puedo menos de decir a usted con toda franqueza que su proemio es demasiado virulento y agresivo, especialmente contra Farinelli, que es antiguo amigo mío, a quien debo algunos favores literarios, y que tendría motivo para ofenderse de que se le tratase con tanta dureza en una Revista que yo dirijo y de la cual es colaborador. Creo que tiene usted razón en la mayor parte de sus críticas, y no pondría ningún reparo a ellas si, hubieran de publicarse en otra Revista cualquiera, v. gr., en *La España Moderna*. Pero la *Revista de Archivos* es una publicación oficial, que nos obliga a muchos miramientos y que desde el principio ha adoptado el sistema de no publicar ningún artículo—ya se lo dije cuando lo de su crítica de la tesis de Martinenche—de sabor personal o polémico.

Usted me dirá, pues, si quiere refundir la *Introducción*, dejándola reducida a la parte *erudita*, que es casi todo, y suprimiendo su parte polémica, en cuyo caso las cartas se publicarían *inmediatamente*.

Para todo lo relativo a las pruebas, usted sabe ya que debe dirigirse a don Francisco Navarro Santín, empleado en la *Biblioteca Nacional*, que es el que dirige la confección de los números de la *Revista*, y se entiende con la imprenta.

He leído, como siempre, con mucho gusto todos los trabajos y artículos que usted me ha enviado últimamente. El del *Bulletin Italien* relativo a los robos de Libri en la Biblioteca de Carpentras es curiosísimo y ojalá cumpla usted su propósito de ilustrar el primer período, muy oscuro, de la vida de este sabio inmoral, pero de tantísimo talento, como su *Historia de las Matemáticas* acredita.

Doy a usted las gracias por las benévolas rectificaciones y frases agradables para mí que algunos de esos artículos contienen. Crea usted que le estimo sinceramente, y que me parece una terrible injusticia la que con usted se comete, teniendo relegado a un erudito de tanto mérito a un puesto tan subalterno y tan míseramente retribuído, sin biblioteca ni medios de trabajo. Mal andan las cosas en España, pero no tengo noticia de un caso semejante.

De usted afmo. s. s. q. b. s. m.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

[45] *Madrid, 24 de mayo de 1910.*

Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo.

Eminentísimo señor: Me veo obligado a quejarme a usted, pues, no estando en Madrid el señor Navarro, a quien en su última carta me dirigía usted, no tuve otro remedio que ir a ver al Administrador de la *Revista*, con el cual hablé el miércoles, 17 último, acerca de las pruebas del artículo sobre Keil, que ha de salir en el número de julio-agosto, y que me prometió entregarme dentro de dos días, pues preciso es que las vea antes de que se tire la *Revista;* pero los días pasaron, y como no venían las prometidas pruebas, fuí otra vez a ver al Administrador, el cual me dijo que, como no estaban todavía corregidas

dichas pruebas, me las mandaría sin falta el lunes próximo, o sea el día antes de ayer. Pero nada vino tampoco. No puedo perder yo mi tiempo en busca del señor Administrador, y como él representa presentemente la *Revista* en Madrid (según parece), quizá me sea dado lograr que me entregue las pruebas acudiendo a su autoridad de Vd.

Hubiera sido de desear que se compusiera todo mi trabajo sobre *El Hispanismo alemán en el siglo XVIII*, con el fin de que pudiera corregir las pruebas *en Madrid*, como habíamos convenido. Pero no estando el señor Navarro, juzgó el señor Administrador que había ya «demasiado material compuesto», y, por consiguiente, que no «había lugar», como se decía en tiempos de Felipe II a los solicitadores importunos. ¿Qué hacer? Tamaña falta de formalidad me hiere mucho, pues me parece que a un trabajador que haya dado pruebas de su celo, se le podría tratar a lo menos seriamente.

La campaña de los periodistas contra la Biblioteca Nacional me ha interesado, dada la pasión que experimento en esos asuntos de bibliotecas públicas. He formado una bibliografía del asunto, para un artículo en el *Zentralblatt für Bibliothekswesen*, de Berlín, que saldrá más tarde, y mandado, además, sobre el particular, un articulillo al *Journal des Débats*. ¡Qué lástima que no esté usted en Madrid! ¡Con cuánto gusto hubiera pedido a usted el favor de una entrevista!

Mientras tanto, reciba las expresiones de su afectísimo s. s. q. l. b. l. m.

C. PITOLLET.

[46] *St.-Brieuc, (Sin fecha.)* [1]

Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo.

Muy señor mío y de mi consideración más distinguida: Al fin recibo su tan deseada carta, la que me apresuro en contestar.

[1] De últimos de junio o primeros de julio del año 1910.

Consiento en suprimir del artículo—mejor dicho del proemio al artículo de referencia—cuanto estime usted de índole agresiva tocante al señor Farinelli. Haga usted, si gusta, las supresiones, o si estima usted que yo sólo pueda hacerlas, haga el favor de devolverme las hojas de referencia para que las refunda, pero me parece que ya se puede, *sin esperar que* haya devuelto las hojas—caso de que me las mande usted—, principiarse la composición del *texto mismo* de las epístolas, que tanto me place verle a usted estimar como yo, pues son dos preciosas perlas desconocidas que merecían ser exhumadas con todo respeto y gran veneración. Espero tomará usted pronta decisión y no se tardará en publicarse todo, que es lo que más deseo por hoy.

Antes de ayer le mandé otro trabajillo mío, cuya primera parte acaba de salir en la *Revue Germanique*. Mañana le mandaré la primera parte de mi crítica (no tan virulenta como hubiera querido, por consideraciones a mí ajenas), del libro de Le Gentil sobre *Bretón de los Herreros*, el cual, a mi parecer, es un mal libro. Quizá cuando haya leído usted las 10 páginas que encierran parte de mi juicio sobre él, y si es que haya leído anteriormente el libro, me dé usted—a lo menos condicionalmente—razón. Le Gentil es díscípulo de Martinenche y no puedo aguantar a aquel hugonote que afecta, para hablar de España y sus cosas, una imparcialidad fementida, que no siente y no puede sentir verdaderamente. Dejemos esto, empero...

En el próximo número de los *Studi di Filologia Moderna* (que sale este mes) publico un soneto inédito del siglo XVI que hallé en Hamburgo en los papeles del Dr. Julius, el cual lo recibió de Böhl. Creo le interesará a usted esta queja del siglo XVI, anónima, en la que el espíritu de reacción contra el *Nouveau Cours* se expresa de muy típico modo.

En el mismo número publico una noticia necrológica de *Cultura Española*, que Manacorda se empeñó desdichadamente en cortar de modo muy sensible para mí. En el próximo fascículo hallará usted una noticia de los *libros y manuscritos españoles* que hallé en la Biblioteca de Hamburgo.

Manacorda me había prometido publicarla en el presente fascículo y después me escribió no tener espacio.

He acabado la redacción de un artículo crítico sobre la paternidad del *Orfeo* (que creo no haya lugar de atribuir, *sin muy serias reservas*, a Pérez de Montalbán). Cito su opinión (en la edición de Lope); pero, como el artículo no ha de salir antes de tres semanas, le suplico a usted se sirva escribirme su opinión completa sobre el particular (ya que el libro de Bacon no es autoridad decisiva en la materia) en la actualidad; imprimiré *ad verbum*, en P. D. del artículo, cuanto me comunique sobre la paternidad del *Orfeo* en su respuesta.

Todavía no se han acabado de publicar las notas críticas sobre mi *Lessing*. Dentro de unas semanas se las mandaré *completas*. Las sobre el Böhl no han mucho de tardar en publicarse, pues están redactadas completamente.

Como le había escrito desde Toulouse, jamás escribiré ya para el *Bulletin Hispanique*. Lo que publico sobre *Libri* sale en el *Bulletin Italien*, cuya redacción es del todo diferente. He reunido muchas notas curiosas sobre la vida de Libri. Quizás salga todo aquello un día de estos. El artículo ha sido aumentado algo, después de mandar a usted las primeras pruebas. Le mandaré la tirada aparte dentro de algún tiempo.

Es posible que vaya a Madrid el próximo septiembre para acabar en el Archivo Histórico Nacional mi grueso libro sobre la conspiración de Pontcallec, episodio del complot de Cellamare, del que ya le hablé antes.

Piense usted que he de desempeñar el oficio de *professeur d'allemand* para vivir, y que estoy casado, y comprenderá lo penoso de mi situación, a la que tuvo usted la bondad de aludir en términos que son un *bálsamo* para mi alma dolorida.

Me repito de usted reconocidísimo y devotísimo.

C. PITOLLET.

[47] *(Francia) St.-Brieuc (Côtes-du-Nord) 3, rue de Quintin.*

Santander, 8 de julio de 1910.

Mr. Camille Pitollet.
Professeur d'allemanad au Lycée

Muy señor mío y de todo mi aprecio: Recibí en Madrid su carta, a la cual, por falta de tiempo, no he podido contestar hasta ahora. Creo que nadie mejor que usted puede hacer las supresiones que, a mi juicio, exige en su parte polémica la *Introducción* que puso a su estudio sobre *El hispanismo alemán del siglo XVIII* con anterioridad a Lessing. Para lo cual vengo a remitir a usted las hojas correspondientes de su manuscrito en que va anotado con lápiz todo lo que me parece disonante con el tono adoptado desde un principio por la *Revista de Archivos*, aunque no dejo de reconocer que tiene usted mucha razón en lo que dice.

He leído con muchísimo gusto todos los trabajos y artículos que usted me ha enviado, entre ellos el del *Bulletin de la Société d'Études des Professeurs de Langues Méridionales* con la crítica muy justa de la tesis de Le Gentil sobre Bretón de los Herreros, obra indigesta y compilada con poco juicio. Llamo a usted la atención sobre un pequeño error que hay en este artículo. Niega usted que don Juan Valera tuviese parte alguna en la continuación de la *Historia de España*, de Lafuente, que lleva su nombre, y esto es completamente inexacto. Don Juan Valera escribió los libros XIII, XIV, XV, XVI y XVII de dicha continuación, que llegan desde 1843 hasta 1860. No puedo tener duda en esto, porque se los vi escribir, y me los leyó conforme los iba escribiendo. La parte anterior, es de Borrego, y la posterior, de Pirala, autores adocenadísimos, cuyo estilo ni por un momento puede confundirse con el de Valera. El trabajo de éste comienza en la página 231 del tomo XXII de la edición de Barcelona, 1890, y termina en la 284 del

tomo XXIII. Valera interrumpió este trabajo, que hacía de mala gana, por haber tenido que ir de plenipotenciario a Lisboa, donde se quedó desde 1881 hasta 1883, pasando después a Wáshington, 1883-1886, y, por fin, a Bruselas, 1886-1888. Después fué Consejero de Estado, en 1889-90 y Embajador en Viena, 1893-95, no saliendo ya de Madrid en los años siguientes, más que por temporadas breves y en verano. Le apunto esto, porque generalmente no se conoce esta colaboración de Valera a la continuación de Lafuente, que, o se la callan o la niegan rotundamente varios autores de *Manuales* de nuestra literatura. Cuando hizo esos trabajos, Valera estaba cesante desde 1866, y fué este el período en que le dejaron tranquilo los estímulos que más contrariaban su vocación, si bien no dejaba de quejarse, en las cartas que me escribía, de la desproporción entre la fama y el provecho. No necesito recordarle su despecho contra los enriquecidos, en varias de sus obras, p. e., en *Asclepigenia* y en su misma *Pepita Jiménez*.

Me falta por ahora el tiempo necesario para elucidarle la cuestión del *Orfeo*, que usted discute en la Revista holandesa *Vragen en Mededeelingen*, núm. 23 y 25, con maravillosa erudición. Creo, con usted, que es de Lope, ya que sólo en su estilo se revela muy superior a todo lo que conozco de Montalbán en poesía lírica... Y nada más por hoy.

De usted afmo. s. s. q. s. m. b.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

[48] *Rennes, 16 de julio de 1910.*

Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo.

Eminentísimo señor y de mi mayor aprecio: Me apresuro en mandarle el manuscrito corregido—y considerablemente reducido—de mi artículo, cuya nueva forma le agra-

dará seguramente, pues he quitado todo lo referente a mi vida y la parte polémica contra Farinelli.

Mucho deseo el que se imprima pronto dicho trabajo. En las pruebas que me mandaron de la nota sobre Keil, puse la advertencia de que deseaba me mandasen otra vez dichas pruebas, las que por ser *muy* incorrectas, saldrán seguramente, de no mandármelas otra vez, plagadas de errores de imprenta. No sé si consentirá el señor Navarro en satisfacerme este gusto, pues todavía no me ha comunicado nada, ni siquiera me ha entregado la noticia que le pedía acerca de mi primer artículo sobre las poesías hispano-judías de Habillo, que deseaba se publicase *después* del presente trabajo sobre *El hispanismo alemán*, como le había escrito a usted antes.

Si voy a Madrid, espero que me será posible conseguir el que corrija allá las pruebas del *Habillo* y del *Hispanismo alemán*. ¿Quizá escriba usted en este sentido al señor Navarro?

En cuanto a la nota sobre Keil (que me dijo él había de salir en el número de julio-agosto), fácil sería mandármela a St.-Brieuc; mi mujer la corregirá y la devolverá luego.

Sin más por hoy, se repite de usted, seguro servidor y atto. q. l. b. l. m.,

C. PITOLLET.

P. D.—Permanezco en Rennes hasta el 25 del mes, luego vuelvo a St.-Brieuc, y voy a España a primeros de agosto.

[49] *St.-Brieuc, 17 de julio de 1910.*

Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo.

Eminentísimo señor y maestro: Hoy he vuelto a St.-Brieuc para pasar el día, domingo, en compañía de mi mujer, y aprovecho la ocasión para enviarle una tirada aparte de mi trabajillo sobre el *Orfeo*.

Verá usted, como le escribí antes, que concordamos en la *dudosa* atribución de la obra a Lope y no a Montalbán, pero le suplico que se ahorre unos minutos para escribirme *detenidamente* su opinión a propósito de este mi artículo. Ve usted con qué heroísmo sigo trabajando en el más árido desierto de libros, rodeado de colegas que más bien pudieran llamarse maniobreros o jornaleros de la enseñanza.

La aptitud de Mérimée para conmigo ya la habrá apreciado usted; lo malo es que Menéndez Pidal (don Ramón), Américo Castro y compañía se den, por motivos que me abstendré presentemente de juzgar, por tan adictos a un hombre que no representa *de ningún modo* el hispanismo científico en Francia, sino más bien un «arrivisme» hispánico de la peor ralea, pues supo explotar para su olla una disciplina en la que no dió más muestras de su habilidad que las que consistieron en colocar a su hijo en la Universidad de Montpellier, en un puesto al que ningún derecho legítimo tenía (*nobleza obliga; Cultura Española*, agosto de 1907, página 807), haciendo nombrar, para tan noble fin, en París, a Martinenche, el cual representa ahora la Universidad sorbónica en Buenos Aires.

Mucho tendría que escribirle y decirle a este propósito, pero no quiero molestarle más.

Ayer le mandé desde Rennes el manuscrito corregido del artículo sobre el hispanismo alemán.

De usted afmo. s. s.

C. PITOLLET.

[50] *St.-Brieuc, 17 de julio de 1910.*

Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo.

Respetadísimo señor y de mi mayor aprecio y veneración: Hoy sólo después de una ausencia de St.-Brieuc causada por los exámenes de bachillerato en Rennes (adonde me marcho de nuevo mañana para permanecer allá hasta

el 27 del mes), puedo leer su apreciada y *muy* deseada carta de Santander y me apresuro en contestarla.

Primero debo decirle que todavía no me han remitido las hojas de referencia. Espero me las hayan mandado *certificadas*, pues de haberse perdido ellas, me resultaría grande trabajo escribir *de nuevo* la Introducción. Pero, dadas las costumbres postales vigentes en España, posible es que las reciba sólo dentro de algunos días. Se las mandaré con las deseadas correcciones unos días después de haberlas recibido.

Siento mucho el que tanto se dilate la publicación de mis anteriores trabajos *(Keil* y *Poesías hispano-judías)*; pero, ¿qué hacer cuando se está uno, como yo, tan abandonado? Lo que más me gustó de su carta fué el juicio que le causa a usted mi crítica del *Bretón*. Cierto es que no quería escribirla. Toda mi correspondencia con el editor del *Bulletin* lo prueba; pero insistieron tanto que accedí a sus ruegos y acepté el trabajo, el cual sabía no había de gustar al interesado y a su «coterie». Y si Dibie lo publicó, fué porque conoció que sólo el deseo de decir la verdad *(mi verdad*, como siempre) había guiado mi pluma. Pero el pobre debió de estar tan molestado por ella, que ni siquiera se atrevió a escribirme después de publicada, y, por consiguiente, a publicar la continuación, que tiene más de 10 páginas, llenas todas de errores *materiales* cometidos por Le Gentil.

Le copio a usted, por otra parte, en hoja suelta adjunta, lo que a propósito de dicha crítica me escribió el señor Mérimée, el cual fué, *ciertamente*, la causa de que Dibie ha quedado mudo.

A la segunda carta de Mérimée no contesté, por haberle expresado ya todo lo que pensaba acerca del particular en la carta a que aludo en dicha hoja suelta. ¡Vea usted si tenía razón al decir que nuestro hispanismo es «hybride» en la «Selbstanzeige» del *Lessing*, que le mando con otro trabajo, sobre el tan decantado valor «civilizador» del idioma alemán!

Mi artículo sobre el *Orfeo* se ha publicado ya hace un mes y pronto se lo mandaré. Verá usted que, sin conocer su opinión *actual*, estoy del mismo parecer que usted en la cuestión de la paternidad del *Orfeo*.

Como ya le había escrito antes, iré a España a pasar mis vacaciones, más bien a trabajar en mi libro sobre el complot bretón de Pontcallec, episodio hasta hoy no estudiado (suficientemente) de la conspiración de Cellamare. Ya he descubierto en París y en los archivos de Bretaña una gran cantidad de documentos inéditos curiosísimos, y en particular cosas extraordinarias de Alberoni. Me falta ver los papeles de la Casa de Borbón en el Archivo Histórico Nacional de Madrid.

¡Cuánto siento el que esté usted todo el verano en Santander! Pero, ¿me hará usted el *gran* favor de recomendarme a don Juan Menéndez Pidal, para que me autoricen a trabajar a mis anchas en el Archivo?

Ve usted que sigo trabajando *mucho*, aunque sin resultado ninguno. El señor Mérimée, cuando se hace festejar en Madrid, es *más* admirable que cuando comete en Francia injusticias *atroces*.

De usted se repite muy afmo. y devoto.

C. PITOLLET.

[51] *Rennes, 19 de julio de 1910.*

Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo.

Muy respetado señor y maestro: Como complemento a lo que le escribía en mi última tarjeta, he de decirle que la *segunda parte* de mi crítica del *Bretón*, no podrá publicarse, pues Dibie, influído por quién sabe usted, no sólo la rechaza, sino que va a publicar, como reparación para mi *primera parte*, un artículo *elogioso* sobre dicho libro, artículo por él escrito «ad hoc».

Hasta el buen amigo Gavel (Liceo de Bayonne) me escribe hoy mismo: «Il y a certainement en faveur de Le Gentil une coalition d'intérêts», y Dibie, añade, no puede (por abundancia de materia) publicar las reseñas de mis

trabajos que le había enviado Gavel, encargado de esta rúbrica en el *Bulletin*.

Así se defiende la disnastía y ¿qué hacer? Ya abulta duramente sobre mis pobres hombros el peso de su rencor y no hay siquiera una Revista en que se puedan señalar las causas del mal de que sufre nuestro *hispanismo* en Francia. Mucho padezco y creo acabará por aniquilar mis energías tamaña injusticia.

De usted att. y s. s. q. l. b. l. m.

C. PITOLLET.

[52] *St.-Brieuc, 30 de julio de 1910.*

Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo.

Muy respetado señor y de mi mayor aprecio: Acabo de corregir las pruebas de un trabajo bastante largo y que será uno de los más eruditos que habrán visto la luz en St.-Brieuc: *A propos de quelques manuscrits anciens. Contribution à l'histoire de Fabri de Peiresc.* Saldrá pronto en la Colección italiana del señor Julien Luchaire, de la Universidad de Grenoble.

Me he permitido dedicárselo a usted ya en manuscrito, sabiendo de ciencia cierta que le causarían, dado el carácter *meramente erudito* de tal trabajo, placer mis atenciones. Tendrá unas 30 páginas, que seguramente han de gustarle por su gran novedad filológica y el carácter de sus indagaciones humanísticas.

Ha salido la *primera parte* de mi trabajo sobre *Libri* en el *Bulletín Italien*, núm. 3.º, páginas 249-264. La *segunda parte* saldrá en el núm. 4.º ¡Ojalá pueda yo un día escribir la biografía crítica de Libri, para la que he acumulado ya tanto material!

Está decidido mi viaje a Madrid a causa de mi libro sobre el complot de Pontcallec. Saldré de aquí el 1.º de agosto para Rennes; de Rennes voy a Nantes, en donde

habré de copiar unos documentos en el Archivo del Departamento. Desde Nantes iré a Burdeos, luego a Bayona y después a Pau, pensando poder salir de Pau el día 10 de agosto para Madrid.

¿Me hará usted el gran favor de escribir para mí dos palabras al señor don Juan Menéndez Pidal para que me autorice a trabajar *de un modo fructuoso* (es decir, sin inconvenientes reglamentarios antediluvianos, perdone usted la alusión)?

Cierto es que en los papeles de la Casa de Borbón hay *muchos* documentos de primera importancia relacionados con mi *complot*, que tanto apoyaba Alberoni (cuya confesión inédita a este propósito he descubierto el año pasado en el Archivo del Ministerio de Asuntos Extranjeros en París); pero ¿no se habrá de ocultármelo con ademán de cortesía? Con que ¿puedo contar que me apoyará usted? Unas palabras de usted a mis señas de Pau (M. Pitollet, Maison Saubat, Route de Bordeaux, en face l'octroi, Pau, Basses-Pyrénées), me alentarían sobre manera, pues ve usted que no me espanta el trabajo.

Veremos, al fin, si es verdad que *labor omnia vincit improbus*.

La Academia, a la que había mandado mis trabajos *sin hacerme apoyar por nadie*, los ha asemejado a... novelas y no los ha coronado, por supuesto, ya que vencieron, en el concurso en que los colocó, dos obras cuyos títulos no recuerdo exactamente, pero que son *novelas insignificantes*. Dicho concurso era el concurso Darami (prosa). En cambio, ya ha recibido Le Gentil el precio Montyon por su *Bretón*, habiéndole apoyado Morel-Fatio.

A propósito del *Bretón*, habrá leído usted ya qué encomios de la obra se han publicado en el último número del *Bulletin de la Société d'Études*. Hay 11 páginas de impresión minúscula, escritas «par ordre de Muphti» para aniquilar el efecto de mi crítica, cuya segunda parte, que no ha podido, pues, publicarse, contenía, en 10 páginas, larga lista de errores materiales. Y no sólo esto, sino que se ha tomado a Morère, profesor en Foix (desde hace muchos años *per-*

sona grata, pues no tiene nunca objeciones que formular a nada, no sabiendo casi nada de verdaderamente científico, fuera de la rutina de la enseñanza del idioma español en las clases del Liceo), y que no ha producido absolutamente nada, que ni siquiera es doctor, para ser miembro del Jurado de la agregación de castellano, este año y los siguientes. Y sabe usted que dicho nombramiento no ha de desdeñarse, cuando tan poco se gana uno, pues con él va unida una retribución fija de 1.000 francos.

Todo esto, lo ve usted, no está para consolarme; pero todas las injusticias vienen a morir sobre la firme roca de mi alma viril y me alientan al trabajo en vez de desanimarme. Sin embargo, es muy desmoralizador el espectáculo que se da ahora en Francia y no contribuye a favorecer los estudios *serios*. Cuando se trabaja *sin esperanza ninguna* de aprecio, hay que ser un Hércules para no echarlo todo a rodar.

Siento mucho el no poder verle a usted en Madrid. ¡Cuántas cosas le hubiera dicho! Por lo que es de mis artículos en la *Revista de Archivos*, extraño el que no me hayan mandado, como deseaba, las segundas pruebas de la nota sobre Keil. ¿Quizás quiera usted decirles que impriman primero el artículo sobre el *Hispanismo alemán*, y luego el sobre las poesías judías coleccionadas por Habillo en Hamburgo, para que corrija las pruebas en Madrid durante mi estancia allí?

No crea usted, por el tono de mis cartas, que me haya vuelto un desesperado; al contrario, abrigo un optimismo risueño, que me sostiene y desearía pudiera usted averiguar *de visu* un día de estos.

De usted se repite afmo. y s. s. q. l. b. l. m.

C. PITOLLET.

P. D.—Daré en el *Ouest-Eclair* (que tiene una tirada diaria de más de 100.000 ejemplares) una serie de *Cartas Españolas*, que le mandaré a usted en su tiempo.

Pau (Basses Pyrénées) Chez M. Saubat, Route de Bordeaux.

[53] *Santander, 9 de agosto de 1910.*

Mr. Camille Pitollet.

Muy estimado señor Pitollet: He escrito a don Juan Menéndez Pidal, recomendándole muy eficazmente la persona y los trabajos de usted.

Estoy bien seguro de que aun sin esto le hubiera atendido perfectamente, como lo hace con todos los que trabajan en aquel *Archivo Histórico Nacional.*

No sé si estará ahora en Madrid, porque me dijo que pensaba pasar una parte del verano en La Granja, pero de fijo habrá recibido mi carta y trasmitido mi recomendación al que le sustituya, si él está ausente.

Estoy ocupadísimo y no por otra razón no le escribo más largo. Usted me dispensará, sabiendo lo que es estar «ocupadísimo», ¿verdad?

El señor Navarro Santín, que encontrará usted en la Sala de Manuscritos de la *Biblioteca Nacional*, tiene en su poder las pruebas de los artículos de usted y quizá podrá usted durante su estancia en Madrid corregirlas, por lo menos las de alguno.

Agradezco a usted mucho la cariñosa dedicatoria de su magnífico estudio sobre Fabri de Peiresc y sus manuscritos y quedo, como siempre, suyo afmo. y s. s. q. b. s. m.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

[54] *Pau (Basses Pyrénées), 10 de agosto de 1910.*

Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo.

Muy eminente y estimado maestro: Le mandé las segundas pruebas del trabajo de que le había hablado antes y

mucho quisiera saber si le ha gustado. Caso de que consienta usted en comunicarme lo que piensa de él, dirija su carta, si es que me escribe algo más adelante, a Madrid, a las señas de señor don C. Pitollet, en casa de don Braulio Cuende, proveedor del Ejército, Cruz, 12, pral., ya que ésa es la casa en que vivo cuando estoy en Madrid.

En mi trabajo, la alusión a la «publication étrangère» ha de interpretarse como referente a nuestra propia *Revue des Bibliothèques* y no a la *Revista de Archivos*.

Volveré a ver a Madrid con mucho gusto, pues en la presente crisis mucho habré de observar acá. ¿Habrá pensado usted en recomendarme a don Juan Menéndez Pidal, al que escribo hoy mismo?

Sin más me repito de usted s. s. q. l. b. l. m.

C. PITOLLET.

[55] *Madrid. Cruz, 12, pral. izqda.*

Santander, 30 de agosto de 1910.

Mr. Camille Pitollet.

Muy señor y amigo mío: Lo que le pasa a usted con la imprenta de la *Revista de Archivos* no tiene que molestarle, pues otro tanto me pasa a mí a diario con otras Revistas e imprentas y es cosa corriente, poco más o menos, en todas partes. Creo que estará debido a que el señor Navarro Santín no ha vuelto a Madrid. Le aconsejo, pues, que se ponga al habla con el señor Paz y Melia, que también forma parte del Consejo de Redacción de nuestra *Revista*. Yo, por mi parte, he de repetirle que nunca he intervenido, ni puedo intervenir, en la parte puramente administrativa de dicha *Revista*. A mis años y con una salud que empeora constantemente, y, además, con un trabajo propio abrumador, no voy a despilfarrar el poco tiempo que me queda de vida en

unas ocupaciones materiales que nunca me fueron gratas, ya lo sabe usted, y siendo tan gran trabajador, me lo perdonará, en este particular caso, seguramente. *Un peu de patience et tout s'arrangera...*

Le vuelvo a asegurar que me ha interesado sobre manera su folleto sobre los manuscritos antiguos del sabio Fabri de Peiresc y le agradezco de todas veras la dedicatoria.

De usted afmo. s. s. q. b. s. m.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

[56] *Nimes, 27 de diciembre de 1911.*

Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo,
Director de la Academia de la Historia, en Madrid.

Muy señor mío y de mi mayor respeto: Si bien nuestra correspondencia se ha entibiado algo, usted recordará, sin duda, aún, que ya desde la Bretaña le hablé repetidas veces de un gran trabajo que estaba preparando sobre un episodio desconocido de las relaciones entre Francia y España en el decurso de la historia, episodio llamado por los historiadores que de él se han ocupado: *El complot de Pontcallec*, y que tuvo lugar durante el reinado de Felipe V y la Regencia del Duque de Orleáns.

Para dar cima a mi trabajo, no vacilé en emprender el viaje de Madrid, como recordará usted, después de haber realizado muy fructuosas pesquisas en varios archivos de la Bretaña y en los nacionales, de los Ministerios de Relaciones Extranjeras, de la Guerra y en el llamado de la Bastille (en la Biblioteca del Arsenal), en París, sin hablar de lo que hallé en el Departamento de manuscritos de la Nacional, también en París.

El fruto de tamañas investigaciones lo estoy elaborando en mis pocos ratos libres, pues tengo en este Liceo 22 horas semanales de servicio activo, sin hablar de la preparación

de clases y corrección de tareas escritas, lo que necesita, a lo menos, tres veces más tiempo.

Sin embargo, acabo de dar la última mano a la necesaria introducción de mi obra: *El complot dicho de Pontcallec en la literatura*. Dicha introducción es la reseña crítico-bibliográfica de todo lo que se ha impreso hasta la fecha, en libros de historia y otros, así franceses como extranjeros, sobre el asunto de referencia y contiene por orden cronológico una lista de obras, a veces rarísimas, con los pasos más característicos que encierran sobre el complot. Se ha de publicar por fuerza antes de mi libro en una Revista, pues constituye el mejor argumento que se puede presentar a favor de la necesidad de la composición de una obra concienzuda, que aclare, por fin, el misterio persistente de tan curioso episodio de nuestra común historia.

Espero, pues, que la *Revista de Archivos* aceptará la oferta, que ya le anuncié, de tan importante manuscrito, publicándolo en sucesivas entregas y con la mayor prisa posible, y reservándome—ya que semejantes trabajos no se suelen retribuir—de él *cien tiradas aparte*, como se hizo con anteriores trabajos míos.

Usted, señor, que conoce perfectamente mi pasado, sabe que le escribí desde Tolosa el día mismo de mi doctorado, que mi colaboración al *Bulletin Hispanique* se había acabado para siempre jamás. Ya ve usted si quedé fiel a mi propósito, pues si el *Bulletin Italien* publica, casi en cada entrega, trabajos míos, nunca tuve desde entonces la más mínima relación con la Dirección del *Bulletin*, que no ha dedicado a mis dos tesis ningún artículo, ni ha consagrado a otros trabajos míos hispánicos la menor reseña.

No sé cuál es su actitud de usted con relación a nuestro hispanismo, en especial a nuestra segunda enseñanza; pues esto, poco debe de interesarle; pero recordará que le mandé la protesta de los estudiantes de Montpellier ante el hijo del señor Mérimée entronizado (contra toda justicia) profesor de literatura española en dicha Universidad, cuando ni posee la agregación de castellano, ni es doctor en letras. El señor Mérimée acaba de dar la prueba definitiva de lo poco

que vale moralmente, haciendo crear en París para su criatura, el señor Dibie, antes catedrático en Carcassonne y hombre sin valor científico ninguno, una cátedra de castellano, a pesar de los evidentes derechos que tenían a aquel nombramiento los agregados de castellano de promociones anteriores y cuyos trabajos científicos han demostrado muy a las claras su valor específico. Si bien ha suscitado dicho nombramiento gran indignación, nadie se atreve a chistar en público y podrá Mr. Mérimée, si le da la gana, volver a Madrid otra vez y cantar, en presencia del señor Ministro de Instrucción Pública de España y otros dignatarios oficiales, las alabanzas de su maravilloso celo en pro del hispanismo en Francia. En puridad de verdad, aquel hombre ha arruinado el hispanismo por sus consecutivas arbitrariedades e injusticias. El hecho queda patente.

Pero dejemos esto, que usted me contestará: «¡Allá se las arreglen ustedes!» Sólo el trabajo me consuela de tamaños desmanes y sólo me importa saber si usted acepta el mío.

Sin más por hoy, se repite de usted afmo. amigo y s. s. q. l. b. l. m.

C. PITOLLET.

P. D.—Perdone usted, pero se me olvidaba desearle muy feliz año nuevo, lo que hago con la mayor sinceridad.

[57] *(Francia) Nimes (Gard) Villa Pellet, à la Tour Magne.*

Santander, 18 de enero de 1912.

Mr. Camille Pitollet.

Muy señor y amigo mío: La falta de salud y las graves enfermedades que me aquejan me han obligado a permanecer fuera de Madrid la mayor parte del año y, lo que es más duro, a abstenerme *casi por completo* de toda clase de correspondencia.

Así se explicará usted que no ejerza ya ningún género de intervención en los asuntos de la *Revista de Archivos*, ni menos entienda directamente con los autores de los artículos. Cierto es que el trabajo que me propone usted sobre las repercusiones extrañas que alcanzó, con el complot separatista bretón de Pontcallec, en España la conspiración de Cellamare, es asunto de un gran interés histórico, y, con los documentos inéditos que su celo ha logrado aportar a su solución en varios años de pesquisas y rebuscas en tantas bibliotecas y tan varios archivos, no cabe duda de que semejante estudio ha de llamar la atención de cuantos se interesen en las historias de las relaciones políticas de Francia y España durante el reinado de Felipe V.

Pero, aunque lo siento en el alma, me es imposible intervenir en el asunto, y todo lo que puedo hacer es aconsejarle que se dirija, como en otros casos, al señor Navarro Santín, en Madrid, deseándole completo éxito con este nuevo trabajo, y quedando, una vez más, de usted su más s. s. y amigo q. l. b. l. m.

M. Menéndez y Pelayo.

EPÍLOGO

He aquí la historia, que conviene que el lector conozca, de la publicación de la presente correspondencia entre Mr. Pitollet y D. Marcelino Menéndez Pelayo.

En el verano de 1948 el antiguo alumno de los Cursos de Español de la Sociedad de Menéndez Pelayo, Mr. Jean-Louis Aussel, vino a Santander como profesor ya de español en la Universidad Internacional de Menéndez Pelayo. Al ponernos en contacto con él y volver a reanudar nuestras charlas sobre las relaciones intelectuales entre Francia y España, salió a colación el afán con que comenzaba yo a buscar cartas de D. Marcelino dirigidas a hispanistas franceses. Mr. Aussel se me brindó para ayudarme en la tarea y a él debo, y ahora es el momento de darle públicamente las gracias, preciosas noticias que me han puesto en la pista de algunas curiosas y hasta interesantísimas cartas de Menéndez Pelayo a eruditos franceses tales como Morel-Fatio, cuya correspondencia no tardará en aparecer en las páginas de alguno de nuestros próximos números.

En 5 de mayo de 1949, mi excelente amigo, el señor Aussel, me comunicaba que Mr. Pitollet aun vivía y que ya estaba en relación con él para poder publicar su correspondencia. En la misma carta me adjuntaba la dirección de Mr. Pitollet para que yo me pusiera al habla con él y así lo hice efectivamente, llegando sin tardar mucho a

quedar de acuerdo en la forma en que había de publicarse el epistolario que va antes de las presentes líneas.

Hay que advertir, y esto por deseo expreso de Mr. Pitollet, que las cuartillas que, firmadas por este ilustre hispanista, preceden al epistolario, fueron redactadas en el año 1942 y que sin modificación alguna se dan hoy a la imprenta. La guerra mundial impidió que entonces se publicara juntamente con las cartas que de D. Marcelino posee el señor Pitollet, y es más, hasta estuvieron a punto de perderse en idas y venidas desde la Embajada de España en Vichy a Madrid, danzando aquí desde el Ministerio de Asuntos Exteriores al de Educación Nacional y de allí al Liceo Francés, hasta que por fin, y tras de varias peripecias, pudieron volver a su dueño, que las conserva cuidadosamente y con todo cariño. A estas cartas de Menéndez Pelayo hemos agregado las que de Mr. Pitollet existen en la Biblioteca del Maestro y todas ellas ordenadas por fechas, forman el presente Epistolario.

Mr. Camille Pitollet es un gran hispanista francés bien conocido de cuantos cultivan nuestras letras, no sólo por sus estudios de verdadera erudición, escritos con soltura y amenidad y que han dilucidado puntos muy interesantes de nuestra historia política y literaria y de las relaciones entre ambos países vecinos, sino también por sus polémicas, un tanto ruidosas, con los hispanistas franceses y de las que se hallará algún eco en el epistolario que hoy publicamos. Y, sin embargo, este gran *batallador*, Mr. Pitollet, descontento al parecer con todos y con todo, es un hombre bueno, simpático y que busca la justicia como principal meta. Nos ha cautivado, no podemos menos de decirlo, en la corta relación epistolar que con él hemos tenido y leyendo con tal motivo algunas de sus curiosas y documentadas publicaciones.

Al remitirme desde Pau copia de las cartas que de don Marcelino posee, juntamente con las cuartillas que preceden a la correspondencia de ambos, me decía: «le ruego tome en consideración que el preámbulo fué escrito en un período muy triste y angustioso de nuestra historia nacio-

nal y de mi propia suerte. Por esto lo considero como un documento y lo he dejado sin cambiar. Espero lo considere usted así y tenga la benevolencia de no exigir que se altere su texto». ¿Y cómo no había yo de tener tal benevolencia con el señor Pitollet cuando el Maestro se había excedido con él en esta virtud, según salta a la vista de cualquiera que recorra esta correspondencia?

En 15 de septiembre de 1949 le contestaba a Mr. Pitollet: «He leído con atención y muchísimo interés el prólogo o advertencia que pone usted a este epistolario. Con franqueza le he de decir que de buena gana suprimiría alguna alusión que usted hace respecto a D. Marcelino y hasta modificaría algunas frases; pero respetuoso con su modo de pensar, irá el mencionado prólogo exactamente como usted lo ha escrito, si así lo desea.»

Celebró mucho el insigne hispanista lo que él llama «mi liberalismo» (¡Dios me libre!), aunque, como me decía en carta de 22 del mismo mes de septiembre: «admito perfectamente lo bien fundado de las razones que usted alega, lo cual aumenta aún mi alegría al saber que a pesar de ello no se niega usted a admitir—lo cual es pura verdad—que dicho prólogo viene a ser una especie de documento final de mi atravesada carrera hispánica».

Va, pues, íntegro y tal como ha salido de su pluma, el prólogo del señor Pitollet a este precioso y ejemplar epistolario entre él y D. Marcelino. Va íntegro, pero no por nuestra voluntad, como ya se ha visto y por ello a nadie ha de extrañar, ni al mismo señor Pitollet, pecho fuerte y hombre a quien le gusta decir y que le digan las cosas con claridad, que yo puntualice y aun rectifique, si viene al caso, algunos de los hechos y afirmaciones que en el tal prólogo aparecen; y conste que esto va sin ánimo de polémica y sin pretender desde luego molestar a Mr. Pitollet, a quien, no nos cansaremos de repetirlo,a preciamos sinceramente por hombre francote y noble y por su valer y aportaciones científicas a nuestros estudios.

* * *

¿Por qué vuelven a la memoria del señor Pitollet, engarzados en los versos del *Canto a Teresa*, de Espronceda, aquellos recuerdos de su visita al Madrid, bastante romántico aún, de fines del pasado siglo, cuando conoció por primera vez a don Marcelino y fué objeto por parte de éste de tantas atenciones? Si se hubiera propuesto solamente describirnos aquel Madrid alegre y confiado en plena euforia de Restauración, aquella Cacharrería del Ateneo y a los literatos que por allí pululaban y a quienes aún muy joven el señor Pitollet pudo tratar de cerca y merecer su afecto, bien estaría el acogerse a tales simpáticos recuerdos, que, como dijo Jean Paul—y no se nos tome la cita por pedantería, puesto que va dedicada a Mr. Pitollet, profesor de alemán y gran conocedor de la literatura germánica—: *Die Erinnerung ist das einzige Paradies, woraus wir nicht vertrieben werden könen.*

Pero entre col y col, lechuga; y, aunque no sea lo que muchos lectores supondrán, pues no dudamos de que el señor Pitollet guarda profundo respeto y cariño a la memoria de quien en tantas ocasiones le sirvió de guía y maestro y le supo perdonar alguna que otra intemperancia de su carácter afectivo, pero vidriosillo, aunque no haya, decimos, en esas cuartillas malquerencias, ni despechos, ni revanchas, que no caben en el señor Pitollet, y menos hoy, apartado ya del mundanal ruido en su tranquila villa «Paz mía», de Pau, se insinúan ideas y se hacen afirmaciones que pudieran interpretarse en desprestigio, tanto en lo moral como en lo científico, de la figura de D. Marcelino Menéndez Pelayo. Y como ni al señor Pitollet había de agradar que tales consecuencias se produjeran, ni nosotros podríamos contribuir a ello, y menos desde las páginas de nuestro BOLETÍN, puntualizaremos unas cuantas cosas que a todos nos interesan.

No nos duelen prendas y reconocemos que en gran parte es verdad la frase de Ernesto Mérimée que cita Mr. Pitollet refiriéndose a la actuación de Menéndez Pelayo como Director de la Biblioteca Nacional: *il lut la Bibliothèque, il ne l' administra pas, et il ne la reforma pas, hélas!* Pero

igual le sucedió con su propia biblioteca, señor Pitollet: se la había sorbido enterita, pero no hizo una ficha siquiera de sus libros; él era el portentoso bibliotecario que llevaba la biblioteca a todas partes consigo, metida en su cabeza, y no necesitaba ni inventarios ni catálogos de ninguna especie. Nuestro amigo Artigas hubo de pechar luego, como usted refiere, con la ingente tarea, propia de sus hombros de Atlante y de su talento organizador de bibliotecario, de reformar y modernizar en todos sentidos aquel museo del libro del paseo de Recoletos para convertirlo en algo vivo y útil a los estudiosos, como había cargado antes con la enorme labor de levantar libro tras libro la Biblioteca de Menéndez Pelayo trasladándolos y catalogándolos ordenadamente en el nuevo edificio.

Todo esto es verdad, y ningún interés podemos tener en negarlo; pero a pesar de ello no dudamos en afirmar que del paso de Menéndez Pelayo por la dirección de la Biblioteca Nacional se siguieron grandes bienes. Primeramente, el prestigio que su nombre dió al cargo, prestigio que perdura y que hace que después de él solamente personas de gran significación intelectual puedan ocuparlo; en segundo lugar, porque aunque D. Marcelino no fuera un gran organizador de bibliotecas, ni llegase a regular reformador, ni a mediano administrador de ellas siquiera, era como bibliotecario un gran conocedor de su profesión, un ejemplar sin segundo, y junto a él se formaron y de él aprendieron—¡véase qué paradoja!—muchos bibliotecarios que son los que han iniciado después las grandes reformas y transformaciones que se han llevado a cabo, y se están llevando ahora, en nuestras bibliotecas. Y, finalmente, porque aquel gran hombre que había nacido para vivir y morir entre libros, que «amaba a Dios sobre todas las cosas y al libro como a sí mismo», descendía, cuando era necesario, a la realidad desde las encumbradas regiones en que revoloteaba su genio, y sabía dar magníficas lecciones, hasta de reorganizar bibliotecas, como lo hizo en la *Carta* que dirigió al ministro señor Burell a propósito de todas aquellas hablillas y murmuraciones de periodistas desocupados, que

recuerda el señor Pitollet en una de las cartas de este epistolario.

Pero en todo caso convengamos, y esto no está demás por si la Providencia volviera a depararnos un segundo Menéndez Pelayo, en que a genios de tal excepción no hay que emplearlos en tareas profesionales por más científicas que sean, sino dejarles entregarse libremente a la pasión y estudio que les consume y sin tener que preocuparse de otros menesteres cotidianos como el de ganarse la vida, que tantos talentos esteriliza y marchita en flor. En fin de cuentas, y aunque otra cosa pudiera parecer a un lector poco avisado, algo y aun algos de esto que decimos, es lo que reconoce el señor Pitollet al relatarnos que en aquella época en que él visita por primera vez a D. Marcelino, tenía éste, como le previene Rodolfo Beer, *das Heft in der Hand* respecto a la crítica literaria, y el *omnia nihil praeter intelligere* era su norma de vida.

El señor Pitollet volvió a visitar a D. Marcelino en la primavera de 1908 y aprovechó la ocasión para *vider son coeur* y espetarle, hablando mano a mano, una larga lista de deslices que había cogido al vuelo en la *Ciencia Española* y en la *Historia de los Heterodoxos*. Y D. Marcelino, el buenísimo y paciente D. Marcelino, le escucha atentamente y reconoce los errores que el señor Pitollet le pone de manifiesto atribuyéndolos a inconsciencias juveniles, a alegrías de la «mocedad triunfante». ¡Cuánta verdad es aquello de que: «Wen jemand bescheiden bleit beim Tadel, nicht beim Lobe, dan ist er's».

Nada, pues, es de extrañar que en aquella escena que el señor Pitollet pinta, cuya veracidad no nos atrevemos a poner en duda, reconociera D. Marcelino humildemente algunos de sus pequeños errores o más bien ingenuidades de juventud que en la edad madura le hacían sonreír, como manifiesta en el prólogo de la segunda edición de los *Heterodoxos;* pero lo que nos extraña y mucho, es que para decir tales cosas el señor Pitollet tome como mentor nada menos que a *Geben Roten*. Seguramente que el señor Pitollet, hombre tan noble y de tanto corazón, agradecidísimo a las atenciones que para él

tuvo siempre Menéndez Pelayo, reconocido por aquellas largas notas que sobre sus tesis de Böhl von Faber y de Lessing le envió el autor de la *Ciencia Española* señalándole privadamente varios errores de ambos libros para que pudiera subsanarlos en ediciones posteriores, quiso corresponder con el Maestro y por eso le fué indicando una por una sus caídas y faltas; pero el Sr. Pitollet no conoce al atrabiliario y despechado bibliotecario D. Bernardino Martín Mínguez, que es el que usaba el seudónimo de *Geben Roten*, pues de otro modo no se hubiera cogido de su brazo para practicar lo obra de misericordia que en aquella ocasión llevó a cabo. Existe una serie de folletucos contra don Marcelino y sus escritos, en los que el señor Martín Mínguez se retrata de cuerpo entero. En el titulado *El Excmo. Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo juzgado por sus libros. Errores, citas, traducciones. La Ley de incorporación de archivos, bibliotecas y museos.* Madrid. Imp. de J. A. García, 1898, aparece el siguiente prologuillo o dedicatoria, que la transcribimos íntegramente para que el señor Pitollet y los lectores de su trabajo conozcan al ex jesuíta D. Bernardino Martín Mínguez: «A los Excmos. Sres. Ministros de Gracia y Justicia y Fomento. Excmos. Señores: Confiado vivía yo en que el actual Jefe del Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos pondría en conocimiento de SS. EE. lo ilegal de los que llaman intrusos cuantos están al tanto de sus nombramientos, a los que después de la Ley de incorporaciones del año 1894 dejando en la calle a los facultativos, se los metió sin carrera y sin las condiciones y requisitos legales, en donde no deben permanecer si la ley vale y rige en España. Ninguna Real Orden anula requisitos que las leyes prescriben. La ley está terminante, y los nombramientos la burlaron.

»Las actas de la Junta y los expedientes deben ser inmediatamente revisados, y lanzados a la calle los que de la ley hicieron tabla rasa. ¿Quiénes asesoraron al Ministro de Fomento o a los Ministros que han dado las Reales Órdenes para los nombramientos?

»Como las instancias en Fomento duermen el sueño de

los justos, ya que el Negociado correspondiente no las informa, porque en él hay intrusos; visto que pedir el restablecimiento del derecho de nada sirve, y que para el Jefe del Cuerpo nada vale tal quebrantamiento de la ley, y que no se atreve a purificar lo que purificado debe ser, yo ahora entro en la discusión y examen de las obras publicadas por el Excmo. Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo, para que, al menos, vaya al crisol la moralidad científica.

»No me atrevo ya a insistir en la revisión de los expedientes. La ley y la verdad, con SS. EE., son los llamados a ello.

»Mi intento no pasa de saludar a SS. EE. para que de nuevo, por última vez, llame a las puertas de la ley y de la justicia antes de penetrar en el santuario de la ciencia. Ya que no se puede otra cosa hoy en España, a medida de mis fuerzas, quiero elevar un monumento al Jefe del híbrido Cuerpo, convertido en criba de Eratóstenes.

»Solo voy; sin cajas ministeriales ni de las Academias, y sin ayuda personal. Lucho con un gigante. ¿Qué puede un español contra un yanki del saber universal en el coronamiento del siglo XIX?

»Así, diré a los intrusos: *Plaudite cives. Non est lex* (Threnos Jeremías, 2, 9.) *Quia declinaverunt a lege.* (Baruc, 4, 12.) *Injuste egerunt contra legem.* (Sophonías, 3, 4.)

»De sus excelencias, seguro servidor,

»*Bernardino Martín Mínguez.*

»Siglo XIX: siglo de las luces y de la ley en España, y en Madrid, 1.º de Noviembre de 1898.»

¡Muy bien: Mézclese y agítese antes de usarlo! Me parece que basta con la presente muestra para darse cuenta de cómo andaba por aquellas kalendas la mente del pobre señor Mínguez: puesto que para el Jefe del Cuerpo nada vale que él reclame contra la ley que llama del intrusismo que le posterga, va a examinar las obras publicadas por el excelentísimo señor D. Marcelino Menéndez Pelayo, cosas de que

el señor Mínguez, Baruc, Jeremías, Sofonías, los Paralipómenos y la Biblia en verso están enteradísimos, y quien no lo crea que se entretenga en leer las graciosas páginas del tal folleto, ni faltas de erudición, ni sobradas de discreción y buen sentido dentro del revuelto cajón de sastre que forman.

Por aquí, señor Pitollet, nadie hizo caso de los folletos que publicó el señor D. Bernardino Martín Mínguez; todo el mundo siguió pensando que es algo maravilloso, algo poco menos que inexplicable humanamente, que a los diecinueve años un jovencillo, casi un niño, tuviese ya escritos los primeros capítulos de la *Historia de los Heterodoxos Españoles*, precisamente aquellos capítulos en que se habla de los Concilios de Toledo, de las oscuras doctrinas priscilianistas, de las herejías antitrinitarias, etc., etc.; y todo ello con la aprobación y censura de la Iglesia, lo cual demuestra que no había desbarrado ni un ápice en cuestiones tan delicadas que para tratarlas requieren muchos conocimientos previos y largos años de estudio.

Como es de maravillar también, según usted mismo nota, que no en balde es usted gran admirador de Menéndez Pelayo, que en pleno viaje por el extranjero y como si tuviese a mano una copiosa biblioteca, continuara el autor de la *Ciencia Española* su polémica, llena de erudición bibliográfica, hoy desde Florencia, luego desde Venecia y más tarde desde Milán. Pero así fué, señor Pitollet, mal que le pesen estas cosas a *Geben Roten* y a todos los Martín Mínguez habidos y por haber.

Cuánto mejor hubiera usted ido del brazo de su compatriota, maestro y amigo, Mr. Morel-Fatio, que no regatea méritos al talento y erudición de aquel joven que: *au sortir des écoles s'est posé en champion de la science et de la philosophie spagnoles*, aunque reconozca, como hoy tenemos que reconocer todos, que ni los *Heterodoxos* ni las polémicas sobre la *Ciencia Española*, son, ni mucho menos, sus mejores obras.

Pero para lo que no necesitó el gran humanista señor Pitollet guía ni mentor alguno fué para mostrar también

en aquella ocasión a Menéndez Pelayo las injurias e infidelidades que llevó a cabo *safiqueando* en castellano las estrofas del *Peristephanon* de nuestro gran lírico Prudencio. Yo me sospecho que de esto tardaría un poco más en convencer a D. Marcelino, pues tuvo siempre su vanidad de poeta y hasta sus ribetes de humanista y buen catador de las bellezas clásicas; pero al fin y al cabo parece ser que el señor Pitollet le convenció también de que no había sabido traducir al cantor de nuestros mártires y que D. Juan Valera, cuando le elogia como poeta, no sabe lo que se pesca, pues ni había siquiera leído sus versos, y donde dijo digo, quiso decir Diego.

Tal vez, señor Pitollet, tal vez así sería cuando usted lo dice, y quedamos, pues, en que en aquella ocasión don Marcelino se vió convicto y confeso ante usted de delito de peristephanicidio; pero la verdad, los ejemplos que como muestra de traducción o *traición* marceliniana aduce usted, no digo copiando, sino coincidiendo meramente con el señor Martín Mínguez (véase pág. 18 del folleto citado), no nos han convencido lo más mínimo; ¡qué va a ser una traición el traducir *Tu tribus gemmis diadema pulchrum*, etc., etc., por aquello de *Madre de santos, Tarragona pía!* Pero, ¿qué es lo que usted deseaba, señor Pitollet, que vertiese Menéndez Pelayo palabra por palabra el latín y guardando el mismo hipérbaton? Traduciendo en cuanto es posible *ad pedem litterae*, yo entiendo así el verso latino: «Tarragona, madre de píos varones, tú ofrecerás una hermosa diadema de tres gemas a Cristo, para quien la teje Fructuoso con sutil lazo.» Por eso me parece perfecto, aun prescindiendo de aquella *aequa potestas* que Horacio concede a los poetas, el verter la estrofa al castellano del siguiente modo:

Madre de Santos, Tarragona pía,
Triple diadema ofrecerás a Cristo;
Triple diadema que en sutiles lazos
Liga Fructuoso.

La alusión a que San Fructuoso ofreció su vida en el circo tarraconense acompañado de sus dos diáconos Augu-

rio y Eulogio, está tan clara en el sáfico de Menéndez Pelayo como en el de Prudencio, con el que se corresponde: diga éste *tribus gemmis* y aquél *triple diadema*, para el caso es igual; y no poco mérito es el acertar a encajar en una misma estrofa lo que concisamente se expresa en latín y requiere siempre alguna más ampulosidad en nuestro idioma. *Et sic de caeteris*, señores Pitollet y Martín Mínguez, porque no es cosa de continuar copiando a ambos.

Y, por fin, el señor Pitollet, después de convencer a Menéndez Pelayo de tantas infidelidades en sus traducciones, empieza a evocar los días lejanos en que aquel mozalbete componía la *Historia de los Heterodoxos* yendo a bailes y saraos y festejado por la aristocracia madrileña. Le recordaba a D. Marcelino la dulce prima con la que soñara unirse, pero a la que pronto abandonó el muy pícaro, prefiriendo la sonrisa falaz de la gloria a la de la amada; los desarreglos de la vida solteril, a las ternuras de un hogar con los cuidados de la fiel esposa, las embriagueces de un amor compartido, a la sonrisa de la esfinge, etc., etc...

Bueno, señor Pitollet, ya está bien, no nos pongamos tan lamentosos, y vamos a dejar de hacer pura literatura. Porque toda aquella pintura un poco picante, en la que aparece Menéndez Pelayo saliendo del rojo caserón de la Academia de la Historia, envuelto en su capa parda y precisamente a la hora en que todos los gatos son pardos, y se le ve cruzar las pinas y laberínticas callejuelas del viejo Madrid y encaminarse a Dios sabía qué obligaciones, que por cierto no eran ya las de su mocedad, podrá ser un cuadro muy rembrandtesco, con mucha luz y sombra, pero no es más que novelería, señor Pitollet, literatura folletinesca del pasado siglo, que usted, al venir a España con aquellas visiones románticas en los ojos y con afanes de soñar, se creyó que había ocurrido, y como sucedido por tanto nos lo cuenta.

Pero ya que la ocasión se presenta, bueno será que hablemos claramente sobre este tema, que escritores de aquende y de allende suelen tratar medio de tapadillo y *sotto voce* cuando nos lo presentan.

Que fué humano, profundamente humano hasta en sus amores D. Marcelino Menéndez Pelayo, no hay para qué negarlo: no tenía más que dieciocho años cuando escribió aquellos encendidos dísticos latinos dedicados no a un ser ideal forjado en su mente, sino a una hermosa muchacha de carne y hueso, cuyo nombre ocultaba con las iniciales I. M.; versos que si por la forma son dignos de Tíbulo, por la pasión desbordada más se pueden emparentar con el *Ars amandi* de Ovidio:

Et leves risus; et blanda murmura linguae,
Purpureo in ore provocante basia.
Felix qui possit dulcem exaudire loquentem,
Oscula loquenti qui tibi rapiat, felix!
Felix qui possit nuptam te ducere lectum,
Fulmine contactus dummodo postea cadat.

Esto es pasión, señor Pitollet, pasión fuerte y briosa en los primeros hervores de la juventud, pero pasión a la que ya se intenta poner un freno, nótelo usted bien: *Felix qui possit* nuptam *te ducere lectum.* Nada de amores compartidos, nada de amores de tapadillo y entre sombras; D. Marcelino no llegó a fundar un hogar, no por falta de santos deseos, ni de estímulos familiares, sino porque él mismo comprendía que no hubiera hecho feliz a la que fuera su esposa.

Esta primera, tal vez única, pasión amorosa de D. Marcelino no explotó más que en esos versos que probablemente no conoció la interesada o que si los conoció le harían sonreír despectivamente ante su enigma, pues no era ninguna bachillera. Poco después no quedaba de ello más que un tema poético, un *leitmotiv* para aquel muchacho que desde que terminó el bachillerato andaba ya con un largo poema debajo del brazo.

La vaga imagen que en el sueño viera
Traduce el vate en la mujer que adora;
Himnos y flores del amor tributo
Pone a sus plantas.

Tal a su Laura concibió el Toscano;
Tal adorara en Beatriz el Dante,
Que puso en ella del saber divino
Símbolo eterno;
Tal Ausías March a su edetana altiva,
Lirio entre cardos, celebró gimiendo,
Y el divo Herrera a la de negros rizos
Bella Eliodora.

Y así aquella hermosa I. M., por la que sintió el joven estudiante correr como fuego la sangre por sus venas, se convirtió en la musa espiritualizada de su canto.

Los amores con su prima Concha son cosa insulsa, algo medio de compromiso familiar y de lo que apenas se enteró D. Marcelino. Si su hermano Enrique viviera, él podría contar a usted, señor Pitollet, cuántas veces tuvo que hacer de novio porque Marcelino, metido con sus librotes, no acababa de bajar al jardín de la casa, y la pobre chica se impacientaba. Hasta que por fin aquello se fué disolviendo dulcemente, como se deshace en el agua un azucarillo, cuando D. Enrique se negó a continuar haciendo de novio sustituto.

¡Conque D. Marcelino se emocionó tanto cuando usted le mencionó a su primita! No haga usted caso, señor Pitollet; D. Marcelino Menéndez Pelayo tenía sus buenos toques de humorista y estoy seguro que en aquella escena se estaba sonriendo por dentro, aunque, por quedar bien con usted, aparentase emoción. Y el caso es que si la prima Concha llega a estar allí le ocurre lo mismo; porque sabrá usted, señor Pitollet, que ella se casó y fué muy feliz y escribía con bastante frecuencia a su primo abrumándole a recomendaciones y encargos. En toda esta correspondencia, que se conserva en la Biblioteca del Maestro, ni aun examinada con lupa, se encontrará el menor rescoldo, ni ceniza siquiera, de una extinguida pasión. Hasta entonces vivió inocente, casi angelicalmente D. Marcelino.

Después, cuando entra triunfante y mimado en los más aristocráticos salones madrileños y de la mano de «su dulce

Valera», que sabía ser un verdadero D. Juan, no me atrevería yo a meter la mano en el fuego por sostener que don Marcelino no tuviese algún episodio amoroso, alguna caída tal vez. ¡Eran tan tentadoras aquellas «Corinas, Aglayas, Lydias y Epicaris», y tan solicitado se encontraba aquel mozo, que acababa de llegar a la Corte con buena estampa y precedido de extraordinaria fama de sabio y poeta! Pero de estos fugaces chispazos de amores más o menos románticos, no se pueden deducir las fantasías que, de buena fe sin duda, ha creído el señor Pitollet. Si Don Quijote, cuando tenía en sus brazos a una Maritornes, soñaba que era princesa, ¿cómo vamos a pensar que quien tiene princesas que le adoran ande buscando Maritornes por las pinas callejuelas del viejo Madrid?

En fin, que todo aquello de un D. Marcelino minado el cuerpo, perdida la dentadura, amenazado el hígado por la cirrosis, atormentados los miembros por tenaz reuma, que usted gratuitamente supone que se debía a las embriagueces de los amores compartidos, no es más que una ἀνάγκη que usted necesitaba para dar el golpe final y melodramático de su prólogo.

¿No hubiera sido más razonable, señor Pitollet, suponer que un hombre tan avejentado a sus cincuenta y seis años, tan deshecho de cuerpo, pero tan recio aún de espíritu, un trabajador tan formidable que por amor al estudio hizo constantemente una vida sedentaria, se consumió, no ardiendo por esta o aquella damisela y menos por cualquier mercenaria mujercilla, sino en la llama viva de la que siempre fué dueña de sus pensamientos, a la que todo lo sacrificó y para la que fueron todos sus alientos, su amante y su amada señora, la ciencia española?

Ésta sí que fué la que usted con sus aficiones humanistas, llama la ἀναγκη y hasta la Μοῖρα y el *fatum* y la *saeva necessitas* del drama real, no soñado, que en vida y muerte llevó consigo D. Marcelino Menéndez Pelayo.

ENRIQUE SÁNCHEZ REYES.